



Bohemia



DICION ESPECIAL

XX ANIVERSARIO

Cuando nosotros desembarcamos del "Granma" 82 hombres, aún nos traicionó la inexperiencia, aún nos traicionó nuestra inmadurez como combatientes, y de nuevo un duro revés cayó sobre nuestro esfuerzo, y aquella fuerza expedicionaria —organizada y preparada con grandes sacrificios— quedó virtualmente dispersa y aniquilada.

Aquello habría podido ser un golpe tremendo para nuestra fe y para nuestra convicción de que aquél era el camino. Sin embargo, nuestra fe y nuestra convicción se mantuvieron inalterables. Creímos que aquél era el camino, y al fin la historia y los hechos, la realidad y la vida, se encargaron de demostrar que aquél era el camino.

Y quienes un día nos vimos cercados entre los cañaverales, en número tan reducido que se podían contar con los dedos de una mano, y han vivido estos diez años de revolución y de luchas, y hoy les hablan y se encuentran frente a un pueblo entero como éste, un pueblo formidable como éste —que es a la vez forjador y producto de la Revolución—, ¿cómo no hemos de sentir en lo más hondo de nuestras almas la convicción y la fe de que para los pueblos hay siempre un camino, de que para los pueblos oprimidos hay siempre una solución?

FIDEL

26 de julio de 1963



Las páginas que siguen intentan recoger el relato de una epopeya.

Esa epopeya —la expedición del "Granma"— la escribieron los combatientes que desembarcaron hace veinte años en un rincón antes ignorado de la costa cubana, así como todos aquellos que contribuyeron a la supervivencia y reagrupamiento del primer núcleo guerrillero y con ello, a la victoria final.

De aquel grupo de expedicionarios, reducido por las contingencias de la guerra a sólo un puñado de valientes, se desarrolló impetuoso el Ejército Rebelde, que con el apoyo de todo el pueblo dio al traste con siglos de opresión y explotación en nuestra tierra. De ese Ejército Rebelde nacieron, pujantes y gloriosas, nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, orgullo y confianza de la Revolución y del pueblo.

En ocasión del XX Aniversario del Desembarco del Granma y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, dedicamos este número especial como un obligado homenaje a los héroes de aquella gesta y a los actuales continuadores de esas tradiciones.

La historia que aquí se relata no corresponde a la de todos y cada uno de los expedicionarios. Sólo refleja situaciones, episodios y circunstancias por las que pasaron algunos. ¡No todos vivieron todo! Ni en México, ni durante la travesía, ni en el momento del desembarco, ni mucho menos durante las prolongadas marchas.

En ocasiones, la vanguardia presenció o participó en incidencias que todavía hoy son desconocidas para algunos integrantes del centro o de la retaguardia. Y si hablamos de lo tratado y discutido por el Estado Mayor, el desconocimiento, para el resto de los expedicionarios, se eleva en grado sumo.

A veces, un suceso, vivido por el mismo grupo, sufre interpretaciones diferentes, según el ángulo desde el cual fue analizado. Los testimonios o la información brindados pretenden dar a conocer los hechos sólo como experiencias individuales que pudieran haber sido compartidas por otros o no.

La participación de cada uno se circunscribe al período histórico que corre desde el 25 de noviembre de 1956 hasta el 24 de diciembre del propio año, sin consideraciones anteriores o posteriores a esas fechas.

Los campesinos de esta historia guardan de ella un recuerdo imborrable. Nunca antes acontecimientos de tal magnitud habían alterado el ritmo propio de sus pequeños mundos. Para sus compañeras, que también cooperaron generosa y valientemente al triunfo revolucionario, los sucesos que siguieron al desembarco del "Granma" dejaron huellas indelebles.

Cuanto aquí se refiere proviene de testimonios, prensa de la época, causas judiciales, partes de la tiranía, correspondencia, artículos, entrevistas grabadas, y de la presencia, en el propio lugar de los hechos, de expedicionarios, testigos, activistas de historia, cartógrafos, fotógrafos y sonidistas.

La historia será más completa cuanto todos relaten todo, independientemente del grado de participación y el nivel de responsabilidad.

El enriquecimiento que cada uno aporte será la mejor contribución de nuestra patria socialista a las generaciones futuras. Sólo así daremos cumplimiento a las palabras de Fidel:

Esta brillante hazaña de nuestra Revolución en el terreno militar es, por cierto, poco conocida en el exterior del país. Sobre ella se ha publicado en forma anecdótica y esporádica, pero su historia sistemática y documentada está por escribir.



LA pequeña ciudad de Tuxpan, puerto sobre el golfo a orillas del río Pantepec, en el estado mexicano de Veracruz, duerme bajo una pertinaz llovizna en la noche del 24 de noviembre de 1956. Hay mal tiempo, y las autoridades portuarias han prohibido la navegación de las embarcaciones menores.

Pero del otro lado del río, en una casa del poblado de Santiago de la Peña, transcurre una actividad inusitada, aunque silenciosa e inadvertida. Al filo de la medianoche se han congregado en esa casa ochenta y dos hombres que van a emprender el viaje más trascendental de sus vidas. Al frente de esos hombres, Fidel Castro está a punto de iniciar la última etapa de una lucha de ya más de cuatro años contra la sangrienta y reaccionaria tiranía que oprime al pueblo cubano.

Esos hombres han llegado hasta allí desde varios puntos del territorio mexicano. Junto a otros que no podrán hacer el viaje por diferentes razones, acudieron al llamado del Movimiento 26 de Julio para luchar por la verdadera liberación de la patria.

Han quedado atrás tres años preñados de acontecimientos decisivos en la marcha ascendente del pueblo cubano por lo que el propio Fidel ha definido como "los caminos verdaderos de la revolución".

El asalto al Cuartel Moncada ha sido clarinada que conmueve en lo más hondo la conciencia popular. La fe de la nación se renueva, tanta es la moral y el heroísmo que el hecho encierra, después de casi un siglo de frustraciones y desengaños. Con su acción, inspirada en el ejemplo del 68 y el 95, los jóvenes de la generación del Centenario devienen símbolo y bandera que habrá de enarbolar el pueblo. Ellos, lo más importante, han señalado el método de lucha, el camino a seguir.

Han quedado atrás largos meses de prisión en las más difíciles condiciones. La represión desatada por el régimen a raíz del asalto al cuartel. Los asesinatos de Mario Aróstegui y Mario Fortuny, cuyos cadáveres masacrados provocan la repulsa de todo el pueblo. Las declaraciones de protesta de la Federación Estudiantil Universitaria ante la situación política del país. La manifestación de los estudiantes de Santiago de Cuba el 7 de diciembre de 1953 en la casa natal de Antonio Maceo, que es reprimida a palos por la policía batistiana. La lucha del pueblo para lograr la salida de la cárcel de los moncadistas mediante la amnistía. La edición clandestina de *La historia me absolverá*. Las denuncias de todos los sectores revolucionarios para evitar la componenda electoral preparada por Batista en 1954, frente a la inercia o la complicidad de los partidos políticos burgueses. La monstruosa represión contra los estudiantes en la manifestación encabezada por José Antonio Echeverría, en el primer aniversario de la muerte de Rubén Batista. La salida de la cárcel de Guanajay de Haydée Santamaría y Melba Hernández. Los actos de protesta de obreros y estudiantes contra el régimen en ocasión de distintas fechas históricas.

Atrás han quedado en el tiempo la salida de la cárcel de Isla de Pinos de Fidel, Raúl y los demás asaltantes al Cuartel Moncada. Han quedado atrás los meses de duro trabajo clandestino para forjar las bases de un poderoso

movimiento revolucionario aglutinado en torno a Fidel. Las polémicas en la prensa para sentar bases, aclarar fundamentos, hacer patente que los problemas de Cuba no tienen solución por medios pacíficos, para alertar a la nación sobre la posibilidad de hacer una revolución contra el Ejército. La necesidad de Fidel de marchar al exilio cuando ya se le han cerrado todas las vías legales de lucha. Su declaración final antes de partir "para emprender una lucha de la que no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies".

Ha quedado atrás el arribo de Fidel a México y los meses primeros de organización de la actividad en el exilio, cuando ante la indiferencia o la hostilidad encuentra a tantos que, como María Antonia González, le brindan su apoyo solidario.

Han tenido lugar las acciones de los obreros y estudiantes de Santiago de Cuba dirigidos por Pepito Tey y Frank País, las protestas contra el régimen de los jóvenes de Camagüey dirigidas por Jesús Suárez Gayol. La huelga azucarera, que pone en peligro la estabilidad económica del régimen. La constitución del Directorio Revolucionario, que firma en México con la dirección del Movimiento 26 de Julio, un documento en el que se reafirma la unidad de objetivos en la lucha y se decide la concertación de acciones.

Han quedado atrás los meses de ardua e intensa preparación física, táctica y política en México para la única vía posible de derrotar a la dictadura de Fulgencio Batista: la lucha armada a partir de las montañas, madurada estratégicamente por Fidel desde antes del Moncada y asimilada en el plano táctico por los futuros combatientes en esos meses de intenso entrenamiento.

Quizás algunos puedan quedar por el camino en la medida en que la revolución que están dispuestos a iniciar profundice su huella en la conciencia de los hombres y en el panorama de la patria. Pero ahora, en el pequeño muelle de Santiago de la Peña al que han acudido Melba Hernández y otros pocos compañeros, presentes se hallan en la despedida el programa de liberación nacional de José Martí y su guerra necesaria; la figura dinámica de Julio Antonio Mella y la conciencia antimperialista sembrada en el pueblo por el primer partido marxista-leninista de Cuba que fundara junto a Baliño; la generación de obreros y estudiantes de los años 30, que en gran holocausto supremo ofrendaron sus energías juveniles por la revolución; el viril enfrentamiento al imperialismo de Antonio Guiterras, consecuente hasta su muerte en el Morrillo; la prédica cívico-política de Eduardo Chibás, que encarna el descontento nacional de toda una época.

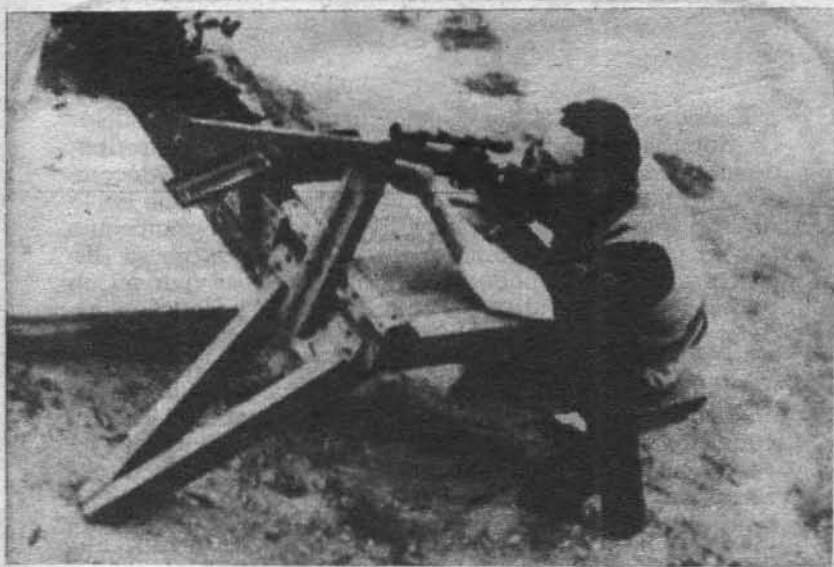
Para Fidel Castro y los hombres que ahora suben al pequeño yate, el problema a resolver en el orden estratégico es la conducción de la gran masa del pueblo hacia esa revolución liberadora.

Todo está listo. Los combatientes preparados, las armas dispuestas, la ejecución de los planes iniciada. Ya se ha cursado el aviso convenido para echar a andar el aparato clandestino de acción del Movimiento.

Está a punto de comenzar a escribirse la epopeya.



Fidel en prácticas de tiro en el campo "Los Gamitos" en México, parte del entrenamiento militar previo a la expedición.



DOS tesis se enfrentan hoy: la de los que quieren que Cuba siga igual, y la de los que quieren cambiar a Cuba. Con nosotros están los que quieren cambiarla; con ellos, con la Dictadura, con las camarillas politiqueras de la oposición menguada y pedigüeña, están los que quieren que Cuba siga igual. La nación no se resigna, no se conforma, no acepta un simple cambio de mando; la nación clama, la nación exige un cambio total en todos los aspectos de la vida pública y social. ¡No más abusos! ¡No más injusticias! ¡No más privilegios! ¡No más robos sin castigo! ¡No más crímenes impunes! ¡No más ciudadanos sin empleo y sin pan! ¡Basta de políticos hipócritas! ¡Basta de negociantes en el templo de la Patria! Ese es el grito que surge hoy de millones de cubanos. Pregúntesele al campesino en el campo, pregúntesele al hombre de la calle, pregúntesele al emigrado que tuvo que salir de su patria porque no podía ganarse el pan en ella, pregúntesele qué quieren, pregúntesele qué piensan de los políticos que cuelgan sus pasquines en las palmas y en los postes de alumbrado, qué esperan de ellos y verán qué responden, verá cual es la réplica, verá que incluso no faltan los que querían ver a los políticos colgados, en vez de los pasquines.

Cien mil combatientes se agrupan hoy en torno al 26 de Julio, en Cuba, organizados a través de la Isla en células obreras, grupos de combate y cuadros juveniles, de lo que han dado prueba patente todos los actos públicos celebrados últimamente en todas las provincias, donde las consignas de nuestra hueste joven y vibrante fueron las consignas de la masa. Ese ha sido el fruto de sólo cuatro meses de trabajo arduo, a pesar de todos los que como usted nos quieren estorbar el paso. Nunca tuvo la revolución cubana desde la Independencia, un vehículo tan bien ordenado y de tanta fuerza combativa. Ochenta mártires heroicos le señalan el camino; estos mártires son los que mandan y están mandando a pelear. Mientras esa estirpe de hombres no se haya extinguido, nadie diga la última palabra acerca del resultado final de esta lucha.

FIDEL
"Sirvo a Cuba", Bohemia,
20 de noviembre de 1955.

Soy de los que creen que en una revolución los principios valen más que los cañones. Al Moncada fuimos a combatir con fusiles 22. Nunca hemos contado el número de armas que tiene el enemigo; lo que vale, como dijo Martí, es el número de estrellas en la frente.

No cambiaríamos uno solo de nuestros principios por las armas que puedan tener todos los dictadores juntos. Esta actitud de los hombres que estamos dispuestos a combatir y a morir contra fuerzas incomparablemente superiores en recursos, sin aceptar ayuda extraña es la respuesta más digna que podemos darles a los voceros de la tiranía.

Batista no renunciará en cambio a los tanques, los cañones y los aviones que le mandan los Estados Unidos y que no servirán para defender la democracia sino

para masacrar nuestro pueblo inerte. En Cuba se está perdiendo ya el hábito de decir la verdad.

La campaña de infamias y calumnias tendrá un día no muy lejano su cabal respuesta en el cumplimiento de la promesa que hemos hecho de que ¡En 1956 seremos libres o mártires!

Lo ratifico aquí serenamente y con plena conciencia de lo que implica esta afirmación a los cuatro meses y seis días del 31 de diciembre. Ningún revés impedirá el cumplimiento de la palabra empeñada. A un pueblo escéptico por el engaño y la traición no se le puede hablar en otros términos.

FIDEL
"Carta sobre Trujillo". Bohemia,
26 de agosto de 1956.

Al salir de las prisiones, hace diez meses, y comprender con claridad que al pueblo no se le devolverían jamás sus derechos, si no se decidía a conquistarlos con su propia sangre, nos dimos al empeño de vertebrar una fuerte organización revolucionaria y dotarla de los elementos necesarios para darle la batalla final al régimen. Para los que hemos hecho de esto una misión en la vida, no era lo más duro. Más ardua y fatigosa ha sido la lucha contra la mala fe de los políticos, las intrigas de los incapaces, la envidia de los mediocres, la cobardía de los intereses creados y esa especie de conjura mezquina y cobarde, que se interpone siempre contra todo grupo de hombres que intenta una obra digna y grande en el medio donde se desenvuelve.

* * *

Ahora la lucha es del pueblo. Y para ayudar al pueblo en su lucha heroica por recuperar las libertades y derechos que le arrebataron, se organizó y fortaleció el MOVIMIENTO 26 DE JULIO.

¡Frente al 10 de marzo, el 26 de julio!

Para las masas chibasistas el MOVIMIENTO 26 DE JULIO no es algo distinto a la Ortodoxia: es la Ortodoxia sin una Dirección de terratenientes al estilo de Fico Fernández Casas, sin latifundistas azucareros, al estilo de Gerardo Vázquez; sin especuladores de bolsa, sin magnates de la industria y el comercio, sin abogados de grandes intereses, sin caciques provinciales, sin politiqueros de ninguna índole; lo mejor de la Ortodoxia está librando junto a nosotros esta hermosa lucha, y a Eduardo Chibás le brindaremos el único homenaje digno de su vida y su holocausto: la libertad de su pueblo, que no podrán ofrecerle jamás los que no han hecho otra cosa que derramar lágrimas de cocodrilo sobre su tumba.

EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la organización revolucionaria de los humildes, por los humildes y para los humildes.

EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la esperanza de redención para la clase obrera cubana, a la que nada pueden ofrecerle las camarillas políticas; es la esperanza de tierra para los campesinos que viven como parias en la patria que libertaron sus abuelos; es la esperanza de regreso para los emigrados que tuvieron que marcharse de su tierra porque no podían trabajar ni vivir en ella; es la esperanza de paz para los hambrientos y de justicia para los olvidados.

EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO hace suya la causa de todos los que han caído en esta dura lucha desde el 10 de marzo de 1952 y proclama serenamente ante la nación, ante sus esposas, sus hijos, sus padres y sus hermanos que la REVOLUCION no transigirá jamás con sus victimarios.

EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la invitación calorosa a estrechar filas, extendida con los brazos abiertos, a todos los revolucionarios de Cuba sin mezquinas diferencias partidaristas y cualesquiera que hayan sido las diferencias anteriores.

EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO es el porvenir sano y justiciero de la Patria, el honor empeñado ante el pueblo, la promesa que será cumplida.

FIDEL

"El Movimiento 26 de Julio". Bohemia, 19 de marzo de 1956.

Raúl Castro durante las prácticas de tiro en México.



¡Democracia sólo, no! ¡Democracia y además, justicia! La República donde cada cubano sepa leer y escribir, donde cada compatriota tenga una ocupación decorosa para ganarse la vida, donde el obrero participe de la riqueza que produce con su trabajo, donde el campesino que la trabaja sea dueño de la tierra, donde no se discrimine al negro, donde cada familia pueda vivir en un hogar decente, donde todo enfermo tenga hospital y medicina, donde cada empleado público, cada maestro y cada servidor del Estado, civil o aforado, tenga un sueldo digno, donde no se robe el dinero que debe invertirse en beneficio de todos, donde no quede impune la malversación y el crimen, donde no pueda comprarse ni venderse un voto ni una conciencia; la República con menos ricos y menos pobres [...]. Eso sería la verdadera revolución, la única revolución posible, la revolución justiciera y limpia, que desde sus raíces, sobre principios y sobre ideas, eche los cimientos de la Patria nueva. A otra no, porque no queremos que la historia futura de Cuba sea la repetición infructuosa de los desengaños pasados.

FIDEL

"El Movimiento 26 de Julio y la conspiración militar". Aídanazo, 15 de mayo de 1956.

MANIFIESTO NO. 1

Del 26 De Julio

AL PUEBLO DE CUBA

"Vivo por mi patria y por su libertad real, aunque sé que la vida no me ha de alcanzar para gozar del fruto de mi labor, y que este servicio se ha de hacer con la seguridad, y el salame, de no esperar por el recompensa." — José Martí.

"Mía deberes para con la patria y para con mis convicciones están por encima de todo extranjero humano, por ello hegré al pedestal de los héroes o sucumbiré herido por la redención de mi pueblo." — Antonio Maceo.

Bajo este nombre de combate, que evoca una fecha de rebelión Nacional, se organiza hoy y prepara su gran tarea de redención y de justicia el movimiento revolucionario cubano.

Por escrito expreso de sus dirigentes se me confió la redacción de este primer manifiesto al país y los que en los sucesos serán la luz en forma clandestina.

Al campo esta misión que me impone el deber, no secula en asumir la responsabilidad que implica calar con nuestra firma estas proclamas que serán una constante amenaza al pueblo, un llamado sin amplos a la revolución y un ataque frontal a la camarilla de criminales que pilotea el honor de la Nación y rige sus destinos. El control de su historia y de la voluntad soberana del pueblo. Y aunque en estos instantes me encuentro ausente del territorio nacional y por tanto fuera de la órbita de los tribunales que en él imponen las sentencias que les dicta el caso, no vaciló tampoco en hacerlo cuando delante del tribunal que me juzgaba desmoroné a los verdugos en plena guerra, o desde las propias prisiones acusé con sus nombres al dictador y a sus generales sanguinarios de los crímenes del Moncada en manifiesto de fecha 6 de Enero de 1954, o rechazé la amnistía bajo condiciones previas, o ya en libertad puse en evidencia ante todo el pueblo la arbitrariedad e inhumanidad del régimen de Batista. Qué me importan todas las acusaciones que puedan hacerse ante los tribunales de excepción! Cuba es mi patria y a ella no volveré nunca o volveré algo como me lo tengo prometido. Las mareas están quemadas: o conquistamos patria a cualquier precio, donde pueda vivirse con decoro y con honor, o nos quedamos sin ella.

"Patria es algo más que operación, algo más que un pedazo de tierra sin libertad y sin vida".
Apenas es necesario justificar la utilización de este medio para exponer nuestras ideas. La clausura del periódico La Calle, cuya valiente postura le ganó las simpatías del pueblo, aumentando su circulación a más de veinte mil ejemplares en sólo unas cuantas semanas, y el hecho de mordaza más o menos disimulada que desde hace más de tres años mantiene la dictadura sobre la prensa legal en Cuba.

El espíritu de censura y de Ley de Orden Público con que el régimen quiso ocultar al pueblo la verdadera naturaleza del Moncada, pesa como una gran suspenso sobre los órganos de opinión pública. La clausura del chico periódico de Luis Orlando, fue una advertencia más a la prensa de que sus opiniones no pueden pasar de ciertos límites, en realidad, impedimentos para los que mandan, como lo fueron en otras tantas oportunidades las torturas a Mario Kuchitín y Armando Hernández; el envío a la Universidad del Aire y al periódico Pueblo, al palmacratazo a los locutores de la CMKC, las aprehensiones a numerosos reporteros gráficos, la condena a Luis Conte Aguiar y a Pincho Gutiérrez, las clausuras de Pardo Lladá, Guido García Lynch, Max Lenzick, Rivadulla, García Silfado y otros arbitrariedades que hacen interminable el capítulo de operaciones a la libre emisión del pensamiento desde el 10 de Marzo.

Contra el que esto escribe se ensayó de modo especial la inquisición gubernamental. A partir de nuestro escrito en la revista Bohemia respondiendo a la cobarda provocación de un aburrido miserable que vino por una y más irrespetado, prohibieron de modo brusco y definitivo la presencia nuestra en cualquier tribuna radial o televisada. Dos veces consecutivas se impidió la transmisión del Partido del Pueblo Cubano que de este modo sólo podría seguir saliendo al aire a condición de que nuestros voz no publicara ser escuchada por el pueblo. En febrero de 1952 R-OU: Of urgente de fecha junio 13 de 1955 se ha cta constar a la empresa que se había iniciado un expediente privativo de ese derecho. Caso inabdicar: se clausuraba un sitio estacion, o un programa, otro una clausura no. Fue gran trobar de todos los poderes gubernamentales que se Ramon Vazquez, cuyo periódico lo compró siendo Ministro de Carlos Prío, desde cuya página lanzó contra él cuando se alzó con el santo y la limona, los más terribles ataques sin que nadie lo censurara, que no era segura Batista en la vigilia del 10 de Marzo por que andaba a la caza de un acto Senatorial por los pedios de la ortodoxia, había encontrado en verdad un modo de privar de abogar la verdad.

Se utilizaron con éxito todas las reservas del poder para imponer la consigna de silencio en todas partes, lo que demuestra hasta que punto se aboga hoy en Cuba toda manifestación moral mere en el extranjero con respecto de la operación, los intereses creados y la hipocresía general.

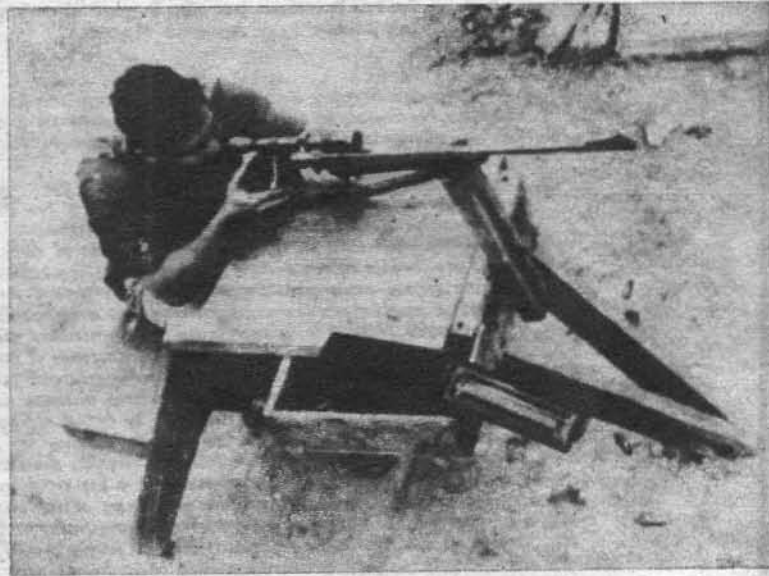
De este modo, cuando Santiago Rey, otro clérigo, que fue prisa hasta el 10 de Marzo de 1950, batido hasta el 10 de Agosto de 1953, ordenó la clausura del periódico La Calle, el mismo día que se un artículo nuestro titulado "Aquí ya no se puede vivir", respondimos a uno de los estupidos acusaciones del Coronel Carratalá y lo empleamos para que denunciara en cambio ante los tribunales los nombres de los jefes políticos que se habían entregado con el juego ilícito, nos quedamos sin una tribuna donde exponer nuestro pensamiento.

Otro tanto hicieron con cuantos actos públicos se convocaron con el anuncio de nuestra presencia comenzando con el mitin de reclutamiento a los presos políticos en la excelente universidad. Llegaron al extremo de prohibir una cinta cinematográfica donde se respalda una visita nuestra en compañía de Guido García Lynch al Noroeste Nacional, irril idas ante los sucesos de simpatía que de los al público.

Nos quedamos sin poder hablar, ni escribir, ni dar actos públicos, ni ejercer derechos chicos de cualquier índole. Como si no fuéramos seres como si no tuviéramos ningún derecho en nuestra patria, como si hubiéramos nacido perdas y esclavos en la tierra gloriosa de nuestros libertadores inmortales. ¿A eso se le llama constitución, libertad, igualdad, de la ley, garantías para la herencia civil?

Primera página del Manifiesto No. 1 del Movimiento 26 de Julio, redactado por Fidel y fechado el 10 de diciembre de 1955.

*Ernesto Guevara, a la derecha,
y José Smith, abajo, en prácticas de
tiro en México como parte
de los preparativos de la expedición.*



*Mensaje en clave
de Fidel
a la dirección del
Movimiento
en Santiago de
Cuba, en el que
informa de
la salida
del "Granma".*



*Raúl, Fidel
y Juan Manuel
Márquez
en México,
durante
los entrenamientos.*

EL DESTACAMIENTO DEL "GRANMA"

JEFATURA

- 1 Fidel Castro Ruz Comandante en Jefe
- 2 Juan Manuel Márquez Rodríguez Segundo Jefe

MIEMBROS DEL ESTADO MAYOR

- | | |
|-------------------------------|-----------------------------|
| 3 Faustino Pérez Hernández | 10 Cándido González Morales |
| 4 Antonio López Fernández | 11 Onelio Pino Izquierdo |
| 5 Pablo Díaz González | 12 Roberto Roque Núñez |
| 6 Félix Elmuza Agaisse | 13 Jesús Montané Oropesa |
| 7 Armando Huau Secades | 14 Mario Hidalgo Barrios |
| 8 Ernesto Guevara de la Serna | 15 César Gómez Fernández |
| 9 Jesús Reyes García | 16 Rolando Moya García |

JEFES DE PELOTONES

- | | |
|------------------------|-------------|
| 17 José Smith Comas | Yanguardia |
| 18 Juan Almeida Bosque | Centro |
| 19 Raúl Castro Ruz | Retaguardia |

INTEGRANTES DE LOS PELOTONES

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------------|
| 20 Emilio Albentosa Chacón | 51 Jesús Gómez Calzadilla |
| 21 Efigenio Ameijeiras Delgado | 52 Francisco González Hernández |
| 22 Luis Arcos Bergnes | 53 Santiago Liberato Hirzel González |
| 23 Reñé Bedía Morales | 54 Pablo Hurtado Arbona |
| 24 Reynaldo Benítez Nápoles | 55 Humberto Lamothe Coronado |
| 25 Carlos Bermúdez Rodríguez | 56 Antonio Dario López García |
| 26 Miguel Cabañas Perojo | 57 Andrés Luján Vázquez |
| 27 Israel Cabrera Rodríguez | 58 José Ramón Martínez Álvarez |
| 28 Enrique Cámara Pérez | 59 Ramón Mejía del Castillo |
| 29 Noelio Capote Figueroa | 60 Armando Mestre Martínez |
| 30 Camilo Cienfuegos Gorriarán | 61 Evaristo Montes de Oca Rodríguez |
| 31 Norberto Collado Abreu | 62 Calixto Morales Hernández |
| 32 Jaime Costa Chávez | 63 José Morán Losilla |
| 33 Luis Crespo Castro | 64 Arnaldo Pérez Rodríguez |
| 34 Enrique Cueles Camps | 65 José Ponce Díaz |
| 35 Mario Chánes de Armas | 66 Ciro Redondo García |
| 36 Rafael Chao Santana | 67 René Reiné García |
| 37 Arturo Chaumont Portocarrero | 68 Eduardo Reyes Canto |
| 38 Francisco Chicola Casanova | 69 René Rodríguez Cruz |
| 39 Julio Díaz González | 70 Oscar Rodríguez Delgado |
| 40 Raúl Díaz Torres | 71 Horacio Rodríguez Hernández |
| 41 Gino Donné Páez | 72 Armando Rodríguez Moya |
| 42 Manuel Hechavarría Martínez | 73 Tomás David Royo Valdés |
| 43 Ernesto Fernández Rodríguez | 74 Miguel Saavedra Pérez |
| 44 José Fuentes Alfonso | 75 Universo Sánchez Álvarez |
| 45 Mario Fuentes Alfonso | 76 Fernando Sánchez Amaya |
| 46 Gilberto García Alonso | 77 Rolando Santana Reyes |
| 47 Arsenio García Dávila | 78 Esteban Sotolongo Pérez |
| 48 Calixto García Martínez | 79 Pedro Sotto Alba |
| 49 Gabriel Gil Alfonso | 80 Raúl Suárez Martínez |
| 50 Norberto Godoy de Rojas | 81 Ramiro Valdés Menéndez |
| | 82 Alfonso Guillén Zelaya Alger |

Nota: La ortografía de todos estos nombres fue cotizada con los respectivos certificados de nacimiento.

SI SALIMOS, LLEGAMOS...

EL "Granma" se hace a la mar a las 2:00 de la madrugada del domingo 25 de noviembre. A bordo van los ochenta y dos integrantes de la expedición, acomodados lo mejor posible en los reducidos espacios de un yate previsto a lo sumo para 20 tripulantes. La nave va cargada además con grandes cantidades de combustible adicional, el armamento, los uniformes y equipos y una mínima cantidad de abastecimientos: unos cientos de naranjas, unas decenas de latas de leche condensada y pastillas de chocolate y algunas otras vituallas que apenas alcanzaron para los primeros dos o tres días.

El descenso por el río se realiza en medio de extremadas precauciones. Las luces del buque están apagadas. Un solo motor trabaja a bajas revoluciones. Los hombres que están sobre cubierta van agachados, unos sobre otros. Una media hora dura la travesía por el río en esas condiciones, y otra media hora el cruce del puerto. Nadie se percata de la salida, y el "Granma" puede entrar sin novedad en el golfo.

La nave, sobrecargada, hundida de proa y con la línea de flotación unos cuantos pies por debajo de lo normal, pasa con dificultades la primera prueba en mar abierto, al cruzar las

enormes rompientes formadas por el norte en desarrollo. Pero poco más adelante estabiliza su marcha. Ya el silencio no es necesario, y la emoción de estos hombres, que ven llegado el momento para el que se vienen preparando desde hace tantos meses, estalla en las estrofas del himno nacional y la marcha del 26 de Julio.

Casi de inmediato, el inquieto estado del mar comienza a hacer estragos entre muchos de los bisoños navegantes. El mareo y la tensión nerviosa al fin liberada contribuyen a crear rápidamente un ambiente inquieto a bordo. Durante siete días, en un mar siempre agitado, los expedicionarios se debaten entre el mareo, los vómitos y las fatigas.

A la altura de la tercera jornada, comienzan a sufrir además la falta de alimentos y la escasez de agua.

Al terminar el primer día de navegación se detecta el primer contratiempo en los planes de la expedición. La duración del viaje había sido calculada a partir de la velocidad teórica del barco y en condiciones de carga normal. Sin embargo, con el exceso de carga la velocidad real se ha reducido en más de un 25 por ciento.

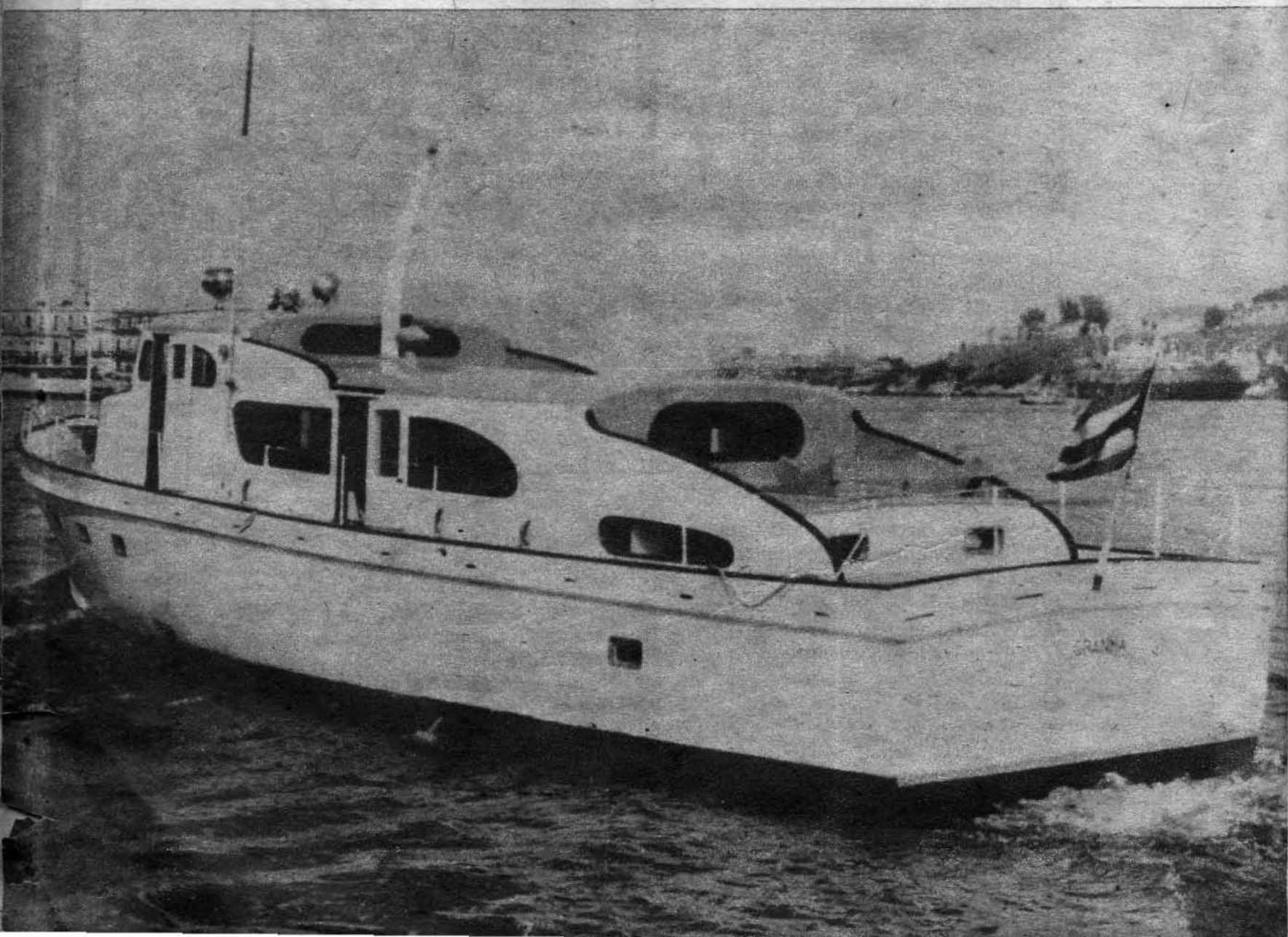
En la tarde del propio día 25 el "Granma" comienza a hacer agua. Al peligro de la cap-

tura por las autoridades mexicanas se une ahora el de un naufragio a 80 millas de la costa, en un mar infestado de tiburones. Los expedicionarios todos se dan a la tarea de achicar el agua, pero una de las bombas no funciona. Comienzan entonces a trabajar desesperadamente con cubos. Al cabo de dos horas el nivel de agua dentro del barco se mantiene estacionario, y luego comienza a descender. Ha sido conjurada la primera amenaza.

Durante los días siguientes la navegación transcurre sin incidentes importantes. Fidel pasa la mayor parte del tiempo comprobando el estado general del armamento. El 1ro. de diciembre, sexto día de navegación, los expedicionarios comienzan a recibir sus armas y a probarlas. En la popa, Fidel y los jefes de pelotones van entregando el armamento. Después los combatientes disparan hacia el mar.

Junto con las armas los expedicionarios reciben dos mudas de uniformes verde olivo, gorras, camisetas enguatadas y botas mexicanas. También se les entregan las mochilas, cantimploras y balas. Algunos reciben cuchillos de monte y otros bayonetas.

Por la radio de a bordo, el 30 de noviembre, se enteran los expedicionarios del alzamiento en Santiago de Cuba. El "Granma" navega ese



día al sur de Isla de Pinos. Ha fallado una de las premisas fundamentales del plan táctico, que era la concertación del alzamiento con el desembarco para provocar la dispersión de las fuerzas enemigas.

A medida que el derrotero del "Granma" aproxima la nave a las costas cubanas y a la zona del desembarco, aumenta el peligro de ser descubiertos por unidades de marina o aviación de la tiranía. Batista tiene la información acerca de la salida del yate, sus características y los propósitos de la expedición. Los mandos militares de la tiranía han circulado la descripción de la embarcación a todas sus unidades, junto con instrucciones para su captura. No obstante, en la noche del 1.º de diciembre ya el "Granma" se acerca inexorablemente a la zona escogida de antemano para el desembarco.

Los tripulantes comienzan ansiosos a tratar de localizar el faro de Cabo Cruz. Roberto Roque sube al techo del puente en varias ocasiones para tratar de divisar la luz. En una de ellas se sujeta al palo de estribor, pero de un bandazo del buque el palo se suelta y Roque cae al mar. De inmediato comienza la búsqueda del tripulante en medio de la más densa oscuridad. Más de media hora dura la angustia, sin más orientación que un débil grito ocasio-

nal del hombre que, de completo uniforme, lucha tenazmente por sostenerse sobre las olas.

A bordo del "Granma" las esperanzas de rescatar al compañero accidentado se van desvaneciendo.

—¿Pero este hombre se va a quedar aquí? —dice Fidel—. ¡No se puede perder este hombre! ¡No podemos perder un hombre, de ninguna manera!

Y volviéndose al capitán de la nave, Onelio Pino, pregunta:

—¿Qué rumbo traíamos? Navega un poco en esa dirección, y vira luego exactamente en la dirección contraria.

Así se realiza la maniobra. Al subir en una ola Roque ve cómo el buque avanza directamente hacia él, ya próximo. Tiene que zambullirse y apartarse. Nada y se aproxima lo más posible que le permite la marejada.

La oscuridad es total en la noche sin luna. "Pichirilo", el expedicionario dominicano Ramón Mejía del Castillo, enciende una linterna en la proa. Roque nada hasta alcanzar un cabo suelto.

La alegría a bordo es incontenible. Se ha perdido casi una hora y una buena cantidad de escaso combustible, pero se ha salvado la vida de uno de los expedicionarios.

El amanecer del 2 de diciembre sorprende al "Granma" a más de dos kilómetros de la playa de Las Coloradas, punto previsto para el desembarco. El plan original contempla desembarcar por el muelle de Las Coloradas, ocupar camiones en la zona y avanzar rápidamente sobre Niquero y otras poblaciones con la intención de tomar los puestos militares, para después proseguir a la Sierra Maestra. Pero la demora de la búsqueda de Roque precipita una decisión. Hay, además, alguna confusión entre los pilotos, quienes hacen tres intentos por enfilarse bien el canal entre los bajos. Una revisión de los tanques revela que queda combustible para apenas unos minutos más de navegación. Ante esta situación, Fidel pregunta a Pino:

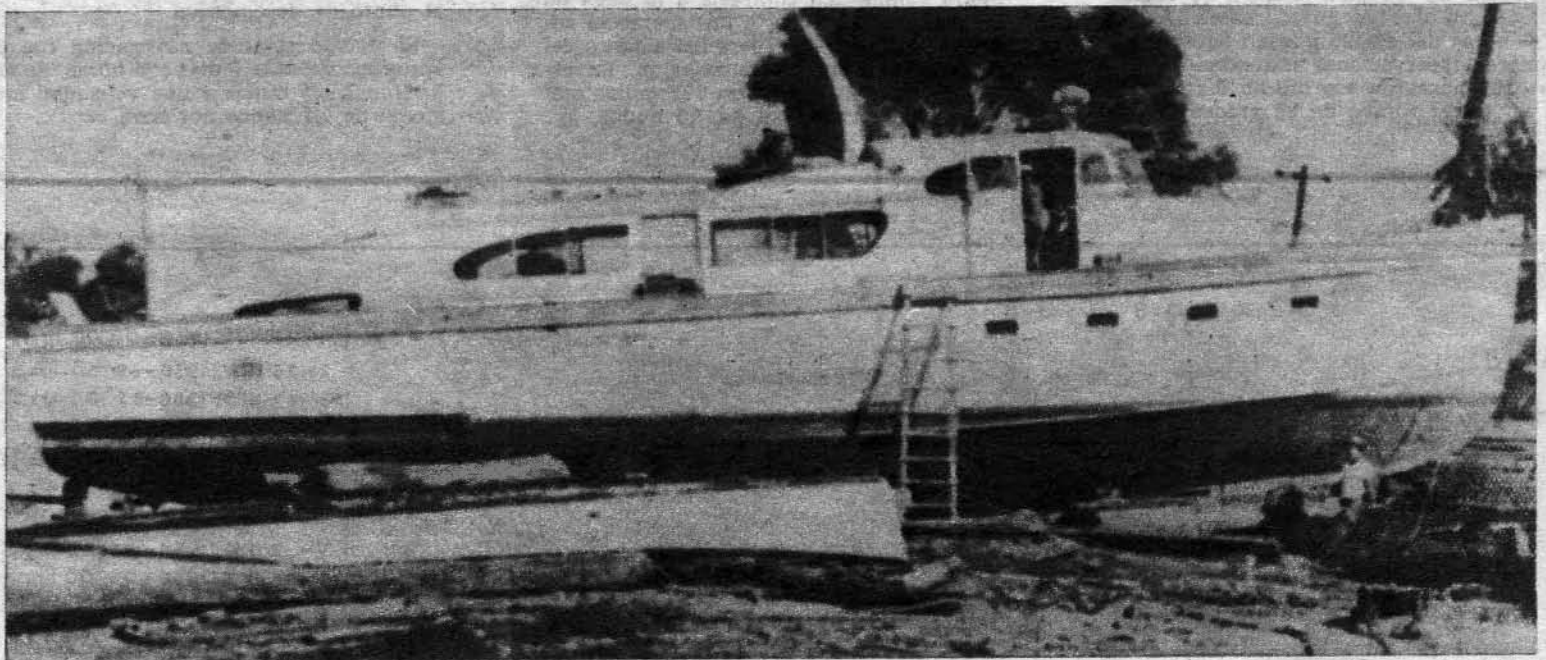
—¿Ese es el territorio firme de Cuba? ¿Tú estás absolutamente seguro de que no estamos en Jamaica ni en un cayó?

—Sí.

—Bueno, entonces ponme los motores a toda velocidad y enfila hacia la costa hasta donde llegue.

Así se hace, única solución en vista de las circunstancias. El "Granma" pone proa a la costa a toda máquina y encalla en el fango a unos sesenta metros de la orilla. Ha concluido la azarosa travesía. Va a entrar en acción y en la historia el Ejército Rebelde.

EL YATE "GRANMA"



El yate "Granma" en un varadero de Tuxpan, cuando era reparado para la travesía hacia Cuba.

DURANTE meses la dirigencia del Movimiento 26 de Julio ha estado buscando una embarcación que reúna las condiciones requeridas para la travesía hacia Cuba. Se consideran varias proposiciones que al final se desechan por diferentes motivos.

Al cabo, durante un viaje a Tuxpan, Fidel descubre el yate "Granma" semi-hundido en el río Pantepec. La nave pertenece a un norteamericano llamado Robert Bruce Erickson.

La escritura de compraventa especifica que el yate es adquirido por el señor Antonio del Conde. En efecto, el "Cuaté" Conde, mexicano de nacimiento y compañero desde los primeros momentos de los

futuros expedicionarios en México, es comisionado por Fidel para que se ocupe de todo lo relacionado con la compra de la embarcación. Según la propia escritura, el precio de venta es de cincuenta mil pesos mexicanos.

El "Granma" había sido construido en 1939. Tiene una eslora de 63 pies y una manga de 15. El puntal mide 16 pies y la banda tiene una altura de seis pies con 10,5 pulgadas. Su desplazamiento máximo es de 48 toneladas, su autonomía de 43 horas y su velocidad de crucero nueve nudos.

Está equipado con dos motores Gray G. M. de cuatro tiempos, seis cilindros y 250 caballos de fuerza cada uno. Presenta una capacidad de combustible de 8 000

litros en cuatro tanques, y un consumo por hora de 20 litros. Sus dos hélices tienen un paso de 26 pulgadas y un diámetro de 18.

Las maderas que intervienen en su construcción son las siguientes: en el fondo, sabilú, majagua, caoba, pino y roble; en la cubierta, caoba, teca y sabilú; en la superestructura, caoba, cedro y plywood marino, y en los interiores, pino, cedro y plywood marino.

La capacidad teórica del "Granma" es de unos 20 pasajeros y tripulantes, y sus espacios de almacenamiento están concebidos en función de las necesidades de una embarcación de recreo destinada a realizar cortas travesías a una distancia relativamente pequeña de la costa.

LA RUTA DEL "GRANMA" DE TUXPAN A LAS COLORADAS

A las 0200 horas del 25 de noviembre de 1956, el yate "Granma" salva la boca del río Pantepec y sale a mar abierto. Toma entonces un rumbo de 90 grados verdaderos, directamente hacia el faro más inmediato en dirección Este. El rumbo permite quitar la mar de través e inclinarla hacia la amura, lo cual resulta necesario por lo emproado del buque, y permite también determinar exactamente la velocidad con vista a revisar el estimado teórico de 10 nudos por hora que se ha hecho antes de zarpar. Con este rumbo se navegan 275 millas, a una velocidad de 6,7 nudos por hora.

A las 1900 horas del día 26 se traza un nuevo rumbo de 60 grados verdaderos. El cambio se hace necesario para evitar el faro de Punta Palmas, donde seguramente estarán apostados los guardacostas mexicanos, y seguir navegando de acuerdo con la configuración de la península de Yucatán a unas 60 millas del peligro de los guardacostas. A las 0830 horas del día 27 pueden hacerse las primeras observaciones astronómicas, y a las 1200 horas de ese mismo día se traza un tercer rumbo de 85 grados verda-

deros, después de haber recorrido 119 millas marinas a una velocidad de 7 nudos.

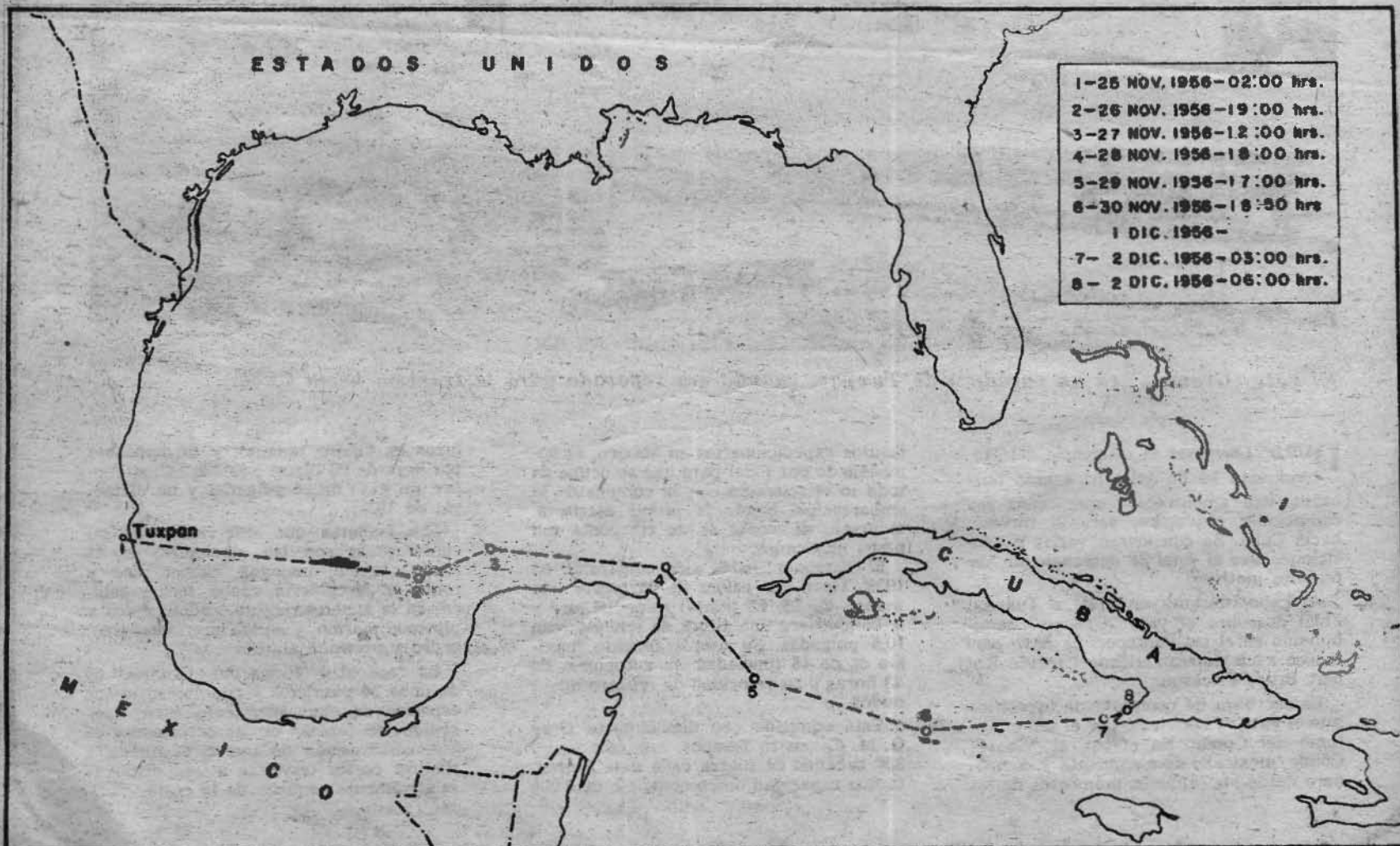
El tercer rumbo conduce paralelamente a la costa norte de la península de Yucatán en dirección hacia el cabo de San Antonio, a una distancia suficiente para eludir a los guardacostas mexicanos y cubanos, quienes no pueden suponer que con el mal tiempo reinante el "Granma" esté navegando como un buque de porte. Se recorre en esta dirección una distancia de 215 millas marinas a una velocidad real de 7,4 nudos.

A las 1800 horas del día 28 se traza un rumbo de 135 grados verdaderos. El "Granma" pasa esa noche a 23 millas del cabo Contoi, en México, y 64 millas del cabo de San Antonio, quizás uno de los momentos más peligrosos de la travesía por la posibilidad de ser descubierto. El nuevo rumbo permite una navegación en figura geométrica contraria a la línea de la costa sur de Cuba, a una distancia suficiente para quedar fuera del alcance del patrullaje normal de la aviación. En esta dirección se navegaron 172 millas marinas a una velocidad de 7,5 nudos.

A las 1700 horas del día 29 se traza un rumbo de 104 grados verdaderos, que lleva a recalzar de noche al faro norte de Caimán Grande y asegurar así un punto geográfico que permita trazar con seguridad el derrotero de la etapa final del viaje. Cumplido este objetivo, a las 1850 horas del día 30 se traza el último rumbo del viaje, 84 grados verdaderos, que conduce directamente hacia Cabo Cruz marcando de día los Calmanes Chicos a una distancia segura y entrando en la zona de peligro ya de noche. Teniendo en cuenta la hora perdida en la noche del 1.º de diciembre por la caída de un tripulante al mar, se navegan con este rumbo aproximadamente 220 millas marinas a una velocidad de 7 nudos.

Finalmente, a las 0400 horas del 2 de diciembre se traza frente a Cabo Cruz un rumbo aproximado al nordeste y se navegan unas 13 millas hasta la llegada al punto de desembarco.

El tiempo total de navegación fue de aproximadamente 7 días y 4 horas. Se cubrieron 1 235 millas a una velocidad promedio de 7,1 nudos por hora.



AMANECER EN LAS COLORADAS

EL "Granma" encalla frente al lugar conocido como Los Cayuelos, entre Punta Coloradas, al nordeste, y Punta Purgatorio, al suroeste, a unos 1 200 metros de la primera. Del lugar del desembarco hay aproximadamente dos kilómetros a la playa de Las Coloradas, ocho al caserío de Belic y veinte al poblado de Niquero, todos aproximadamente hacia el nordeste.

Poco a poco, en la medida en que se extiende la luz difusa del amanecer, los expedicionarios pueden precisar los detalles de la costa. Ante ellos se extiende una línea ininterrumpida de manglares, monótona y pareja, sin abertura alguna que facilite el acceso ni diferenciación apreciable que permita un punto de referencia.

Aproximadamente a las 6:30 de la mañana del 2 de diciembre comienza el desembarco.

Fidel ordena a René Rodríguez que baje al agua y compruebe el fondo. El expedicionario se tira sin su equipo. El agua le llega poco más arriba de la cintura. El fondo es cenagoso y resbaladizo, pero resiste su peso.

El bote auxiliar es bajado, pero bien por el peso de los hombres y equipos que suben a él

o bien porque tenía una vía de agua, se hunde casi de inmediato.

Fidel se tira al agua con todo su equipo: mochila, fusil, canana. En el acto se entierra en el fango. Lo mismo ocurre a todos los demás que bajan cargados. Los hombres van saliendo por el costado derecho del buque. Unos se tiran, otros se descuelgan. Raúl Castro se queda a bordo hasta el final junto con su pelotón de retaguardia, tratando de salvar la mayor cantidad posible de equipos.

Un pescador de la zona ha estado trabajando desde la madrugada en un bote de remos, cerca de la costa. El "Granma" le pasa cerca. Cuando encalla, el pescador se atemoriza y se aleja remando. El barco de cabotaje "Tres Hermanos" va saliendo a esa hora de la laguna del Guaso, hacia el sur del lugar donde encalla el "Granma", cargado de carbón para Manzanillo. Ve también el yate y da media vuelta a esconderse. Desde el norte viene acercándose el "Gibbarita", embarcación dedicada al tiro de arena de Cayo Casimba a Niquero. Al divisar el

"Granma" da también media vuelta y regresa con rumbo nordeste a alertar a las autoridades navales.

El avance de los expedicionarios se dificulta extraordinariamente. Resbalan, se atascan, se hunden. Muchos están débiles por el ayuno de los últimos días de viaje y las fatigas constantes del mareo. A pesar de todo, haciendo cada cual un supremo esfuerzo, avanzan dispersos o en pequeños grupos hacia la costa, a la que se van acercando lentamente.

El agua les llega al pecho o a la cintura. Algunos, de estatura más pequeña, apenas pueden sacar la cabeza. El mexicano Alfonso Zelaya tiene que mantener en alto a Norberto Godoy, que casi no da pie.

Al cabo, exhaustos, empapados y llenos de fango, los ochenta y dos hombres van llegando hasta las primeras raíces de los manglares. Algunos se detienen a coger aliento. Otros se internan enseguida en la intrincada maraña del manglar.

La costa de Los Cayuelos en la zona del desembarco.





Vista aérea de la zona de Los Cayuelos.

Se observa la laguna interior o albufera que debieron cruzar los expedicionarios.

La costa de Los Cayuelos inmediatamente hacia el nordeste del lugar del desembarco.



LA costa que se extiende en dirección al suroeste desde Las Coloradas hasta Cabo Cruz, está conformada por una ciénaga litoral cubierta por una extensa franja de manglares que en ocasiones alcanza una profundidad de dos kilómetros. El suelo es un pantano arcilloso sobre el que se entremezcla el mangle con algunas cantidades de hierba.

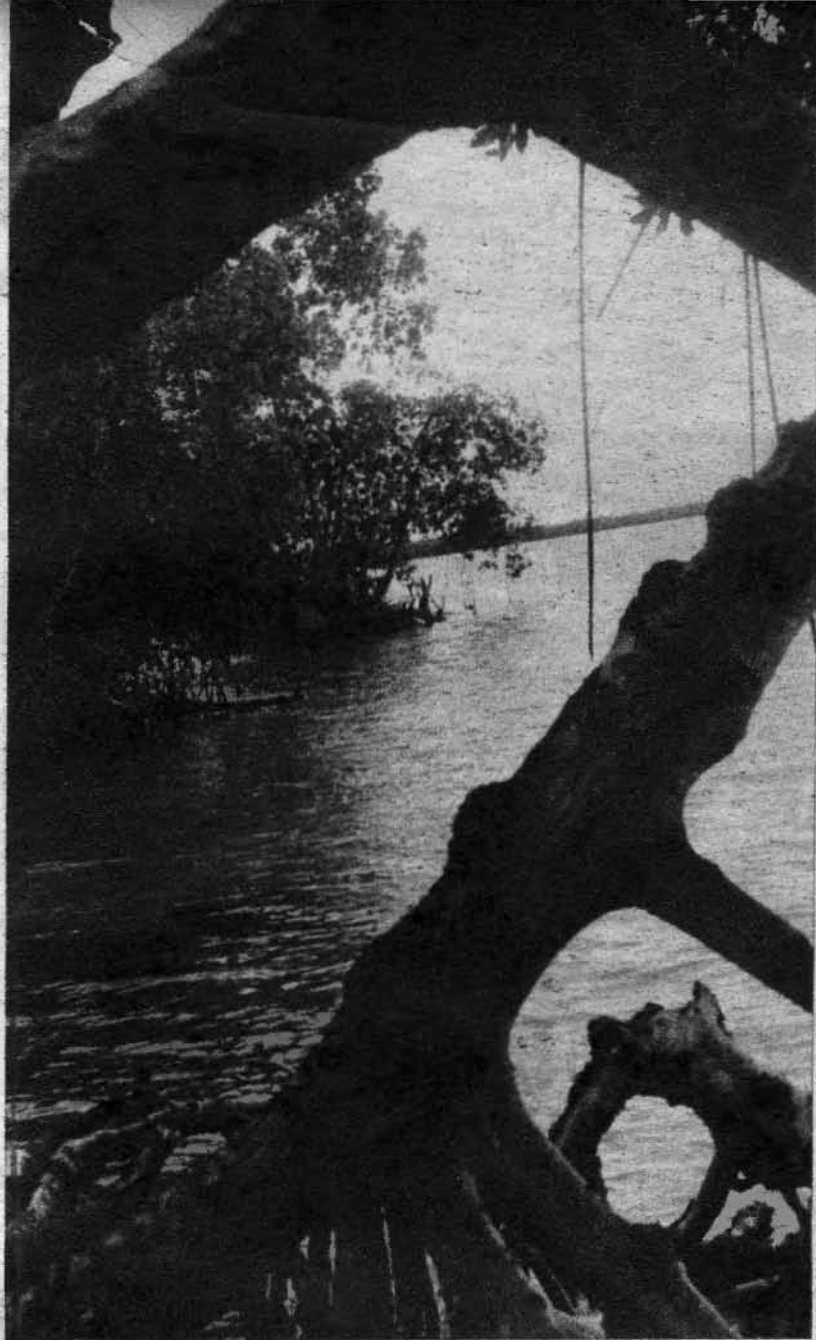
El mar es bajo y sus aguas tranquilas cerca de la costa. El fondo está constituido por fango y cebadal.

En el mes de diciembre, la temperatura media en esta zona suele ser de 20 a 24 grados centígrados. Particularmente en diciembre de 1956, cruzaron dos frentes fríos moderados por el golfo, con vientos hasta de 49 kilómetros por hora, que provocaron en mar abierto olas hasta de cuatro metros. En la zona del desembarco hubo vientos hasta de 28 kilómetros por hora, y un oleaje de medio metro a dos metros.

El 2 de diciembre de 1956, la temperatura reportada en la zona a las 7:00 de la mañana, aproximadamente la hora del desembarco, fue de 21 grados centígrados. No hay datos sobre la temperatura del agua, pero es de suponer que haya sido fría.

A las 6:00 de la mañana en diciembre, a 50 metros sólo se distinguen los contornos y las masas. A las 6:30 ya hay una visibilidad bastante clara a 250 metros. A las 7:00 es ya de día plenamente.

La costa de Los Cayuelos hacia el suroeste. Al fondo se aprecia Punta Purgatorio.



Detalle de la costa en el lugar del desembarco.



EL PRIMER ENEMIGO



PARA la mayoría de los expedicionarios la ciénaga se prolonga sin interrupción más allá de la línea de la orilla. Algunos —entre ellos Fidel— tienen la suerte de topar con una estrecha lengua de terreno más sólido, que les hace abrigar la esperanza inicial de haber llegado a tierra firme. Pero apenas veinte metros más adelante, comienza de nuevo la terrible ciénaga.

La lucha ahora no es sólo contra el fango y contra el agua. Ahora hay que luchar, también y sobre todo, contra el mangle. Es imposible avanzar en línea recta. La red de raíces junto al agua se hace impenetrable. Los pies se enredan bajo el agua cenagosa; las armas y equipos se traban en las ramas. El camino se hace aéreo y la marcha es un agotador acto de acrobacia, por encima de las raíces y las ramas. Algunos pierden pie y se atascan en el fango hasta el pecho. Hay que ayudarlos a salir. El peligro de caer en una tembladera está presente en todos.

No hay punto de apoyo posible en esta marcha. Las manos no tienen asidero que no lacere o perfora. Las espinas y los filos de las hojas desgarran los uniformes y la piel. Una nube de jejenes y mosquitos se cierne sobre cada uno de los hombres y los azota.

Ante las dificultades del avance y el agotamiento, algunos van dejando entre el mangle parte de su equipo. Atrás quedan también el transmisor de radio y algunas armas y parque.

Transcurre una hora. Se han caminado algunos cientos de metros y la ciénaga no cede.

—¿Habremos caído en un cayote? —se preguntan angustiados Fidel y muchos otros de los que se debaten dentro de aquel infierno inacabable. No hay regreso posible.

La duda se agiganta cuando Luis Crespo sube a uno de los troncos más altos y no divisa más que agua y mangle. Es preciso cruzar un tramo despejado que forma una especie de laguna salada. De nuevo el agua a la cintura, enterrados en el fango o en arena blanda. Y del otro lado sigue el mangle. Crespo trepa varias veces. En una de esas ocasiones divisa a lo lejos el fin del manglar. Los ánimos despiertan.

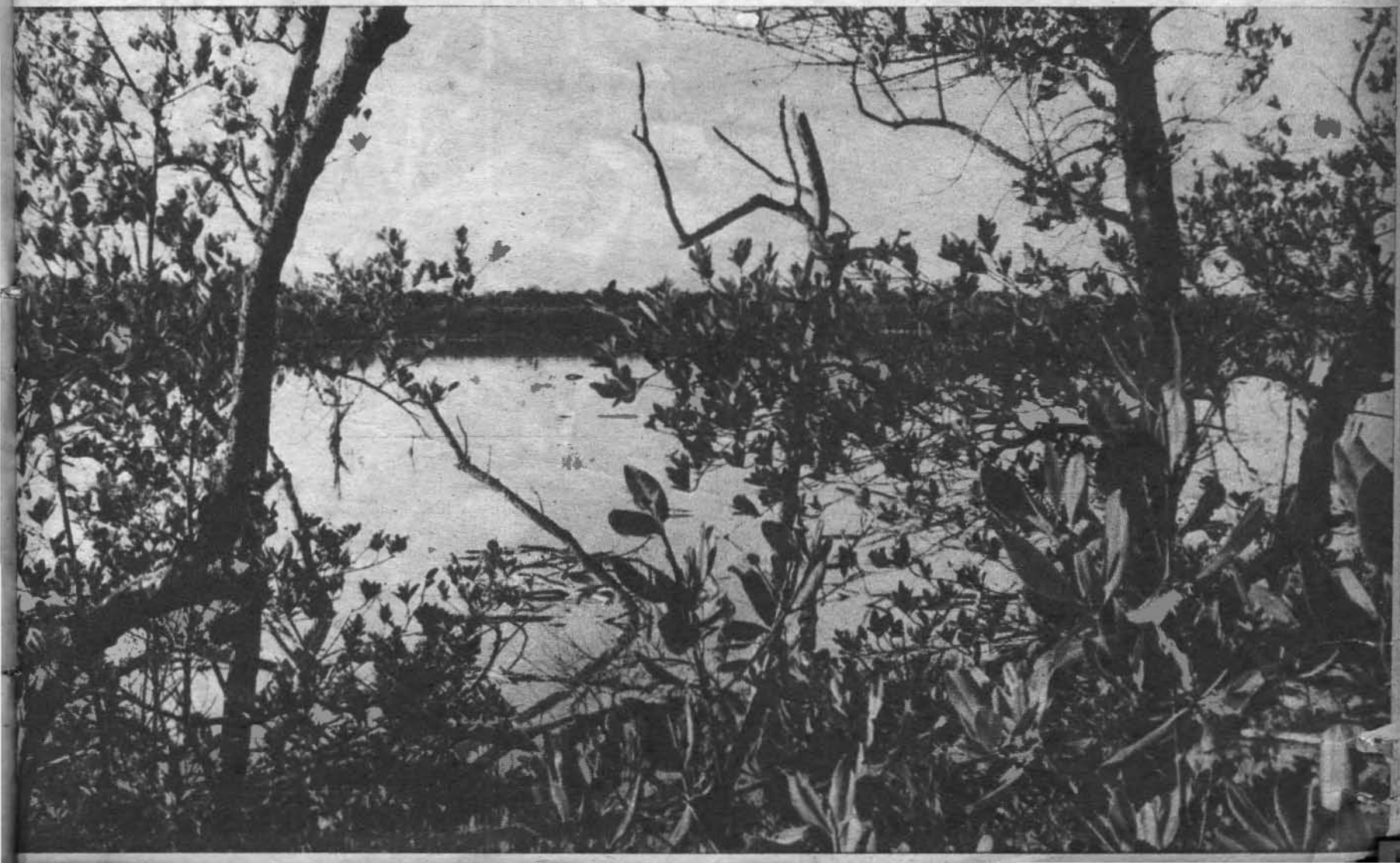
La vegetación va cambiando. Han entrado en un terreno más arenoso por el que se tienen que abrir paso entre los filos agudos de las hojas de la cortadera. Crespo hace de nuevo las veces de vigía y descubre a lo lejos lo que parece ser ya la tierra firme. Más adelante observa una casa y hacia allí encamina al grupo donde va Fidel.

Han pasado unas dos horas del desembarco cuando al fin los primeros expedicionarios, agotados pero animosos por haber vencido esta dura prueba, pisan el suelo de la tierra firme. Algunos besan el suelo. Poco a poco va saliendo el contingente, cada grupo por un lugar distinto. Llegan por fin los más rezagados, pero aún así faltan ocho combatientes, entre ellos Juan Manuel Márquez. Se han desviado hacia un rumbo más al norte en algún momento del cruce del manglar, posiblemente al llegar a la laguna, y han salido a tierra firme en un punto algo distante del resto del destacamento.



El interior del manglar en el lugar del desembarco. Foto tomada desde la pasarela construida después del triunfo de la Revolución.

La laguna interior.





EN el manglar de Los Cayuelos se aprecia una sensible diferenciación en cuanto a la distribución de las especies, desde el borde externo hasta el interno.

La primera que se encuentra es el llamado mangle rojo, que alcanza alturas hasta de cinco metros. Desde el mar se observa como una densa pared vegetal. Sus raíces se caracterizan por tener forma de arcos y entremezclarse en intrincadas marañas de guías y ramas que a veces semejan grandes jaulas. El mangle rojo se desarrolla en la franja exterior, donde el agua de mar es tranquila. A sus enormes raíces se fijan ostiones y otros moluscos de conchas agudas y lacerantes, y un musgo resbaladizo cubre todas las superficies.

Intercalado con el mangle rojo crece el llamado mangle blanco, que puede alcanzar los diez metros de altura. Se caracteriza por raíces respiratorias que emergen del agua en forma de punzantes agujas.

El lecho fangoso del manglar es movedizo y traicionero. Tembladeras y manantiales subterráneos contribuyen a la inestabilidad de este fondo. Las aguas forman un caldo espeso, pestilente y tibio.

Detrás del manglar se extiende una zona intermedia con la tierra firme en la que crecen diferentes plantas herbáceas —como la cortadera, de hojas filosas como navajas—, helechos acuáticos, bejucos y palmas canas y otros árboles.

El manglar está poblado por una abundante y abigarrada fauna. Nubes de mosquitos, jejenes y libélulas conviven con cangrejos, jaibas, hormigas, aves acuáticas y vertebrados tales como lagartos y jutías.

Otro aspecto de la laguna interior.



El expedicionario Arnaldo Pérez muestra la forma en que tuvieron que avanzar los combatientes dentro del manglar, por encima de las raíces y las ramas.



La cortadera. El camino fue construido después del triunfo de la Revolución.

*Fidel en la zona del desembarco.
Foto tomada en 1959.*

LOS CAMPEBINOS



AL salir á tierra firme, Luis Crespo se encamina hacia la casa que había divisado. Antes de llegar a ella encuentra un campesino y lo lleva adonde está Fidel, a poco menos de un kilómetro en dirección al mar. Son alrededor de las 9:00 de la mañana.

El campesino es Angel Pérez Rosabal, el dueño de la casa.

—No tenga miedo —le dice Fidel—. Yo soy Fidel Castro. Estos hombres y yo venimos a libertar a Cuba.

Fidel le pregunta algunas direcciones y datos de la zona y lo invita a unirse al contingente. Luego se dirigen hacia la casa. Algunos expedicionarios tumban cocos y sacan el agua y la masa. Otros llegan hasta la casa y comen plátanos manzanos y unas masas de puerco que tenía preparadas la esposa de Angel. Un grupo entra y se cambia los uniformes mojados. Mientras tanto, siguen llegando los más rezagados.

El campesino ofrece preparar algo de comer. Busca un puerquito dispuesto a sacrificarlo, pero en ese momento, desde la costa, se escuchan unas detonaciones. Se trata del cañonero 106, avisado del desembarco, que llega desde el nordeste. El buque lanza hacia el mangle algunas descargas y ráfagas de ametralladora, por supuesto inefectivas a esa hora, y regresa hacia el nordeste remolcando el yate.

Pero la tropa expedicionaria no podía saber si el cañoneo era el preludio de un ataque por tierra. Algunos no han acabado todavía de salir a terreno firme cuando Fidel da la orden de reiniciar la marcha. Llegan hasta un montecito cercano y allí se ocultan, en espera de que se les pueda reunir el pequeño grupo de Juan Manuel. A estas alturas son ya algo más de las 11:00 de la mañana.

Al poco rato comienzan de nuevo la marcha. Fidel ha impartido la orden de avanzar en todo caso, juntos de ser posible y si no dispersos, hacia la Sierra Maestra, para llegar a ella cuanto antes. Angel Pérez les sirve de guía. La columna pasa por el costado de la casa de Marzo Herrera. Algunos entran, pero el campesino está en Las Coloradas en un velorio. Alrededor del mediodía llegan a la zona de El Ranchón, y Angel regresa a su casa. En El Ranchón, junto a un pozo de agua, encuentran a los campesinos Pedro Luis Sánchez y Juan Herrera, hermano de Marzo. Este último se había tropezado poco antes con la tropa y había huido atemorizado.

Un expedicionario les explica quiénes son. Juan Herrera les abre un portillo para que puedan seguir camino, mientras Pedro les va brin-

Angel Pérez Rosabal, a la izquierda, junto al brocal del pozo en el lugar donde estaba su casa.

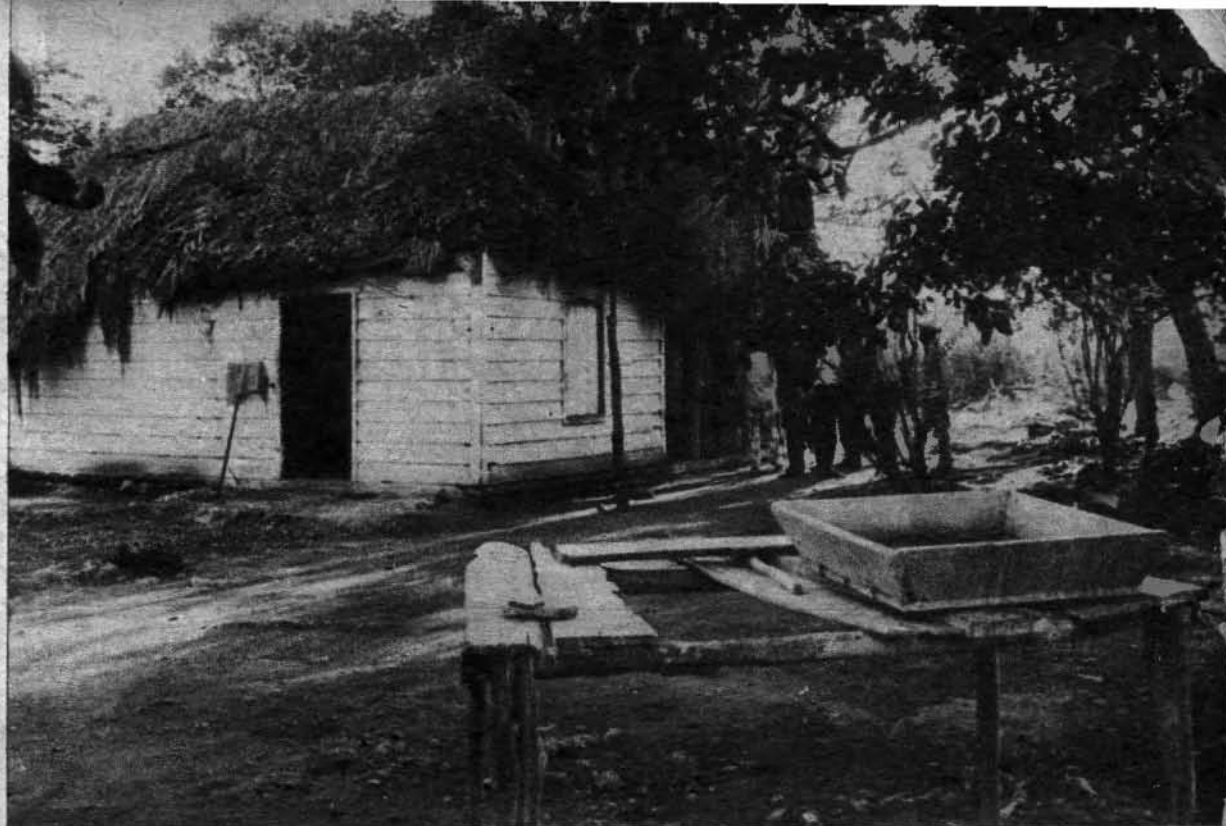
Esto fue lo único que quedó de la vivienda después que los soldados la saquearon e incendiaron como represalia por la actitud del campesino el día del desembarco de los expedicionarios del "Granma".

dando agua a cada uno a medida que pasan. La columna hace un alto en un claro cercano. Son aproximadamente las 3:00 de la tarde. Extenuados y hambrientos, los combatientes descansan. Algunos se cambian de ropa y otros limpian la que tienen puesta del fango y la arena acumulados.

Durante toda la tarde han estado sobrevolando y ametrallando la zona un avión de reconocimiento Biber y dos aviones Catalina de la Marina de Guerra. Uno de los Catalina ametralla el cocal y la casa de Manuel Suárez, a dos kilómetros al sur de la de Angel Pérez, confundiéndola con ésta. Por un campesino de la zona las autoridades militares ya han sabido que la columna expedicionaria ha desembarcado y que pasó por la casa de Angel Pérez.

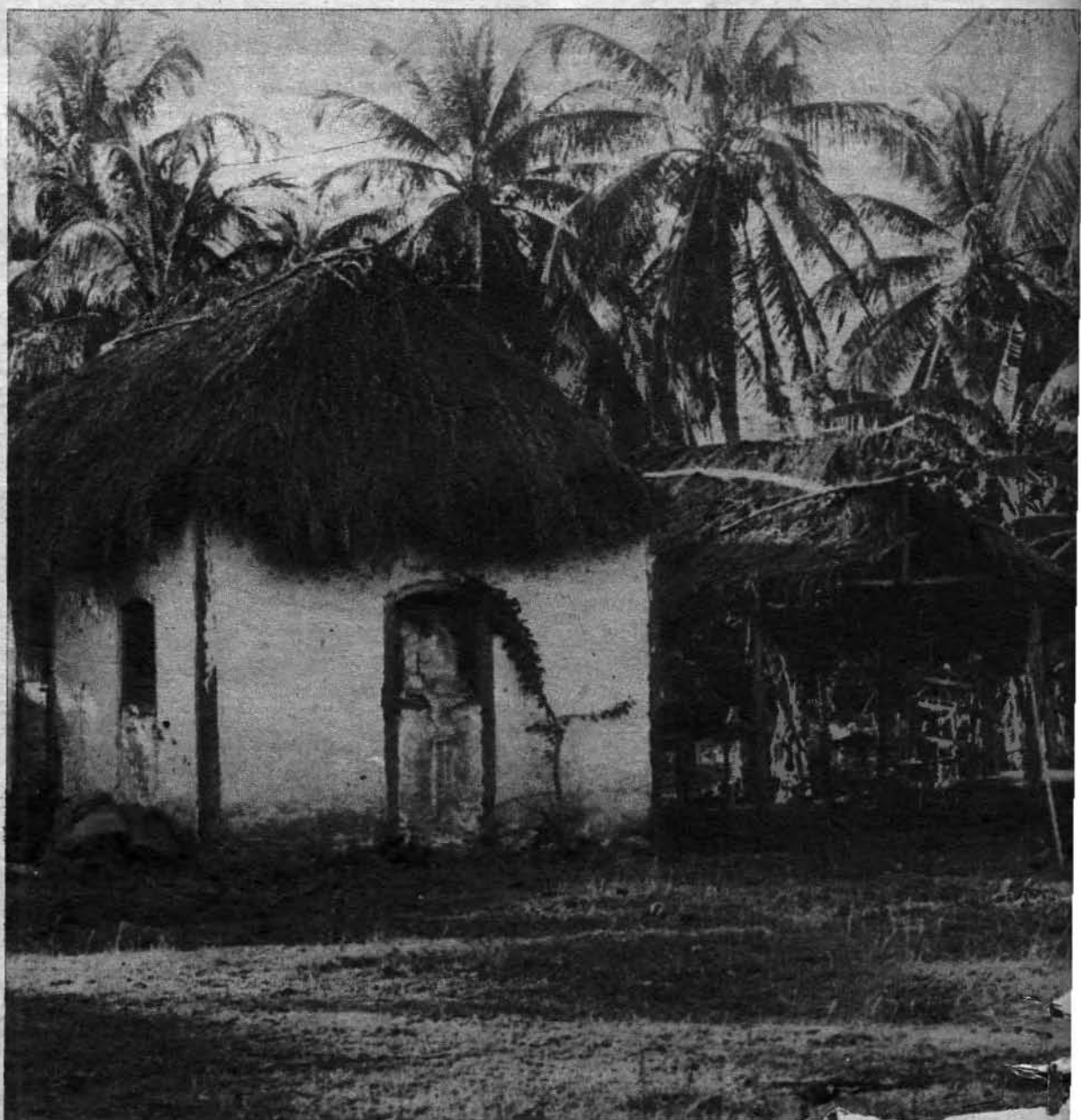
Los combatientes avanzan por una manigua de mucha hierba pero pocos árboles. Tienen que tirarse a tierra a cada momento para evitar ser descubiertos por los aviones. Cae la noche del 2 de diciembre. Los expedicionarios acampan en un cayito de monte cerca del camino del Mijial, a unos dos kilómetros al este de El Ranchón. Allí algunos comen caña y un poco de maíz tierno crudo. El destacamento hace su primera noche en pie de guerra, después de una jornada agotadora.

Pedro Luis Sánchez.



*La casa de Marzo-Herrera, junto a la cual pasó la columna expedicionaria.
Foto actual.*

Estado actual de la casa y el cocal de Manuel Suárez, que fueron bombardeados por la aviación el 2 de diciembre de 1956.





Lugar donde estaba ubicado el ranchón que daba nombre a la zona por donde cruzó la columna expedicionaria el día 2.

Por este lugar pasaron los expedicionarios después del encuentro con Pedro Luis Sánchez.



LA ZONA DEL DESEMBARCO

SEGUN datos del censo de 1953, el municipio de Niquero estaba formado por tres núcleos urbanos: Niquero, Palmariño y Pilón, con un total de 1 295 habitantes, y diez barrios rurales: Belic, Platanito, Sevilla, Pilón, Vicana, Niquero sur y norte, Gorito, Media Luna y Jagua, con una población de 55 524 habitantes.

El nivel de escolaridad era sumamente bajo. En las zonas urbanas, donde había 5 399 ciudadanos entre 5 y 24 años, solamente 1 539 asistían a la escuela. En los barrios rurales las cifras eran todavía más aplastantes: de 24 461 ciudadanos entre 5 y 24 años, asistían a la escuela 2 750.

La zona del desembarco corresponde al barrio de Belic. Su territorio abarcaba pequeños centros de población o caseríos. Por la parte norte, Belic, Soledad, Yuraguana, Estacadero, El Palmar, Pozo Redondo, La Dominicana. Las comunicaciones se realizaban aquí por caminos y terraplenes acondicionados para el transporte de la caña y frutos menores con destino a Niquero. Por el sur hay otros núcleos de población: Agua Fina, Río Nuevo, Alegría de Pío, Las Palmonas, El

Guáimaro, Alto de la Conveniencia, Pozo Empalado. Las comunicaciones en esta parte eran más difíciles. Sólo existían pequeñas veredas de carboneros o leñadores, por lo que el tránsito se realizaba principalmente a caballo o a pie.

La economía de esta región era muy pobre. Se elaboraba carbón en toda la zona costera, desde Las Coloradas a Cabo Cruz, aprovechando la vegetación de los manglares, y se transportaba en goletas y chalanas hacia Niquero y Manzanillo. También se extraían maderas y leña de los bosques y montes que cubren la casi totalidad de este territorio, prácticamente deshabitado. Sólo existían pequeños ranchos de carboneros en Agua Fina. La pesca se limitaba al autoconsumo y se realizaba en pequeñas embarcaciones que salían de Belic, Niquero y Cabo Cruz.

Al este y a pocos kilómetros de la costa, en un extenso llano limitado por algunas alturas y circundado por tupidos bosques, se extendían campos de caña que abarcaban una superficie mayor a 1 500 hectáreas. Tanto la tierra cañera como las zonas boscosas estaban, en su casi totalidad, en manos de compañías

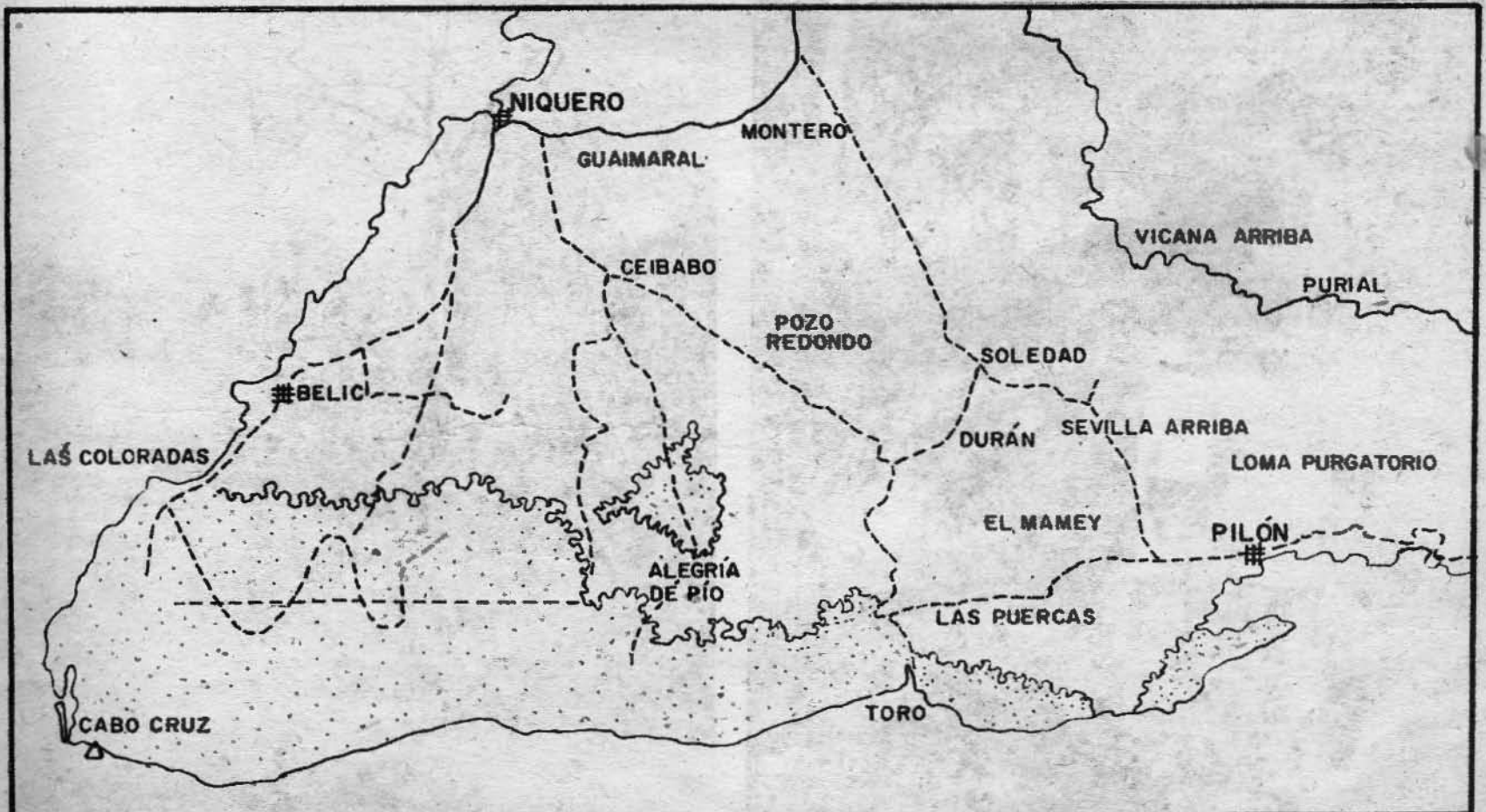
norteamericanas o latifundistas nacionales.

De oeste a este, se pasa bruscamente de la costa pantanosa a una faja de pradera poco húmeda que se extiende sobre la meseta de Cabo Cruz, a lo largo de 44 kilómetros. Esta meseta es una prolongación de la subregión de la Sierra Maestra, que se levanta hacia el este a partir de las alturas que bordean el río Toro.

En la meseta caliza se han labrado a través del tiempo impresionantes terrazas que terminan en acantilados con más de 260 metros de altitud, como Punta Escalereta, o la loma de Boca del Toro, con 355 metros.

La vegetación de las terrazas está formada por especies herbáceas y algunos arbustos bajos. En los lugares donde el mar baña los farallones no existe vegetación. En una zona más baja se pueden encontrar uvas caletas, cactus y tunas.

El bosque que cubre otra parte del territorio presenta una rica vegetación. En su capa superior los árboles alcanzan una altura de hasta 30 metros.



LA TROCHA

AMANECE el día 3 de diciembre. El hambre atenaza los estómagos de los expedicionarios. Muchos, al incorporarse, sienten como si la tierra se moviera. Son los efectos del mareo de la travesía, que todavía les duran, y de la debilidad y el agotamiento.

La columna emprende la marcha en fila india. Atraviesan un bosque de árboles altos y coposos y entran en el diente de perro. La piedra aguda les destroza las botas. La marcha se hace fatigosa. Reaparecen los aviones, lo que obliga a interrumpir a menudo el avance y ocultarse. No se encuentra ni gota de agua en la ruta.

A media mañana, en El Mijial, la vanguardia llega a un bohío. Es la casa de Zoilo Pérez Vega, más conocido en la zona como Barón Vega. El dueño de la casa no está. Fidel habla con la mujer y los hijos y les explica quiénes son y a qué han venido. José Rafael Pérez, uno de los hijos, informa a los expedicionarios las noticias que su padre ha escuchado en el radio de un vecino.

La familia prepara comida. Matan unas gallinas, hacen caldo para los más débiles, cocinan yuca y ofrecen ricos panales de miel. Algunos, como Cándido González, comen tanta miel que sufren los efectos, después del ayuno prolongado. Toman agua hasta saciarse. Después de llenar las cantimploras —algunos de agua y otros de miel— y de recoger unos cuantos boniatos crudos, prosiguen la marcha alrededor del mediodía. Los guía Tato Vega, hermano de Barón, y uno de los hijos de este último.

El rumbo general por la mañana ha sido hacia el sur. Ahora se encaminan en dirección al sureste. Van buscando una entrada a la Trocha, corte transversal en el monte que divide de oeste a este las tierras de la Beattie Sugar Company de las de otros latifundios. Todo el resto de la tarde la columna camina por la Trocha en una marcha fatigosa sobre el diente de perro. El trillo está bien oculto desde el aire por las copas de los árboles.

El destacamento se desplaza en dos columnas, una a cada lado del sendero. Entre cada combatiente hay unos tres metros. El pelotón

de vanguardia, al mando de José Smith, va explorando el terreno. El Estado Mayor marcha aproximadamente al centro de la larga procesión, que ocupa más de cien metros. Cierra la marcha el pelotón de retaguardia al mando de Raúl.

Al entrar en la Trocha ha regresado el hijo de Barón Vega. El destacamento continúa el avance y llega al oscurecer a un claro del bosque donde tres campesinos están haciendo carbón. Es el corte de carboneros de Quino Jiménez, en Agua Fina. Al acercarse los hombres de la vanguardia, camuflados con hierbas y provistos de armas largas, los campesinos huyen despavoridos. Luis Crespo sale a alcanzarlos y no regresa.


El grueso del contingente acampa en el bosque mientras un grupo prepara comida con las provisiones que se encuentran en el lugar. Hay agua, y la pequeña ración de arroz blanco y frijoles negros resulta un banquete. Los expedicionarios dejan cinco pesos en el rancho, en pago por los viveres, y acampan definitivamente dentro del bosque, unos cuantos cientos de metros hacia el este.

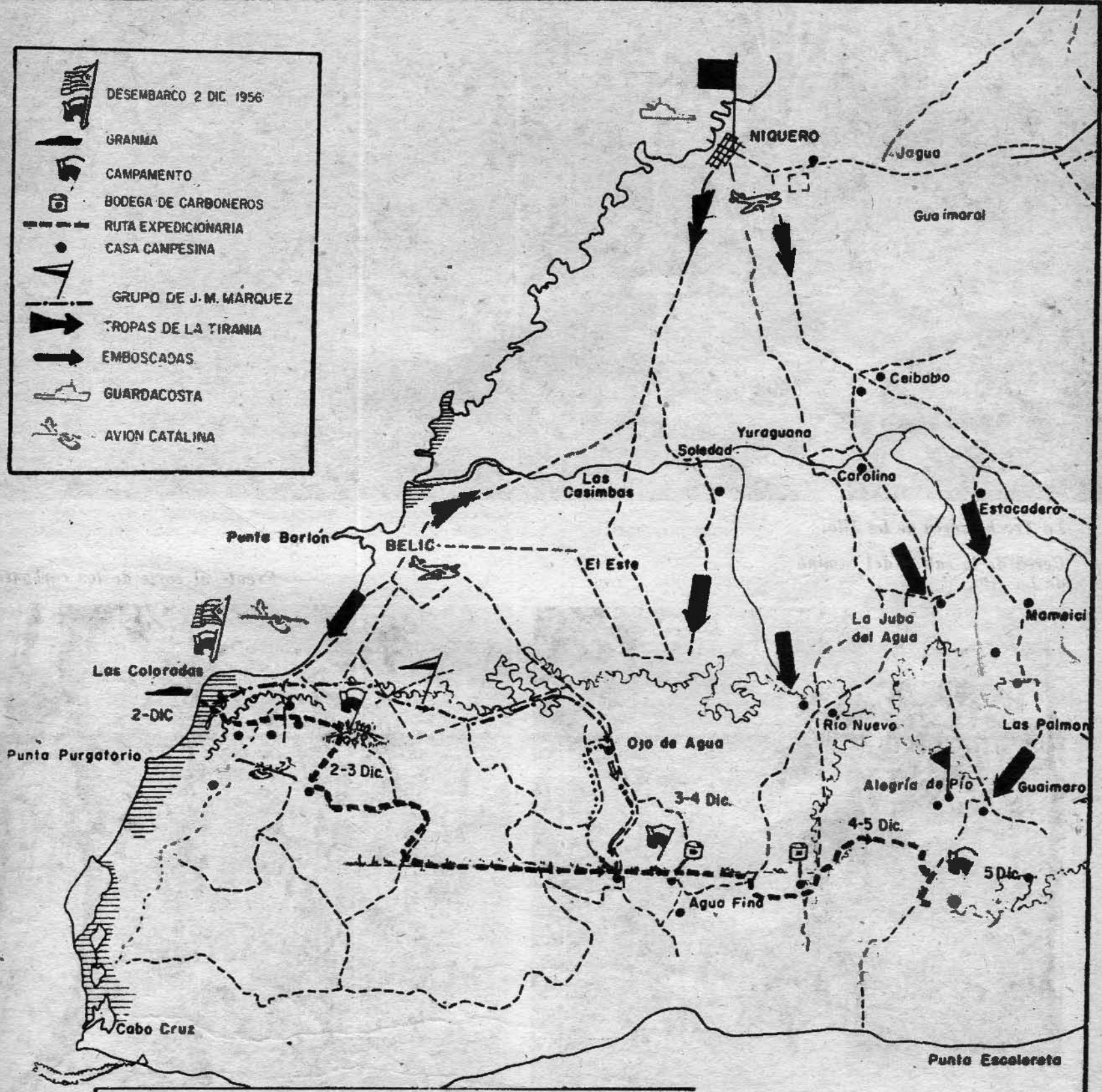
Uno de los caminos que conducen hacia la Trocha por dentro del monte.



Un ángulo de la Trocha.



-  DESEMBARCO 2 DIC 1956
-  GRANMA
-  CAMPAMENTO
-  BODEGA DE CARBONEROS
-  RUTA EXPEDICIONARIA
-  CASA CAMPESINA
-  GRUPO DE J. M. MARQUEZ
-  TROPAS DE LA TIRANIA
-  EMBOSCADAS
-  GUARDACOSTA
-  AVION CATALINA



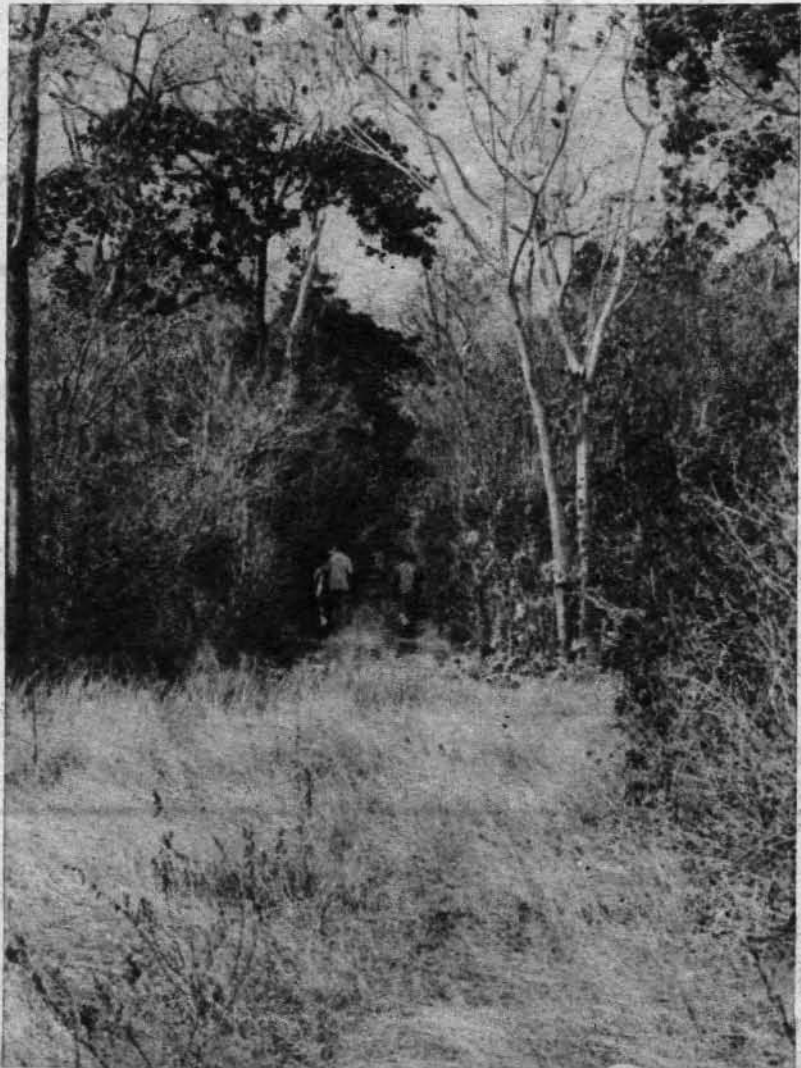
RUTA EXPEDICIONARIA 2 al 5 Dic. 1956



La Trocha cerca de La Jita.

*Cerca de la salida del camino
de La Jita.*

Frente al corte de los carboneros



REENCUENTRO CON JUAN MANUEL

El grupo de ocho expedicionarios que toma otro rumbo dentro del mangle, la mañana misma del desembarco, está compuesto por Juan Manuel Márquez, René Rodríguez, Roberto Roque, Norberto Collado, Ramón Mejía del Castillo, Luis Arcos, José Ramón Martínez y Armando Rodríguez Moya. Salen a tierra firme aproximadamente a la misma hora que el grueso del contingente, pero algo más al norte.

Toman por un camino en dirección nordeste. Alrededor del mediodía un avión Catalina los detecta. Los combatientes se resguardan junto al tanque de agua de un molino. El Catalina hace un pase rasante con sus ametralladoras, con el único resultado de producir algunos impactos en el tanque.

Un poco más tarde el grupo encuentra a un campesino que les indica la dirección de una casa donde pueden ser bien recibidos. Un niño, el hijo del campesino, los acompaña hasta la casa de Augusto Arrancha, en el camino de La Jita. En algún momento de la tarde, una mujer les ofrece unos platos de comida. Los expedicionarios comen en un montecito cercano y después entierran los platos para no dejar rastros.

No ha podido ser determinado el lugar en el monte donde pasan la primera noche. Al día siguiente, después de dar un rodeo por la zona,

toman el camino de Agua Fina hacia el sur. Alrededor de las 5:00 de la tarde del día 3 llegan a Ojo de Agua, a la casa del campesino Augusto Cabrera.

Cabrera había salido. Al regresar, encuentra a tres de los expedicionarios en la cocina de su casa. A los pocos minutos llegan Juan Manuel y los demás. Juan Manuel pide aguja e hilo para remendar su uniforme desgarrado en el cruce del manglar. Cabrera les ofrece un poco de sambumbia.

Pasan unas horas. Ya de noche, Cabrera está sentado en el portal cuando se acerca un hombre a la casa. Juan Manuel oye voces afuera que discuten.

—Señora —dice a la esposa de Cabrera—, apártese con los niños, que yo oigo a su esposo hablando con una gente extraña, no vaya a ser que tengamos que pelear.

Los expedicionarios se mantienen alertas. Unos instantes después entra Cabrera en la casa con el hombre. Es Luis Crespo.

Todos lo abrazan emocionados. Crespo relata entonces cómo ha llegado hasta allí. En su afán por dar alcance a los carboneros que huyen de la Trocha al paso de la columna expedicionaria, Crespo pierde el rumbo en la oscuridad, a pesar de que ha ido dejando señales en el camino. Al rato de andar vagando desorientado por el monte, escucha unos golpes a su

espalda. Vuelve sobre sus pasos y se acerca a una casa. Los golpes que ha sentido son los del pilón donde la esposa de Cabrera está moliendo café. Encañona con su pistola al campesino en el portal y entra en la casa para encontrar, sorprendido y emocionado, a sus compañeros.

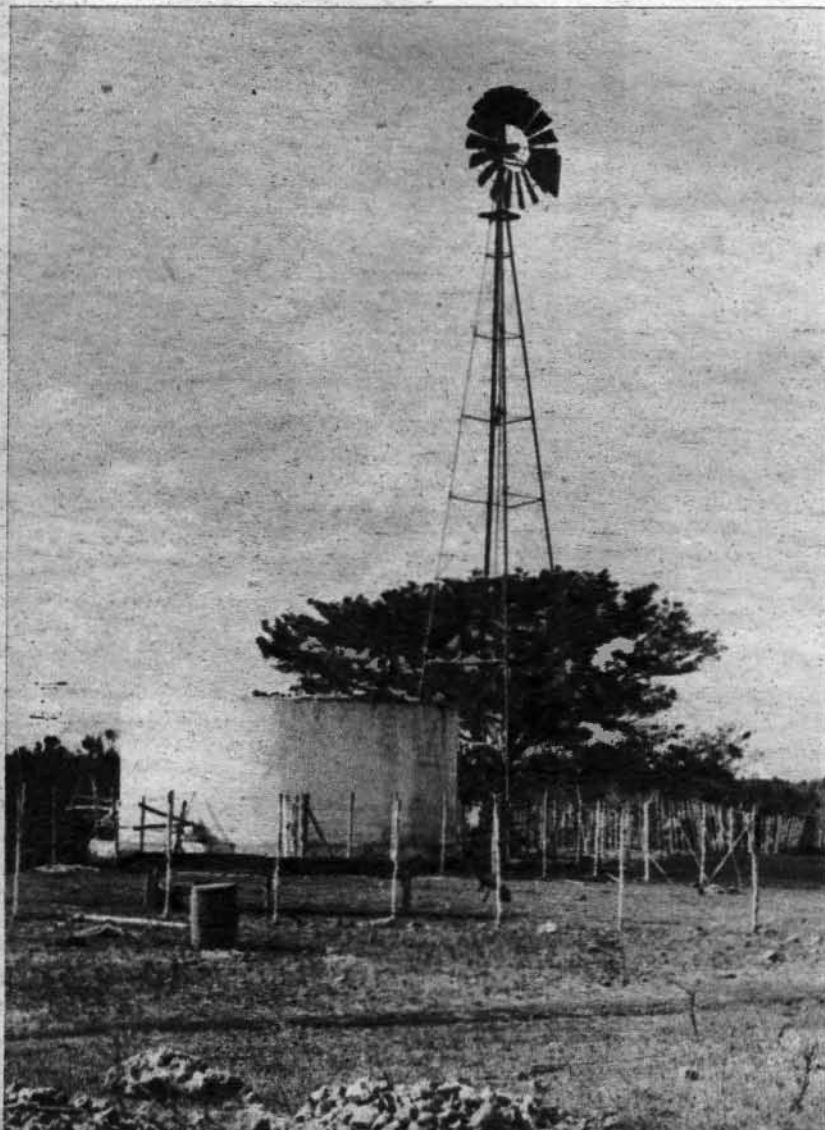
Cabrera está dispuesto a servir de práctico a Luis Crespo para regresar adonde ha de estar acampado el grueso de la columna. Salen esa misma noche. En la casa quedan Juan Manuel y los otros siete de su grupo.

La oscuridad es cerrada y el camino difícil. Al cabo de una hora llegan a la Trocha. Descansan un momento y luego siguen caminando. Ya al amanecer llegan al rancho de los carboneros. Un poco más adelante está el campamento. Ya la columna se está poniendo nuevamente en marcha, y topan con la retaguardia.

Crespo da a Fidel la noticia del encuentro con Juan Manuel. Se decide de inmediato enviar a recogerlos y parten otra vez Luis Crespo y el campesino Cabrera, acompañados por Andrés Luján. Regresan dos horas después con los ocho compañeros. Traen un chivo que había sacrificado la esposa de Cabrera para el almuerzo que ellos no quisieron esperar.

La alegría es general. El destacamento del "Granma" está otra vez completo.

Tanque de agua del Molino No. 2, tras el cual se refugiaron del ametrallamiento del avión Catalina los ocho expedicionarios que tomaron otro rumbo en la mañana del día 2.



El campesino Augusto Cabrera, quien tuvo una participación destacada en la ayuda a los expedicionarios después de la dispersión.

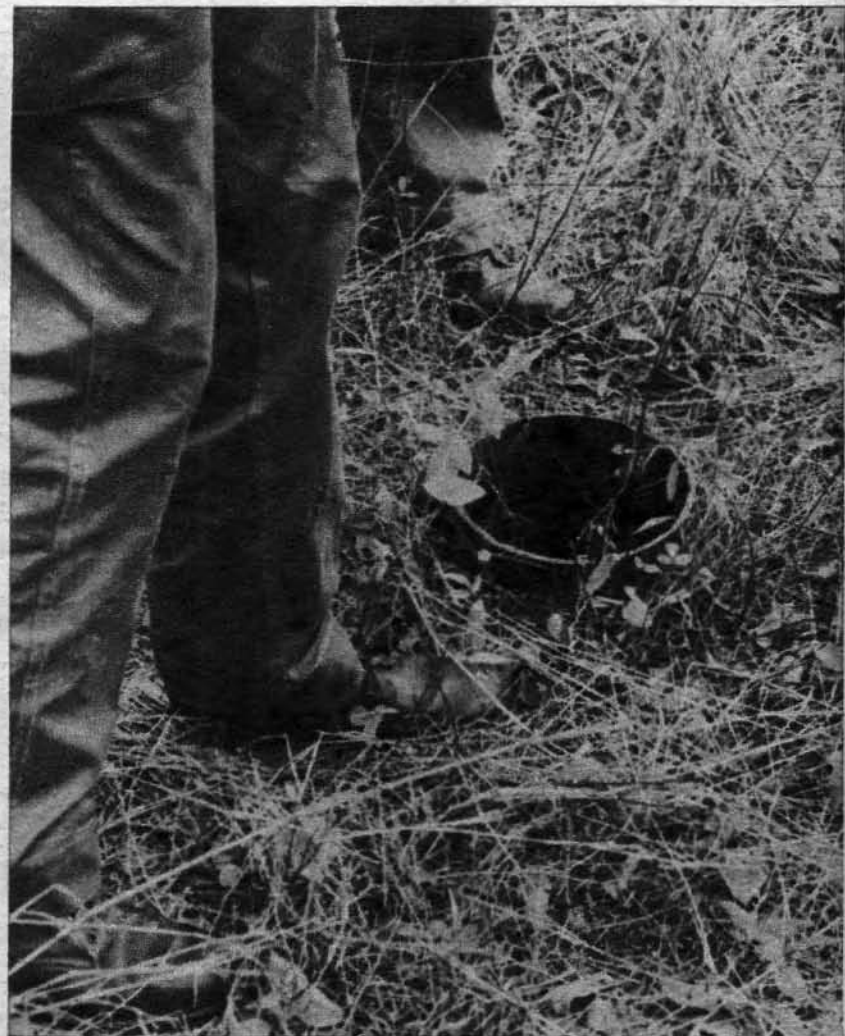




La casa de Augusto Cabrera en Ojo de Agua de Belic.

El expedicionario Luis Crespo muestra la forma en que colocaba señales de orientación mientras seguía la pista de los carboneros.

El tubo del pozo artesiano situado cerca de la bodega de Gondras. Es lo único que queda en la actualidad.



SIEMPRE HACIA EL ESTE

LA noche del 3 al 4 de diciembre no ha transcurrido tranquila en el campamento de la columna expedicionaria. A la ansiedad por llegar a la Sierra Maestra, cuyo perfil ni siquiera se dibuja en el horizonte, se suman las noticias recibidas de los campesinos acerca de la movilización de las fuerzas de la dictadura y el cerco tendido por los guardias. Intranquiliza la falta de noticias de los ocho compañeros que han perdido contacto, y ahora la pérdida de Crespo.

A medianoche salen de sus guaridas los enormes cangrejos que habitan entre el diente de perro. Se les siente hacer ruidos inquietantes. Por la mañana, Arnaldo Pérez asegurará que un cangrejo cortó por tres lugares el cordón de una de sus botas.

Durante la noche se siente un tiroteo. La incertidumbre de que pudiera ser una emboscada al grupo que ha perdido contacto, corta el sueño a los expedicionarios. Muchos de ellos, si no todos, tienen los pies tan llagados por las botas nuevas, que difícilmente pueden dormir.

Tato Vega, el campesino que ha servido de guía durante la jornada anterior, escapa durante la noche. Los expedicionarios no lo saben entonces, pero ha ido a buscar a los soldados para delatar el rumbo del contingente revolucionario.

Al amanecer, apenas la columna se ha puesto en movimiento, llegan Crespo y Augusto Cabrera. En la breve conversación que sostienen, el campesino informa a Fidel que a poca distancia hacia el Este está la bodega del vizcaíno Gondras. Un grupo se adelanta y compran galletas, chorizos y leche condensada, mientras el grueso del contingente no se mueve en espera del regreso de Juan Manuel y los demás compañeros.

Poco después de las 8:00 de la mañana se da la orden de emprender la marcha. Prosiguen por la Trocha, pero el camino se hace cada vez más accidentado y descubierto. Desde el amanecer los aviones continúan sobrevolando toda la zona. Es preciso esconderse a cada momento.

El carbonero Jesús Luis Sánchez les sale al encuentro. Es hermano de aquel Pedro Luis que dio agua a los combatientes el día del desembarco. Les ofrece descanso y comida en su casa. La columna dobla hacia el sur y deja atrás la Trocha.

Los expedicionarios acampan a poca distancia de la casa que ocupan Luis y el campesino Alfredo Reytor. Se prepara rápidamente una sabrosa comida: arroz, bacalao, yuca, papas y el chivo comprado esa misma mañana a Augusto Cabrera. Se calman momentáneamente el hambre y la sed, compañeras casi inseparables desde la salida de México.

A la caída de la noche el destacamento emprende de nuevo la marcha hacia el Este. Luis y Reytor los acompañan por veredas de monte hasta la bodega de Saturnino Iglesias, ubicada donde termina el monte y comienzan los extensos campos de caña de la New Ni-
guero Sugar Company. En la bodega compran chorizos, galletas y cigarros, pero no se detienen. Los campesinos regresan después de indicar la mejor ruta a seguir, y la columna se pierde en la noche de los cañaverales.

El Estado Mayor ha decidido, ahora que están en la caña, avanzar toda la noche y hacer alto cuando llegue el día. Después de bordear durante un rato los campos cañeros,

se internan durante un trecho en ellos para hacer el rastro menos visible. Vuelven a salir a la guardarraya exterior y caminan siguiendo el contorno de los campos junto al monte.

Durante toda la noche, los expedicionarios calman su sed con la caña. A las 12:00 de la

noche se detienen y duermen unas horas. Prosiguen luego la marcha hasta el amanecer. Rendidos por la fatigosa jornada nocturna, acampan en un pequeño cayo de monte a la orilla de los cañaverales. Generaciones anteriores de campesinos han dado a esta zona un nombre singular: se llama Alegría de Pío.

Saturnino Iglesias en el lugar donde estaba su bodega.



EN ESPERA DEL DESEMBARCO

ALFREDEDOR del 20 de noviembre, las distintas células del Movimiento 26 de Julio organizadas al suroeste de la provincia de Oriente, esperan con impaciencia el desembarco de Fidel y sus hombres. Hay grupos organizados en toda la costa: Manzanillo, Campechuela, Media Luna, Niquero y Pilón. También en las zonas altas del Toro y Purial, puntos básicos que servirán de recepción a los expedicionarios para su ulterior traslado a la Sierra Maestra.

Desde hace meses, todos los grupos conspirativos han estado trabajando en función del desembarco, bajo la dirección que radica en Manzanillo. Celia Sánchez Manduley es la figura clave del Movimiento en la región. Mantiene una coordinación estrecha con la dirección de la provincia en Santiago, y ha logrado incorporar a la organización a un buen número de campesinos y de obreros, y a un grupo de estudiantes.

Han realizado actividades de hostigamiento al régimen en la zona y, además, han logrado acciones principales de inteligencia contra el enemigo. En una oportunidad Celia logra sustraer de un buque extranjero anclado en Pilón, los mapas y la carta náutica que se necesitan para la travesía de la expedición, y se los entrega a Pedro Mirret antes de que éste parta para México.

Han organizado una compleja red de recepción entre los campesinos de la zona, cuyos centros principales son Guillermo García en El Plátano, Crescencio Pérez en Ojo de Agua de Jerez, y Mongo Pérez, hermano de Crescencio, en Purial de Vicana, cuya casa, además, será el punto de destino de los expedicionarios en su camino hacia la Sierra Maestra. Esta red tiene sus ramificaciones hacia el norte en Santa María y Guaimaral, y hacia el sureste en el Alto de la Conveniencia, Sevilla Arriba, El Mamey, Palmarito, El Plátano y otros lugares, que conducen, hacia el noreste, cruzando monte, hasta la casa de Mongo Pérez. Existe también un número de

campesinos que el Movimiento sabe que cooperarán en caso necesario.

Cercana la fecha en que se espera el desembarco, el Movimiento cuenta en general con pocas armas y parque en la zona. El jefe de acción de la provincia, Frank País, dice a uno de los responsables, que ha ido a Santiago a plantear el problema:

—En cuanto al equipo, les llegará y no precisamente de Santiago. Sólo puedo decirles que desde ahora está totalmente prohibido por la dirección del Movimiento realizar actos de sabotaje contra las vías de comunicaciones terrestres.

El 29 de noviembre, Beto Pesant llega a Manzanillo con la noticia de que al día siguiente se producirá un levantamiento en Santiago, que será apoyado con acciones en toda la provincia. La dirección del Movimiento se propone desviar la atención del Ejército hacia otras zonas de la provincia para facilitar el desembarco.

Lalo Vázquez recibe una llamada telefónica en clave donde le comunican que debe poner en estado de alerta toda la costa. Llega a Campechuela y da instrucciones a Segucha de cortar la comunicación telefónica y telegráfica con Manzanillo, para obstaculizar la actividad del Ejército. Sigue hacia Media Luna pero aquí las órdenes no se dan con tanta claridad. Hace días sospechan que el enemigo ha penetrado en sus filas. Para poderse reunir y no despertar sospechas, Gustavo, que ha estado esperando instrucciones del Movimiento, prepara una comida y enciende las luces de la casa para que parezca que hay fiesta. Cuando termina la reunión facilita un jeep con un contacto. Lalo sigue hacia Niquero y sostiene una reunión, en la nevera de una planta de hielo en desuso, con Manolo y Roberto Fajardo y Eisler Leyva, que son los encargados de movilizar a las fuerzas en el pueblo.

Celia Sánchez alerta a Mongo Pérez y a Crescencio en la zona de Ojo de Agua de Je-

rez y Purial. Guillermo García, con un grupo de jóvenes, espera a los expedicionarios por la zona del río Toro. Guillermo tiene ya cierta experiencia en acciones alrededor de Pilón con los trabajadores cañeros del central.

El comité de recepción se encuentra preparado y dispuesto, además, en caso de que se reciba la orden, a atacar simultáneamente los cuarteles de Niquero, Media Luna y Pilón.

El día 30, al mediodía, empiezan a llegar noticias. Pepito Tey, Otto Parellada y Tony Alomá han muerto en combate en las calles de Santiago. Los tres cadáveres visten el uniforme verde olivo y los brazaletes rojinegros con la sigla "M-26-7". El desembarco, sin embargo, no se ha producido.

Los hombres de Niquero comisionan a Lalo Vázquez para que se dirija al punto en que se halla Celia, en busca de instrucciones.

Se reúnen Celia Sánchez, Lalo Vázquez y Beto Pesant. En Campechuela detienen a Celia, pero logra escapar ante los ojos atónitos de los soldados. Después de atravesar un marabusal logra salir a la carretera. Allí para un carro.

—¡Celia, en esa fachá!

El chofer resulta ser un tapicero de Manzanillo que en ocasiones le ha hecho trabajos en su carro.

—Se me rompió la cufia, la tengo por allá. Mire cómo ando. Lléveme hasta Manzanillo.

—Sí, sí, no faltaba más.

—Pero yo estoy esperando a unos amigos que me fueron a comprar una pieza para la cufia. Vamos a ver si los encontramos.

La máquina echa a andar y a corta distancia encuentran a Beto Pesant. Se bajan antes de llegar a Manzanillo para despistar al chofer y comienzan a caminar.

Cuando han avanzado un buen tramo sienten el ruido de aviones del Ejército. Las tropas han tomado el aeropuerto de Manzanillo.

Es la mañana del 2 de diciembre.

Frank País.






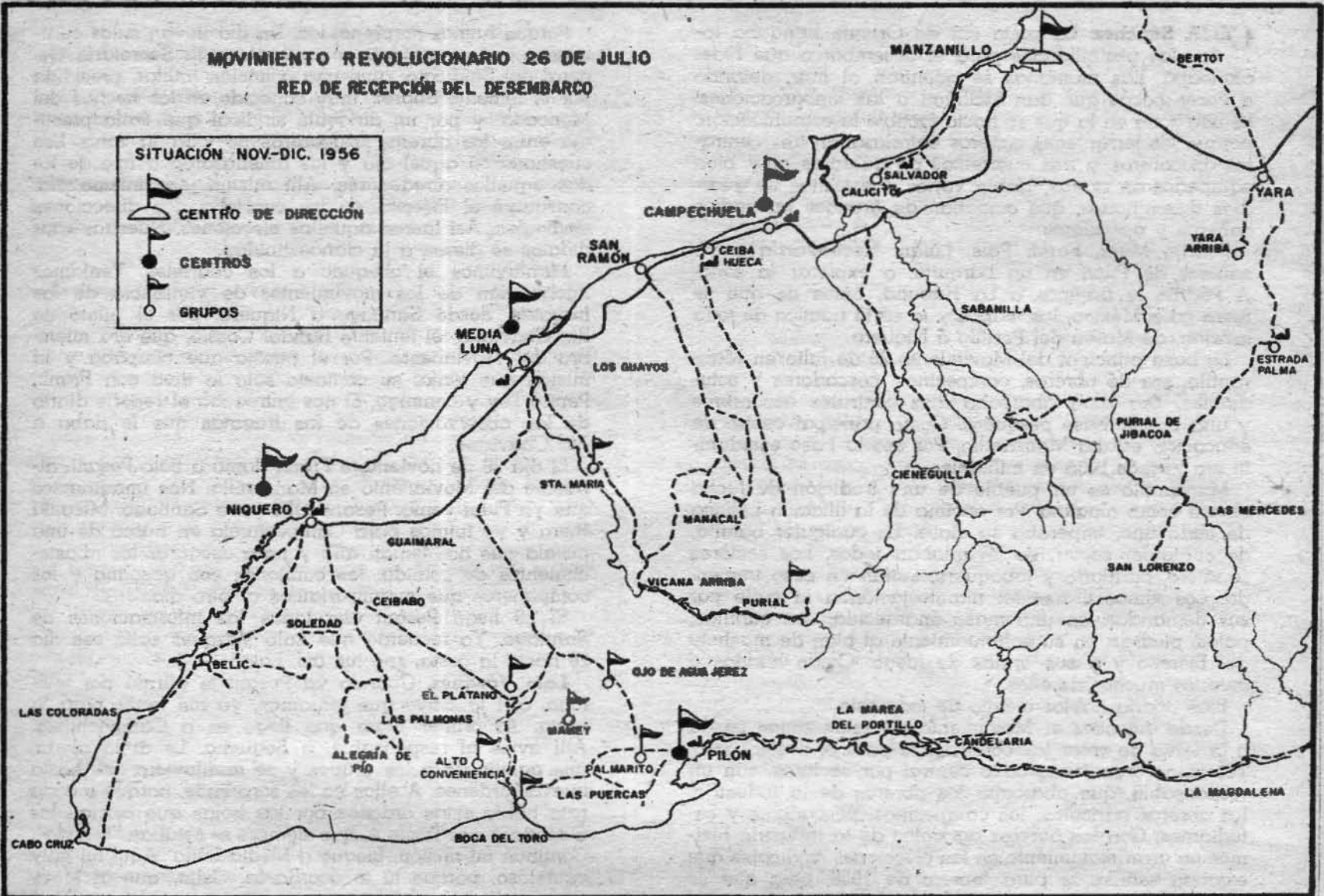
Celia Sánchez.



MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO 26 DE JULIO
RED DE RECEPCIÓN DEL DESEMBARCO

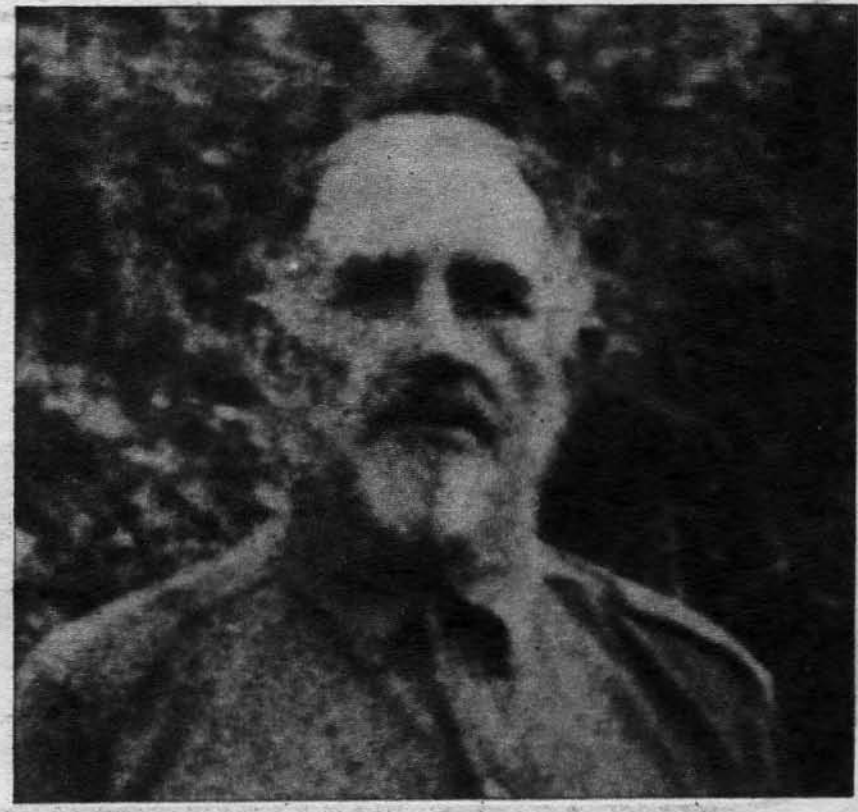
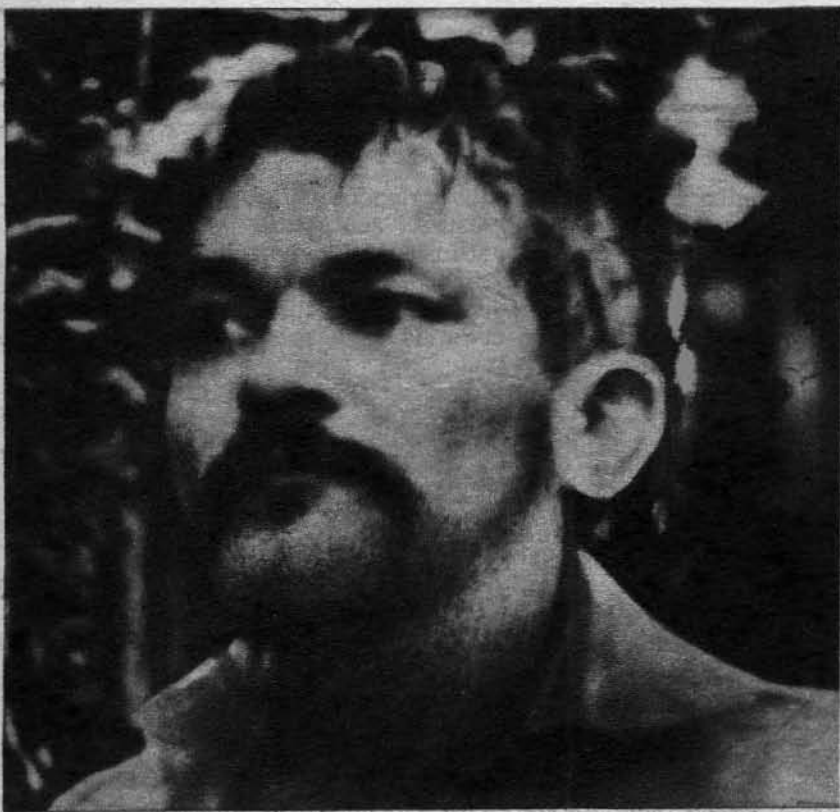
SITUACIÓN NOV.-DIC. 1956

-  CENTRO DE DIRECCIÓN
-  CENTROS
-  GRUPOS



Guillermo García.

Crescencio Pérez.



RELATO DE CELIA SANCHEZ,

CELIA Sánchez. La costa sur de Oriente brindaba todas las posibilidades para el desembarco que Fidel planeaba. Las montañas se adentrán al mar, dejando a veces bocas que dan facilidad a las embarcaciones. Es una zona en la que se hacía factible la comunicación, porque los terraplenes cañeros entrelazaban tres centrales azucareros y tres cuartelitos de guardias muy bien equipados en armas. Había varios puñecitos de guardias diseminados, que cuidaban de grandes latifundios cañeros y ganaderos.

Pedrito Miret, Frank País, Luján, Hechavarría y yo salimos de Pilon en un barquito, a explorar la zona. A Pedrito le trajimos a La Habana, antes de que se fuera para México, los mapas y la carta náutica de toda la zona, de Marea del Portillo a Niquero.

La base principal del Movimiento 26 de Julio en Manzanillo, era de obreros, campesinos, pescadores y estudiantes. Esa zona abarcaba diez centrales azucareros y una buena base pesquera. Como principal centro de educación estaba Manzanillo. Por eso la base estudiantil era la más baja en militantes.

Manzanillo es un pueblo de una tradición de lucha obrera como ninguno. Por encima de la filiación política de cada uno, imperaba su clase. En cualquier batalla, de cualquier sector, se levantaban todos. Los sectores zapatero, portuario y tabaquero, tenían un peso tremendo. Los vimos tirarse en manifestación a la calle por sus demandas, en una masa enardecida, con cabillas, palos, piedras, en su enfrentamiento al plan de machete del Ejército y a sus armas de fuego. Caían heridos o muertos muchos de ellos.

Bias podría hablar mucho de todo esto.

Desde entonces el Movimiento de estas zonas se da a la tarea de crear las condiciones para el desembarco. Teníamos organizado cada central por sectores, con un responsable, que abarcaba los obreros de la industria, los obreros agrícolas, los campesinos, pescadores y estudiantes. Con los obreros agrícolas de la industria hicimos un gran movimiento en las elecciones sindicales que estaban señaladas para febrero de 1956, pero que se suspendieron para agosto. Nos propusimos tomar las direcciones sindicales, y creo que no estuvimos lejos de ello.

Porque fuimos sorprendidos. Un día llevan a los cuarteles a cada candidato a aspirante a la Secretaría General del Sindicato, ante una comisión militar, presidida por el teniente Suárez, muy conocido en los hechos del Moncada, y por un dirigente sindical que tenía prestigio entre los obreros azucareros de toda la zona. Los cuestionaron aquel día y los amenazaron a irse de todos aquellos alrededores. Allí mismo, ese mismo día, constituyó el Ejército, en los cuarteles, las direcciones sindicales. Así fueron aquellas elecciones. Nuestros candidatos se dieron a la clandestinidad.

Mantuvimos el chequeo a los cuarteles. Teníamos información de los movimientos de vigilancia de las fragatas, desde Santiago a Niquero, por el piloto de Río Chaviano, el teniente Randol Cossío, que era miembro del Movimiento. Por el puesto que ocupaba y la misión que tenía, su contacto sólo lo tuvo con Frank, Pepito Tey y conmigo. El nos entregaba el reporte diario de las observaciones de las fragatas que le daba a Río Chaviano.

El día 28 de noviembre Frank llamó a Beto Pesant, dirigente del Movimiento en Manzanillo. Nos imaginamos que ya Fidel venía. Pesant salió para Santiago. Micaela Riera y yo fuimos para Campechuela en busca de una pistola que nos tenían allá y para asegurar los abastecimientos de comida, los camiones con gasolina y los compañeros que movilizáramos al otro día.

El 29 llegó Pesant con todas las informaciones de Santiago. Yo recuerdo que Lalo Vázquez salió ese día 29 hacia la costa, ¿no fue así, Lalo?

Lalo Vázquez. Cuando ya Pesant te afirma por teléfono, con la clave que teníamos, yo me lanzo para la costa. Al primer lugar que llego es a Campechuela. Allí avisé al responsable, a Segucha. Le di la alerta, que aglutinara a los grupos y se mantuviera así, hasta nuevas órdenes. A ellos no les sorprende, porque a cada rato había estas órdenes por las bolas que corrían los auténticos o la Triple A, que siempre se estaban "tirando". Continué mi misión. Llegué a Media Luna. Aquí fui muy cauteloso, porque tú te acordarás, Celia, que al Movimiento allí lo teníamos en cuarentena, pensábamos que nos había penetrado el enemigo. Llegué a Niquero, nos reunimos en una nevera, que no tenía hielo.

RELATO DE GUILLERMO GARCÍA

CELIA andaba en una máquina dando carreras por Pilon y se metía por dondequiera: tenía aquello revolucionado, andaba siempre con la máquina llena de muchachos.

Nosotros teníamos la orientación precisamente desde cinco días antes del desembarco. Ya había movimien-

tos en la zona y estábamos avisados de que iba a haber desembarco. Yo no estaba seguro de eso, yo todavía no creía que de verdad iban a desembarcar por esa zona. Inclusive habíamos situado en el barrio del Plátano varios camiones de distintos tipos, cuyos dueños nada sabían, para cogerlos en el momento necesario y ayudar.

Nosotros esperábamos que el desembarco fuera por Ojo del Toro, que pertenece a Niquero. Esa era la orientación que teníamos: tener preparados vehículos para esperarlos por Ojo del Toro. Por toda la costa teníamos gente para la observación, porque nadie sabía el lugar fijo. Ya el día 28 de noviembre de 1956 daban vueltas por todos los lugares, principalmente por Ojo del Toro.

Crescencio decía que Celia "lo tenía mangoneado". Por mediación de Crescencio es que teníamos noticias de todo.

El día 30 nos avisaron que llegarían por la costa, pero no hubo nada.

LALO VAZQUEZ Y CESAR SUAREZ

Celia Sánchez. César, Pesant y yo salimos esa noche para Ojo de Agua de Jerez. Llegamos a Campechuela y nos entrevistamos con el responsable del Movimiento. Seguimos a Media Luna a la casa de Gustavo, que nos tenía un jeep preparado para seguir a la Sierra, hasta llegar a Ojo de Agua de Jerez. Este lugar quedaba próximo al terraplén, lo que nos facilitaba la comunicación con los movimientos que se produjeran. Allí se movilizaron los campesinos hacia la costa. Los compañeros que manejaban camiones cañeros fueron a cumplir la misión de situarse por distintos lugares con tanques de gasolina.

Guillermo García no se salió de su zona, por las posibilidades de desembarco que veíamos por allí. Monquillo Pérez, que vivía en Purial de Vicana, era nuestro punto de contacto con los expedicionarios. Permaneció en su puesto, y el 16 de diciembre llegó Fidel allí, el 18 llega también Raúl.

Lalo Vázquez. Allí en la reunión de la noche decidimos hacer contacto con Celia. El 30 por la mañana salí a hacer contacto con ella, Pesant y César Suárez. Fui hasta Pilón a ver a Acacia, hermana de Celia, para que me diera el contacto con ellos. Fui para la casa de Ignacio Pérez, en Ojo de Agua de Jerez. Comentamos los sucesos de ese día en Santiago. Dormí allí y salí para Niquero. Tú me dijiste que si al día siguiente a las nueve de la mañana no estabas en Niquero era porque no teníamos noticias. Entonces nos veíamos al otro día en Manzanillo.

César Suárez. ¡Y a todo esto, el "Granma" navegando! Nosotros esperando nuestras armas que vendrían ahí, según nos había dicho Frank.

Celia Sánchez. Teníamos gran confusión, porque Frank nos había dicho que el levantamiento de Santiago se produciría casi simultáneo con el desembarco: llegando Fidel, se levantaban ellos. Nos hace pensar que hay noticias de Fidel por otro punto... Bueno, se nos crea la confusión. Decidimos irnos, impartir órdenes: que los compañeros que no estaban "señalados" y faltaban ha-

cía tres días al trabajo, se incorporaran al mismo, y los que no, garantizarles guardarlos bien.

César Suárez. Tú recordarás que Lalo fue para Niquero; yo fui con Pesant y contigo para Media Luna. Allí me quedé yo, y me encontré con el fenómeno de que los familiares de muchos compañeros que no estaban señalados, al desaparecer de sus casas, los propios familiares los denuncian creyéndolos presos, y ya muchos de ellos tenían que quedar clandestinos. Ya ellos habían realizado su labor, organizados en brigadas. Su misión era mantener incomunicado el teléfono y el telégrafo de Manzanillo con la costa, y lo lograron. Lalo los había organizado a su paso por allí.

Después llegué a Manzanillo y el día 4 hicimos contacto de nuevo, que es cuando ustedes llegan a Manzanillo y me cuentan la odisea que pasaron.

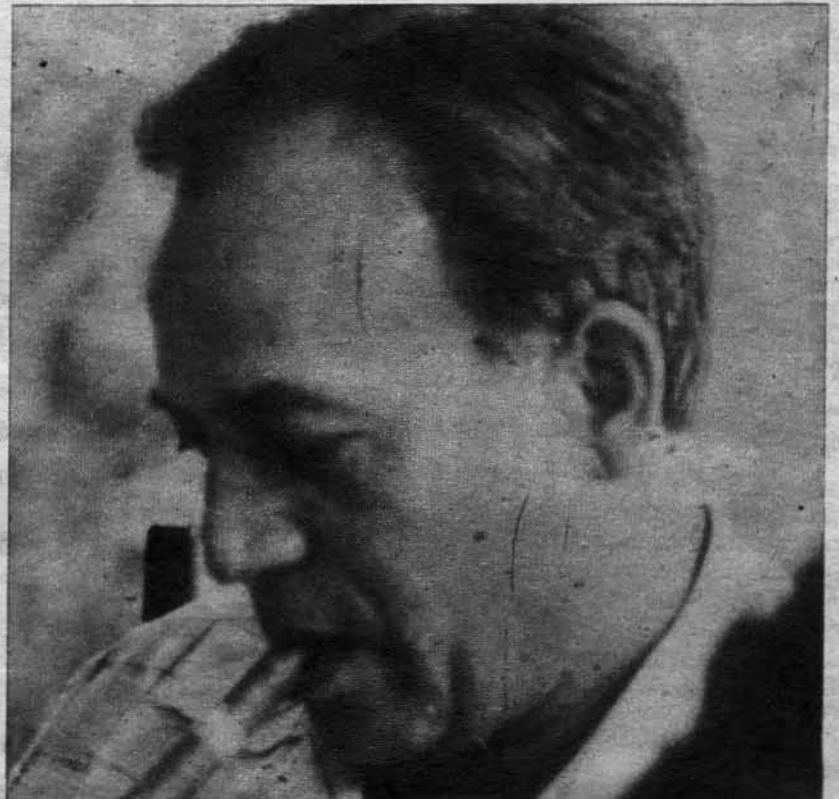
Celia Sánchez. Sí, en Campechuela se queda Pesant con la misma misión de ustedes: que cada uno fuera a su puesto hasta nueva orden. Yo me quedé en un cafetín esperando al responsable del Movimiento de allí, para entrevistarme con él. Me sorprenden tres perseguidoras y unos del Ejército: "¡La cogimos, hay que buscar otros!" Tomaron las cuatro puertas del cafetín; me sentaron entre dos de ellos. En esos segundos, les pedí permiso para comprar fósforos en una vidrierita que quedaba cerca de una puerta. Luego les pedí permiso para comprar chicles y no llegué ni a cogerlos ni a pagarlos. ¡Escapé como una liebre! Corrieron ellos, sentí dos tiros. Parece que la sorpresa y el alharaco que formaron la gente que salía de las casas, y otras que entraban, me cubrieron la escapada. Aterricé en un marabú, impenetrable para ellos. Porque las espinas que ustedes ven en la corona de Cristo, yo las tuve en todo el cuerpo. Cuando pude entrar a Manzanillo, el día 3 ó 4, en la cabeza sólo tenía 13 chichones de espinas infectadas y fiebre. De ahí seguimos a Santiago.

César Suárez. No hemos dicho que al compañero que estaba en la vidriera en la que Celia compró los fósforos, después lo sacaron una noche de su casa y lo asesinaron con 42 balazos.

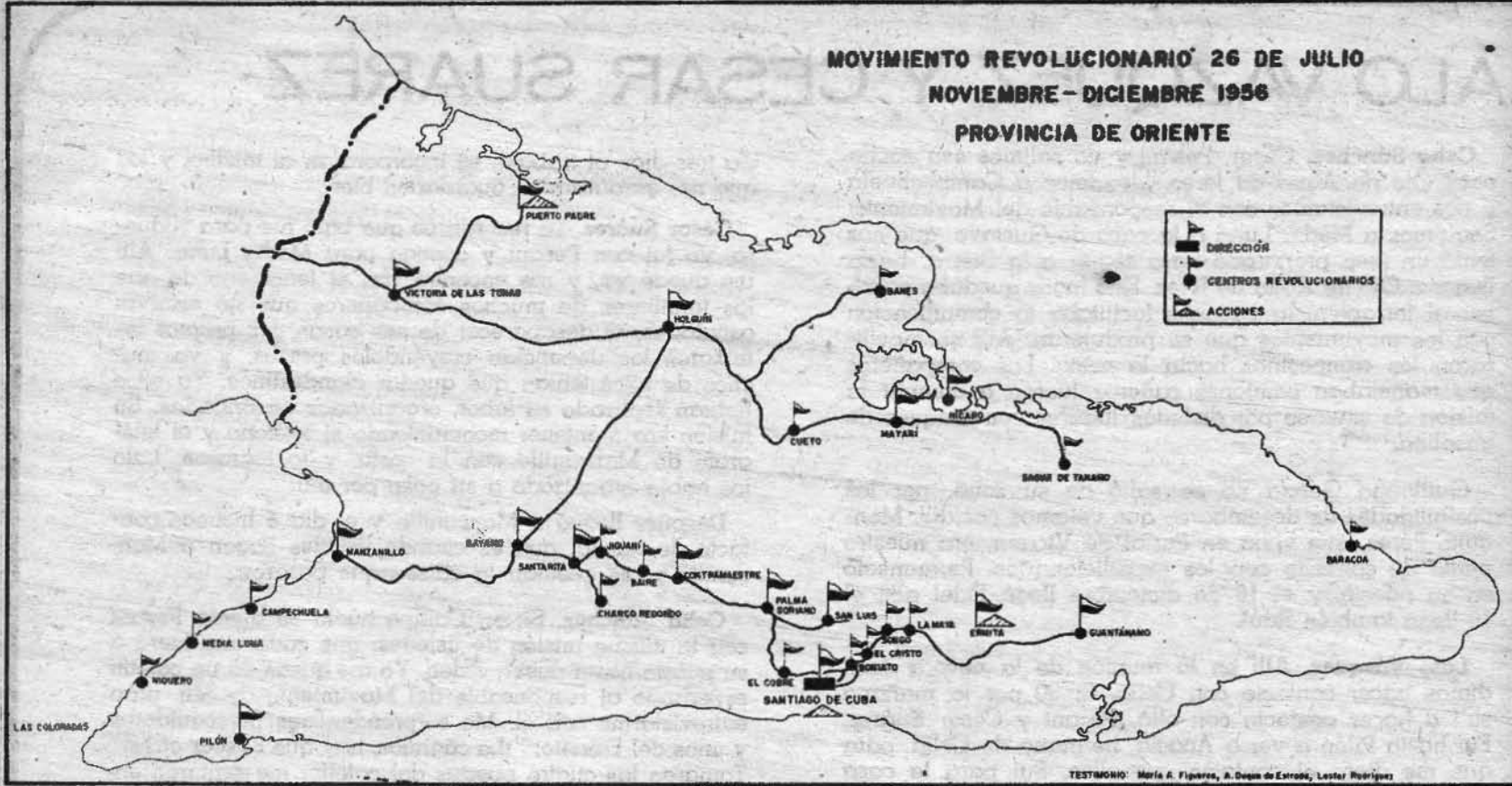
Lalo Vázquez. Foto actual.



César Suárez. Foto actual.



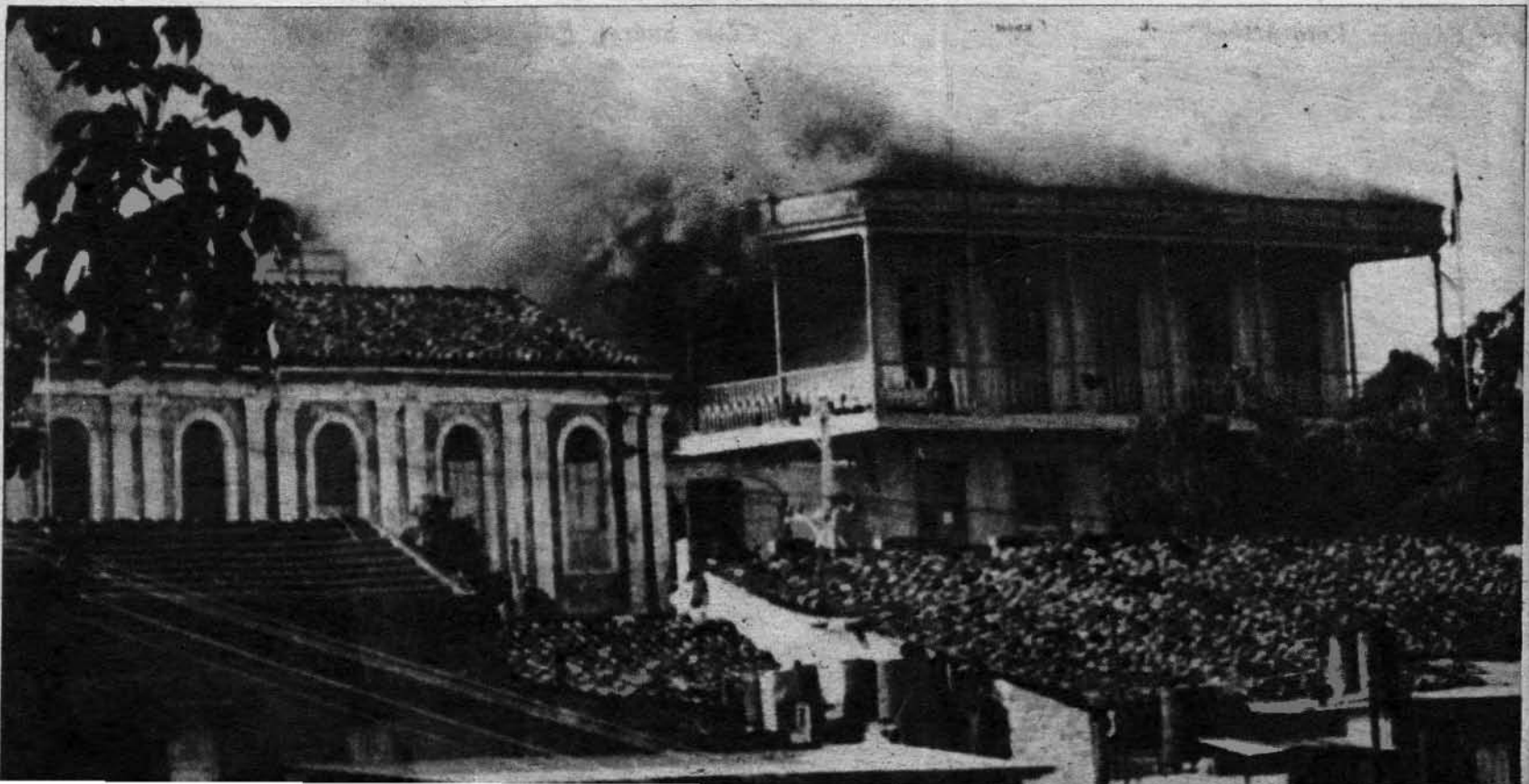
MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO 26 DE JULIO
NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1956
PROVINCIA DE ORIENTE



Pepito Tey, muerto en combate en las calles de Santiago el 30 de noviembre de 1956.



El 30 de noviembre, los combatientes del 26 de Julio prenden fuego a la Jefatura de Policía de Santiago de Cuba y la destruyen.



LA REACCION DEL ENEMIGO

Las primeras noticias sobre el desembarco que recibe el Ejército de la dictadura, provenientes del Escuadrón de Manzanillo que, a su vez, ha sido informado por el jefe del cuartel de Niquero.

Inmediatamente se cursan órdenes urgentes de despachar tropas hacia la zona de Las Coloradas. Esa misma noche llega un grupo de marinos del Distrito Naval de Oriente, en un avión Catalina, desde Santiago de Cuba. El guardacosta 106 de la Marina, que está anclado en Niquero, y el 108, que está en Belic, se ponen en estado de alerta. Se envían soldados y policías de Manzanillo, Campechuela, Media Luna y otros lugares cercanos.

Las órdenes también afectan a las fuerzas acantonadas en La Habana, Holguín y Santiago de Cuba. En todo el país el Ejército se moviliza. La represión se desata contra los revolucionarios por toda la isla.

Al día siguiente, la fragata "Antonio Maceo" se dirige a la zona del desembarco procedente de la base de Guantánamo. Al mismo tiempo llegan más refuerzos por tierra. Se envía desde La Habana a la 3a Compañía del Batallón 1 de Artillería de Costa, que pertenece al Regimiento 7 "Máximo Gómez", de La Cabaña. Ese propio día 3 se prepara el cerco y se distribuyen las fuerzas militares en patrullas y emboscadas por lugares de la zona, tales como Altos de la Esperanza, Alegría de Pío, La Juba del Agua, Río Nuevo, Sevilla Arriba, Los Quemados, Pozo Redondo, Belic, Pozo Empalado, Boca del Toro y demás posibles lugares de salida de la zona.

El objetivo del Ejército es evidente: encerrar al destacamento revolucionario en un triángulo cuyo frente sería una línea imaginaria de Niquero a Boca del Toro, con un segundo frente a lo largo de la carretera de Niquero a Pílon, e ir constriñendo el cerco hasta copar al contingente en algún lugar de la zona, o ponerlo de espaldas al mar y obligarlo a rendirse por hambre y sed en una región despoblada e inhóspita, donde escasea el agua y la comida.

El día 4 el Ejército continúa ocupando posiciones en los caminos, guardarrayas, cañadas, ojos de agua y otros puntos estratégicos. El capitán Moreno Bravo, jefe de la Compañía, y el comandante González Ramos, jefe del Batallón 1, asumen la dirección de las fuerzas que tienden el cerco al destacamento expedicionario. Sitúan en el batey de Alegría de Pío, en casa del mayoral Rodríguez, un cuartel provisional para dirigir las operaciones. Emplean la red de teléfonos del central "Niquero" para las comunicaciones. El centro telefónico del central está en la oficina del ingenio, frente a la casa de vivienda, en Niquero. En la casa de vivienda se sitúa la Jefatura principal, al mando del coronel Cruz Vidal.

Al día siguiente llegan más refuerzos. Se estima que las tropas que se sitúan por toda la zona suman cerca de mil hombres. Se emplazan ametralladoras calibre 30 en posiciones estratégicas. La aviación realiza vuelos de observación y también de bombardeos y ametrallamientos.

Las fuerzas de aviación utilizadas incluyen aviones Catalina, avionetas Biber de reconocimiento, aviones de caza F-47 y F-42, bombarderos B-26 y aviones de transporte militar.

En horas de la tarde del 5 de diciembre, tropas al mando del capitán Moreno Bravo se dirigen hacia la zona de los cañaverales que linda con los montes, en Alegría de Pío, y entablan combate con los expedicionarios acampados en ese lugar.

A pesar de los factores que lo favorecen, como son la sorpresa, el armamento y la superioridad numérica, el Ejército es incapaz de dar la batida general que se propone. Acobardados, los soldados comienzan a disparar desde posiciones muy retiradas, lo que les obliga a mantener una línea de fuego muy alta por las características topográficas del lugar donde se realiza la acción. No pueden así establecer un fuego rasante que pudiera haber ocasionado enormes bajas a la columna. El tiroteo se extiende hasta el anochecer. El

Ejército sufre tres heridos, uno de ellos grave que fallece más tarde.

Los expedicionarios se repliegan hacia las cañas y el monte. El enemigo se mantiene en sus posiciones, sin avanzar, y permite que prácticamente la totalidad del destacamento se le disperse. Algunos combatientes que durante el tiroteo han mantenido un fuego constante, evitan que los soldados se desplieguen y logren el objetivo de coparlos totalmente. No obstante, el Ejército considera que la derrota de los revolucionarios ha sido total. Dispersos y cercados en una zona estrecha y difícil, de espaldas al mar, sólo será cuestión de tiempo liquidarlos.

En los días subsiguientes, el Ejército refuerza el cerco. Tropas de infantería patrullan constantemente los campos de caña y los límites del monte. Por las noches se mantiene la red de emboscadas en toda la región. Unidades de la Marina sostienen el patrullaje de toda la costa, principalmente de Pílon a Cabo Cruz. La aviación bombardea y ametralla sistemáticamente toda la zona de los cañaverales de Alegría y los montes al sur hasta la costa, y refuerza los vuelos de observación.

Hasta el día 15, las fuerzas de la tiranía han capturado a 17 expedicionarios. Otros 21 han muerto, la inmensa mayoría asesinados a mansalva por esbirros tales como el teniente Emilio Laurent, del Servicio de Inteligencia Naval, o el capitán Caridad Fernández, jefe de la Capitanía de Manzanillo de la Guardia Rural.

Ese día el Ejército decide levantar su cerco principal, en la carretera de Pílon. Suponen que ya sólo quedan unos pocos expedicionarios dispersos por el monte, desorientados, hambrientos y desmoralizados, cuya captura o muerte eventual es cosa prácticamente asegurada.

¡No pueden haber cometido error más grave! Una vez más los déspotas ignoran la capacidad de lucha y resistencia de un combatiente revolucionario.

Uno de los aviones Catalina utilizados en las operaciones contra los expedicionarios del "Granma".



La entrada al cuartel de Niquero, donde se reciben las noticias iniciales acerca del desembarco.



Avión de bombardeo B-26 que participó en las operaciones contra los expedicionarios.



Tropas del Ejército formadas en Pilon antes de salir de operaciones.

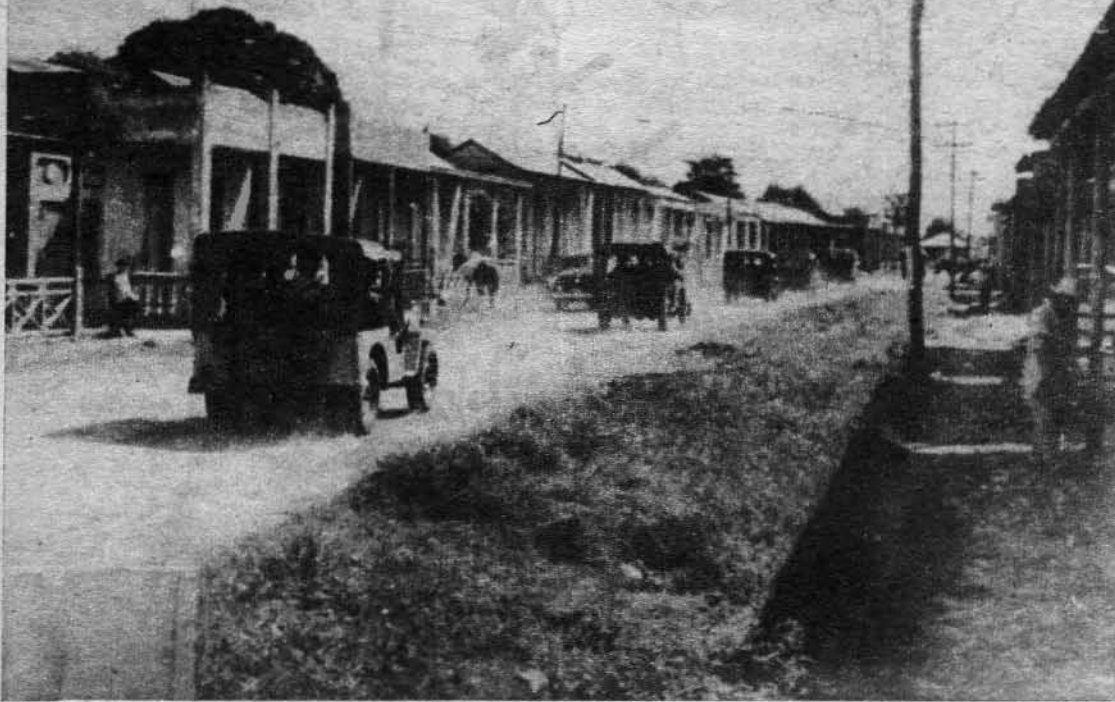
Una patrulla de soldados en la zona de Niquero, en días posteriores al desembarco.



Un contingente de soldados se dirige a la zona de operaciones.



Tropas del Ejército en La Habana, en el momento en que tomaban el transporte aéreo que los conduciría a la zona de operaciones en Niquero.



Tropas de la tiranía se desplazan hacia la zona del desembarco.

Los soldados se movilizan hacia los campos de caña de Alegría de Pío.

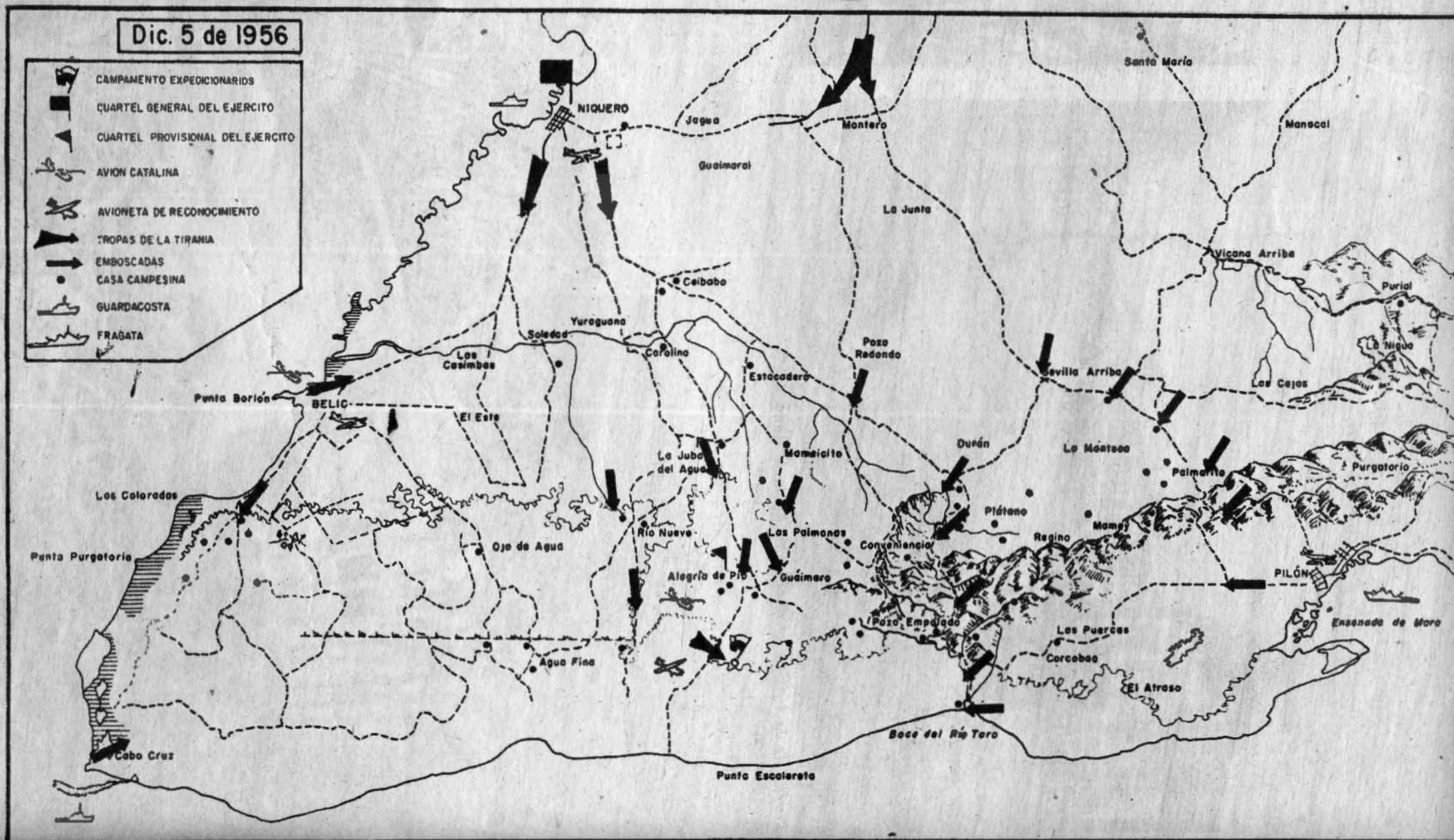


DISPOSICION MILITAR DEL ENEMIGO

Dic. 5 de 1956

-  CAMPAMENTO EXPEDICIONARIOS
-  CUARTEL GENERAL DEL EJERCITO
-  CUARTEL PROVISIONAL DEL EJERCITO
-  AVION CATALINA
-  AVIONETA DE RECONOCIMIENTO
-  TROPAS DE LA TIRANIA
-  EMBOSCADAS
-  CASA CAMPEÑINA
-  GUARDACOSTA
-  FRAGATA

38



EL BAUTISMO DE FUEGO

EL batey de Alegría de Pío, que da nombre a toda la zona que lo rodea, está situado casi en el centro de una extensa plantación cañera, aproximadamente al nordeste de Agua Fina. Es en el borde sur de los cañaverales, en el límite del monte, donde acampa la columna expedicionaria en la mañana del 5 de diciembre.

El lugar escogido para el campamento no es el más idóneo. El contingente se detiene en un pequeño cayo de monte que se introduce en la caña unos cien metros. La vegetación no es lo suficientemente densa como para ocultar por completo la presencia de los expedicionarios. Detrás de la posición que ocupa la columna, el terreno presenta una ligera elevación que corre transversalmente en sentido casi paralelo al montecito que sirve de campamento. La altura no permite observar un avance del enemigo en esa dirección.

No obstante, se decide acampar en vista del estado general de agotamiento de la tropa, después de las jornadas anteriores. Es imposible, además, continuar la marcha por la presencia, casi desde el mismo amanecer, de los aviones de reconocimiento.

La vanguardia de la columna ocupa posiciones en el borde exterior del saliente de vegetación, con un campo de caña al frente y a la izquierda y el firme del monte a la derecha. Se establecen las postas de vigilancia mientras la mayoría de los combatientes descansan, duerme o se pone a comer caña. Algunos se descalzan para curarse los pies llagados.

El vuelo de las avionetas es constante. A poca distancia de allí, el Ejército ha estable-

cido su puesto de mando en el batey. Desde el día anterior han estado llegando guardias a la zona. En la mañana del día 5 han llegado refuerzos en camiones. La actividad parece indicar que han localizado la ubicación general del contingente expedicionario y se preparan para dar una batida. Un informante les confirma al mediodía la presencia de los revolucionarios por los alrededores.

A media tarde se prepara la comida en el campamento: chorizos, galletas y un poco de leche condensada. Apenas los hombres han terminado de comer cuando se escucha un disparo. Son aproximadamente las 4:30 de la tarde.

Una compañía de soldados —alrededor de 140 hombres— se ha venido acercando a la posición por entre la caña y las hierbas del campo situado al frente y a la izquierda de la retaguardia de la columna revolucionaria, siguiendo una dirección casi paralela a la línea del monte. La pequeña elevación del terreno se interpone entre ambos grupos. Los guardias se desplazan en fila india y el contacto con los expedicionarios los sorprende tanto como a éstos.

Inmediatamente después de aquel primer disparo, se generaliza el tiroteo. Los expedicionarios se protegen en sus posiciones, mientras que los soldados comienzan a desplegarse. Los aviones sobrevuelan, pero no intervienen en el combate.

El tableteo de las armas automáticas de la tropa del Ejército, que cuenta incluso con ametralladoras de trípode calibre 30, convierte en pocos minutos el cayo de monte en un infierno. Los expedicionarios contestan el fue-

go y sostienen la posición por espacio de más de quince minutos.

El jefe de la tropa enemiga, capitán Juan Moreno Bravo, ordena un alto al fuego e intima a los combatientes a la rendición.

—¡Aquí no se rinde nadie! —grita, entre otros, el jefe del pelotón del centro, Juan Almeida, quien se desplaza de inmediato hacia la posición que ocupa el Estado Mayor en busca de órdenes. Lo mismo dice Camilo Cienfuegos cuando algún expedicionario sugiere que lo mejor es rendirse.

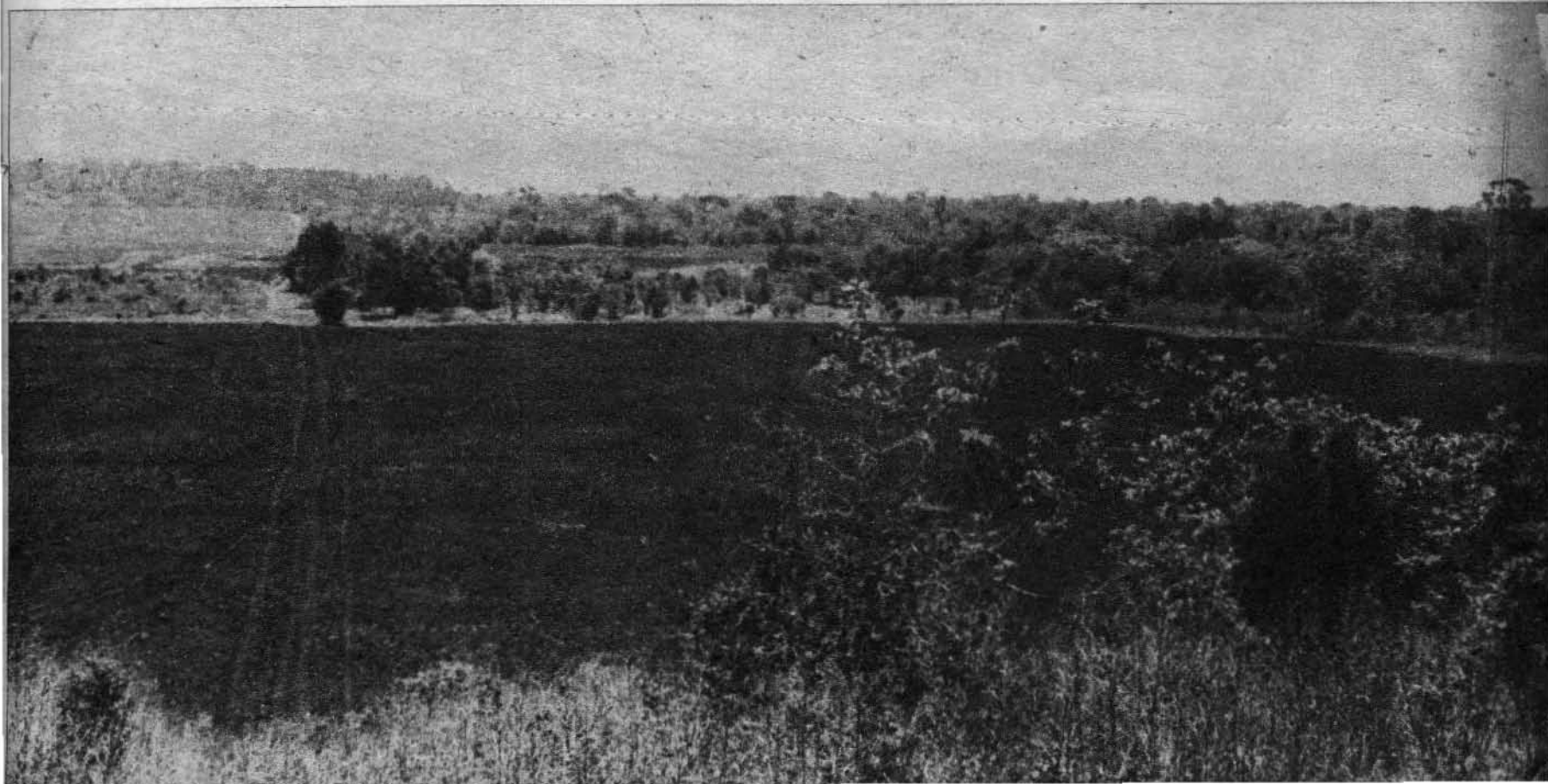
Se reanuda el combate. Agachado junto a un árbol, Raúl Suárez dispara furiosamente. De pronto lanza un grito de dolor. Una bala le ha destrozado una muñeca. Faustino Pérez le venda la mano lo mejor que puede.

Ernesto Guevara, que se ha incorporado un momento, recibe una herida en el cuello y cae al suelo. Faustino se le acerca y lo ve cubierto de sangre. Le parece tan grande la hemorragia que piensa que la bala le ha partido la arteria yugular o la subclavia, lo cual en esas condiciones significa la muerte.

José Ponce es herido en el pecho y se retira ayudado por otro combatiente. Emilio Albentosa recibe una herida seria en el cuello pero logra también internarse en la caña.

Humberto Lamothe se ha quitado las botas poco antes del inicio del combate. Tiene los pies destrozados y está tan exhausto que casi no puede mantenerse en pie. Al igual que Oscar Rodríguez e Israel Cabrera, no logra escapar. Dos de estos tres combatientes mueren en la acción. Un tercero es posiblemente herido grave y rematado después por los soldados. Para el enemigo, son las tres prime-

Alegría de Pío durante la restauración del escenario del combate. Al fondo, el cayo de monte donde estaban acampados los expedicionarios. El ejército atravesó el campo arado, que entonces tenía caña con algunas malezas.



ras bajas que logra infligir al contingente expedicionario. Para la historia, son los tres primeros mártires de la epopeya del "Granma".

El desplazamiento gradual del fuego enemigo indica claramente que los guardias se están desplegando con la intención de rodear a la columna expedicionaria. El objetivo estratégico general desde el momento del desembarco ha sido alcanzar la Sierra Maestra a toda costa, y evitar cualquier enfrentamiento en gran escala con el enemigo antes de llegar a ella. Los combatientes empiezan a replegarse.

Desde el cañaveral, Fidel continúa disparando mientras intenta reagrupar al contingente para realizar una retirada organizada. Pero en la confusión del combate los expedicionarios pierden el contacto dentro de la caña. Los nervios traicionan a algunos, que buscan la vía más efectiva para ponerse a salvo. El contingente revolucionario queda completamente disperso.

Los soldados mantienen sus posiciones a pesar de haber observado el repliegue de los expedicionarios. Pegan candela a la caña y continúan disparando hacia los puntos por donde han visto retirarse a los combatientes. La aviación comienza un intenso ametrallamiento de toda la zona, que no cesará sino hasta la caída de la noche.

Para los setenta y nueve combatientes que se retiran del campo de batalla, la jornada concluye con el sabor de la derrota. Ha sido un serio revés para la expedición revolucionaria. En la dispersión que se produce, muchos quedan solos. Otros, en pequeños grupos. No es posible para cada uno de ellos por separado conocer la magnitud del desastre. No les es posible saber si Fidel ha sobrevivido. A pesar de todo, muchos mantienen y reafirman la decisión de cumplir hasta el final la orden del comandante en jefe: llegar a la Sierra Maestra y comenzar la lucha armada guerrillera.

En todo caso, comienza para cada uno de ellos la odisea de la supervivencia.



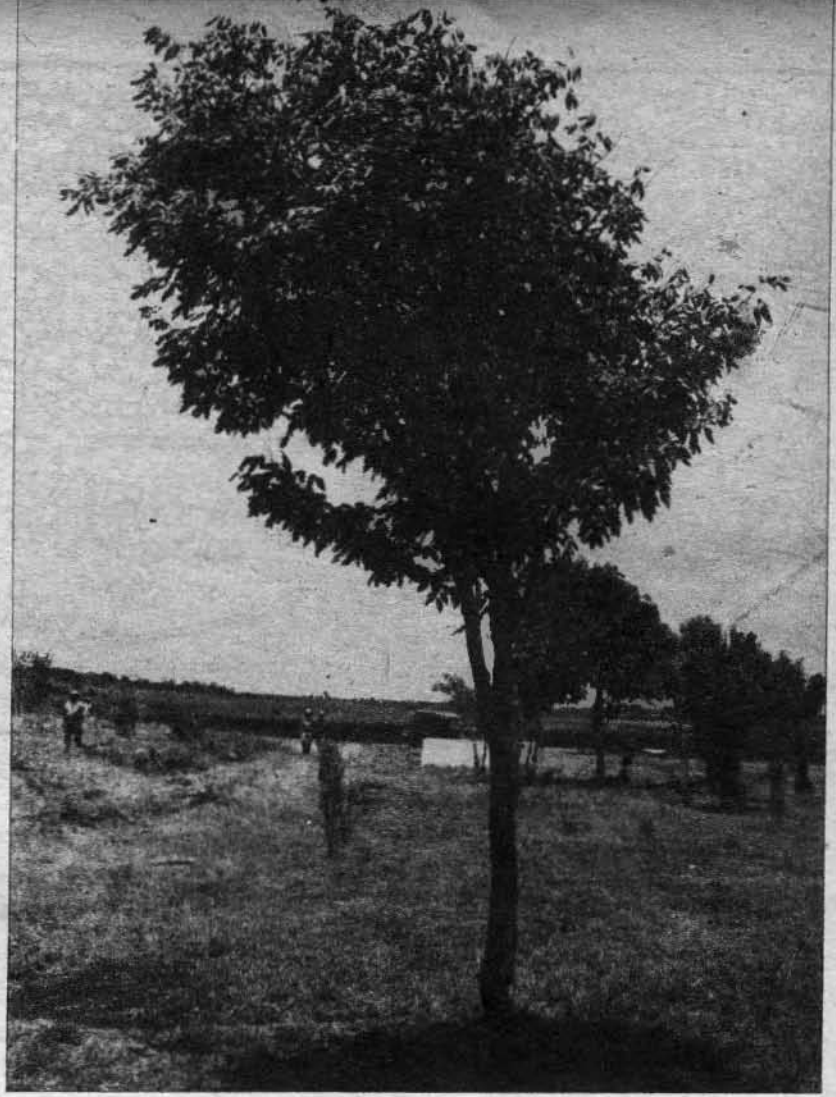
Aspecto actual del batey de Alegria de Pio. En este lugar se estableció el cuartel provisional de operaciones del Ejército de la tiranía.

Lugar por donde avanzaba el Ejército hacia el cayo de monte donde estaban los expedicionarios.



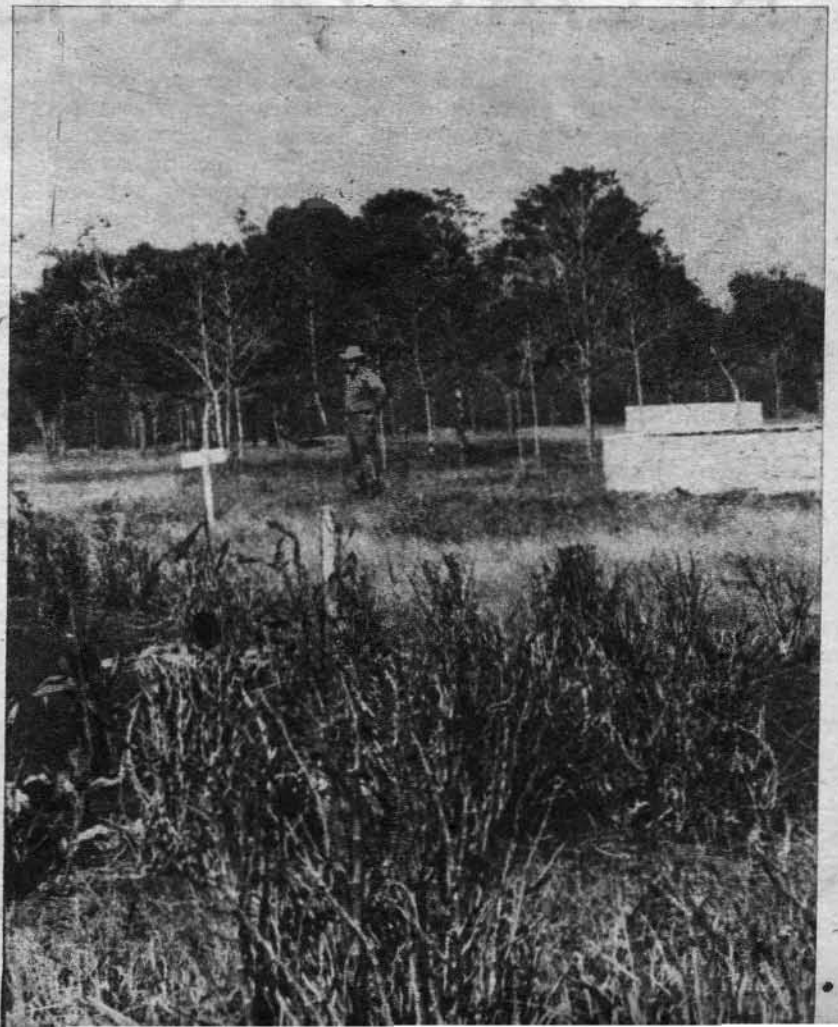


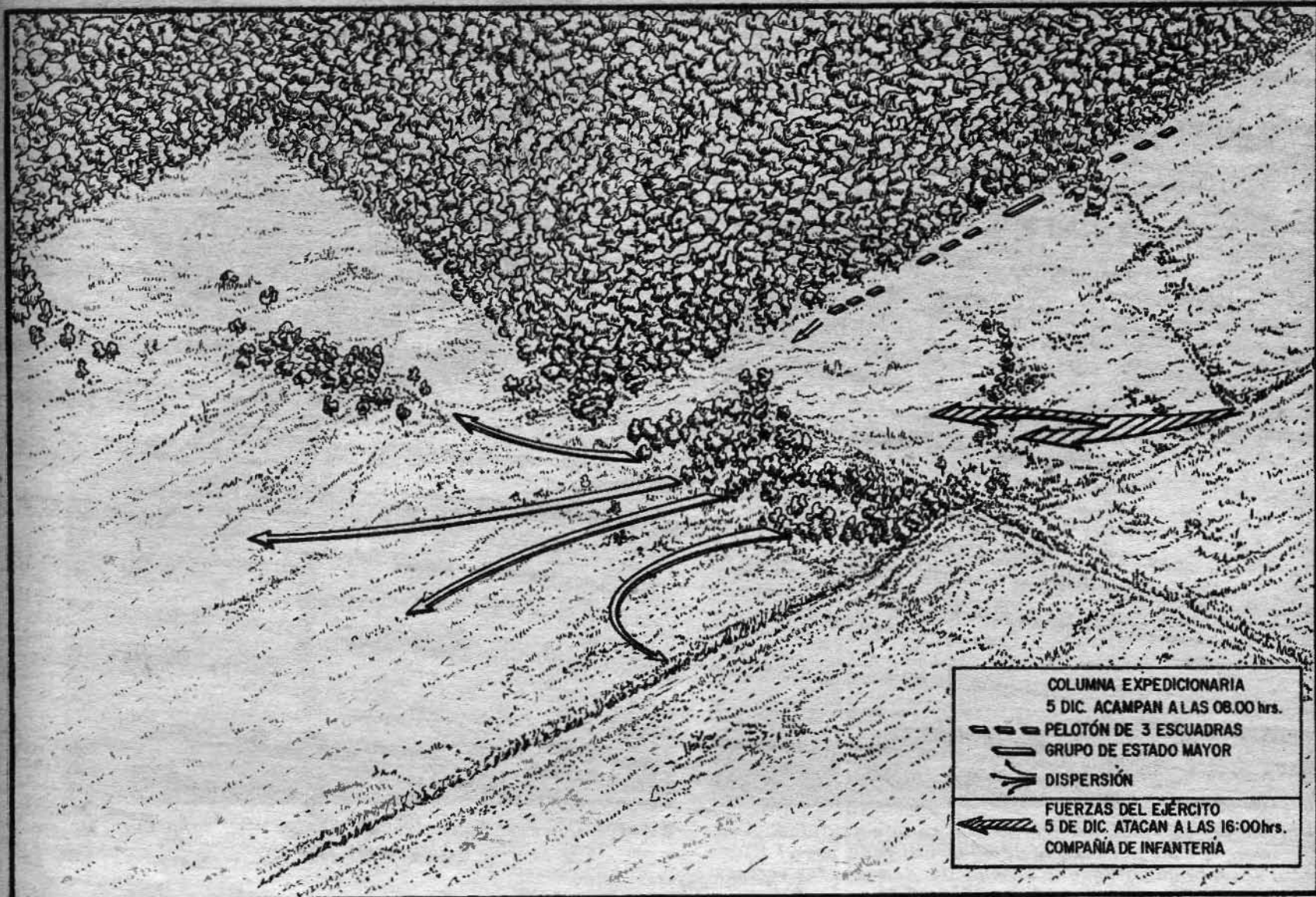
Detalle del batey de Alegría de Pío en la actualidad. A la derecha, la base del tanque de agua utilizado por el Ejército, después que ordenó la evacuación de todos los vecinos de la zona.



Estos árboles se encontraban dentro del cañaveral de Alegría de Pío.

Dos ángulos del escenario del combate, en el estado en que se encontraba antes de iniciarse la restauración emprendida recientemente.





COLUMNA EXPEDICIONARIA
5 DIC. ACAMPAN A LAS 08:00 hrs.

PELOTÓN DE 3 ESCUADRAS
GRUPO DE ESTADO MAYOR

DISPERSIÓN

FUERZAS DEL EJÉRCITO
5 DE DIC. ATACAN A LAS 16:00hrs.
COMPAÑÍA DE INFANTERÍA

RELATO DE CHE

EN la madrugada del día 5, eran pocos los que podían dar un paso más; la gente desmayada, caminaba pequeñas distancias para pedir descansos prolongados. Debido a ello, se ordenó un alto a la orilla de un cañaveral, en un bosquecito ralo, relativamente cercano al monte firme. La mayoría de nosotros durmió aquella mañana.

Señales desacostumbradas empezaron a ocurrir a mediodía, cuando los aviones Biber y otros tipos de avionetas del ejército y de particulares empezaron a rondar por las cercanías. Algunos de nuestro grupo, tranquilamente, cortaban caña mientras pasaban los aviones sin pensar en lo visibles que eran dadas la baja altura y poca velocidad a que volaban los aparatos enemigos. Mi tarea en aquella época, como médico de la tropa era curar las llagas de los pies heridos. Creo recordar mi última cura en aquel día. Se llamaba aquel compañero Humberto Lamotte y ésa era su jornada. Está en mi memoria la figura cansada y angustiada llevando en la mano los zapatos que no podía ponerse mientras se dirigía del botiquín de campaña hasta su puesto.

El compañero Montané y yo estábamos recostados contra un tronco, hablando de nuestros respectivos hijos; comíamos la magra ración —medio chorizo y dos galletas— cuando sonó un disparo; una diferencia de segundos solamente y un huracán de balas —o al menos eso pareció a nuestro angustiado espíritu durante aquella prueba de fuego— se cernía sobre el grupo de 82

hombres. Mi fusil no era de los mejores, deliberadamente lo había pedido así porque mis condiciones físicas eran deplorables después de un largo ataque de asma soportado durante toda la travesía marítima y no quería que fuera a perder un arma buena en mis manos. No sé en qué momento ni cómo sucedieron las cosas; los recuerdos ya son borrosos. Me recuerdo que, en medio del tiroteo, Almeida —en ese entonces capitán— vino a mi lado para preguntar las órdenes que había pero ya no había nadie allí para darlas. Según me enteré después, Fidel trató en vano de agrupar a la gente en el cañaveral cercano, al que había que llegar cruzando la guardarraya solamente. La sorpresa había sido demasiado grande, las balas demasiado nutridas. Almeida volvió a hacerse cargo de su grupo, en ese momento un compañero dejó una caja de balas casi a mis pies, se lo indiqué y el hombre me contestó con cara que recuerdo perfectamente, por la angustia que reflejaba, algo así como "no es hora para cajas de balas", e inmediatamente siguió el camino del cañaveral (después murió asesinado por uno de los esbirros de Batista). Quizás ésa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas. Recuerdo perfectamente a Faustino Pérez, de rodillas en la guardarraya, disparando su pistola ametralladora. Cerca de



Vegetación típica de la zona del combate. Por árboles y arbustos como éstos estaba formado el cayo de monte donde acamparon los expedicionarios. Las mismas especies se han utilizado en el trabajo de restauración.

mí un compañero llamado Arbetosa, caminaba hacia el cañaveral. Una ráfaga que no se distinguió de las demás, nos alcanzó a los dos. Sentí un fuerte golpe en el pecho y una herida en el cuello; me di a mí mismo por muerto. Arbetosa, vomitando sangre por la nariz, la boca y la enorme herida de la bala cuarenta y cinco, gritó algo así como "me mataron" y empezó a disparar alocadamente pues no se veía a nadie en aquel momento. Le dije a Faustino, desde el suelo, "me fastidiaron" (pero más fuerte la palabra), Faustino me echó una mirada en medio de su tarea y me dijo que no era nada, pero en sus ojos se leía la condena que significaba mi herida.

Quedé tendido; disparé un tiro hacia el monte siguiendo el mismo oscuro impulso del herido. Inmediatamente me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que me parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte por congelación, en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen que recuerdo. Alguien, de rodillas, gritaba que había que rendirse y se oyó atrás una voz, que después supe pertenecía a Camilo Cienfuegos, gritando: "Aquí no se rinde nadie..." y una palabrota después. Ponce se acercó agitado, con la respiración anhelante, mostrando un balazo que aparentemente le atravesaba el pulmón. Me dijo que estaba herido y le manifesté con toda indiferencia, que yo también. Siguió Ponce arrastrándose hacia el cañaveral, así como otros compañeros heridos.

Por un momento quedé solo tendido allí esperando la muerte. Almeida llegó hasta mí y me dio ánimos para seguir; a pesar de los dolores, lo hice y entramos en el cañaveral. Allí vi al gran compañero Raúl Suárez, con su dedo pulgar destrozado por una bala y Faustino Pérez vendándose junto a un tronco; después todo se confundía en medio de las avionetas que pasaban bajo, tirando algunos disparos de ametralladora, sembrando más confusión en medio de escenas a veces dantescas y a veces grotescas, como la de un corpulento combatiente que quería esconderse tras de una caña y otro que pedía silencio en medio de la batahola tremenda de los tiros, sin saberse bien para qué.

Se formó un grupo que dirigía Almeida y en el que estábamos además el hoy Comandante Ramiro Valdés, en aquella época teniente, y los compañeros Chao y Benítez; con Almeida a la cabeza, cruzamos la última guardarraya del cañaveral para alcanzar un monte salvador. En ese momento se oían los primeros gritos: "fuego", en el cañaveral y se levantaban columnas de humo y fuego; aunque esto no lo puedo asegurar, porque pensaba más en la amargura de la derrota y en la inminencia de mi muerte, que en los acontecimientos de la lucha. Caminamos hasta que la noche nos impidió avanzar y resolvimos dormir todos juntos, amontonados, atacados por los mosquitos, atenazados por la sed y el hambre. Así fue nuestro bautismo de fuego, el día 5 de diciembre de 1956, en las cercanías de Niquero. Así se inició la forja de lo que sería el Ejército Rebelde.



*Un ángulo de la zona de Alegría de Pío donde se supone
cayó abatido el expedicionario
Humberto Lamothe.*

*Aspecto que presentaba el escenario del combate en el año 1970 durante el recorrido que hicieron los combatientes
Faustino Pérez y Universo Sánchez.*



EL ENEMIGO DESINFORMA

LA noticia del desembarco de Las Coloradas es silenciada por el gobierno con el pretexto del descanso dominical periodístico. Sin embargo, la noche del propio día 2, cables de agencias de noticias norteamericanas anuncian que Fidel Castro, su hermano Raúl y otros expedicionarios, han muerto en un intento de desembarco por la zona de Niquero. Una de las primeras medidas del gobierno es la suspensión de las garantías constitucionales y, por consiguiente, la censura de la prensa. Sólo se permite dar a conocer las noticias provenientes de los mandos militares, los únicos autorizados para informar acerca de las operaciones que se llevan a cabo contra los expedicionarios.

El gobierno organiza una campaña de difamación y descrédito, a nivel nacional, contra Fidel y sus compañeros, acusando a la columna expedicionaria de estar integrada en su mayoría por extranjeros y elementos adictos al tirano Trujillo, o bien simplemente por bandidos. Titulares de prensa reflejan informaciones sobre grandes contingentes de tropas que han sido enviadas hacia la zona de operaciones, y que las acciones contra el contingente revolucionario permiten predecir su rápido exterminio. En la zona del desembarco, las tropas batistianas insisten especialmente en estos temas. Se propalan rumores y falsas noticias sobre la muerte de Fidel y el grueso de los

expedicionarios, sobre el tamaño y la composición del contingente. Se lanzan volantes sobre toda la zona prometiendo la vida a los que se entreguen, mientras se trata de silenciar o desvirtuar la verdad sobre las circunstancias de la muerte de los combatientes que son asesinados. Se intimida a los campesinos para que no brinden ayuda a los hombres de Fidel. Se fomenta la delación y se premia la traición. Pero a pesar de la propaganda y las presiones, los combatientes reciben la ayuda generosa de cientos de campesinos que cooperan decididamente, muchas veces a riesgo de sus propias vidas.

Desplegados por el Ejército... hombres en la Sierra Maestra
Los comanda el general Diaz Tamayo. - Buscan expedicionarios
No cree Batista en la muerte de Fidel Castro

EL MUNDO
Fue Librado Otro Encuentro en la Colonia "Alegria"

MUERTO FIDEL CASTRO PROXIMO A NIQUERO

"LOGRO DESEMBARCAR EN CABOCRUZ" - Decha Rodriguez Calder

REPORTAN COMBATES EN LA ZONA DE NIQUERO

DESEMBARCAN FUERZAS NAVALES en Cabo Cruz Para Atrapar A LOS POCOS REBELDES QUE HUYEN

Ultima Hoza Identificado el cadáver de Fidel Castro, por documentos

Procesado EL PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD Orden en Santiago; Aniquilada la Banda de Mercenarios

EL CRIMEN DE BOCA DEL TORO

ENTRE la confusión de los tiros y la candelilla del cañaveral, el grupo más numeroso que ha podido reunirse después de la retirada en Alegría de Pío, está formado por catorce combatientes: Armando Mestre, Luis Arcos Bergnes, José Ramón Martínez, Armando Huau, Rolando Moya, Enrique Cueles, Gino Donné, José Smith Comas, Miguel Cabañas, Tomás David Royo, Nico López, Cándido González, Mario Hidalgo y Jesús Reyes. Se esconden por el monte que separa a la Alegría de los acantilados, hacia el sur del lugar del combate. Avanzan a ratos, hasta donde lo permiten sus exhaustas energías. Han acumulado cuatro días de hambre y agotamiento.

Durante la noche del día 5, continúan alejándose de la zona que suponen más peligrosa, y casi al amanecer deciden hacer un alto y descansar. Ya han bajado algunas de las terrazas, verdaderos escalones gigantes de la costa. No han encontrado alimento y sólo han podido beber el agua semipútrida que se asienta en los huecos del diente de perro.

Al día siguiente discuten sobre la ruta que deben seguir. Un grupo concluye que es mejor bajar la faralla caliza y continuar hacia el este por la orilla del mar. Ese es el criterio de Smith, Nico, Cabañas, Royo, Cándido González, Mario Hidalgo y Chuchú Reyes. El otro

considera que deben seguir el mismo rumbo, pero ocultos en la vegetación de las terrazas superiores. Son de esta opinión Arcos Bergnes, José Ramón Martínez, Mestre, Gino Donné, Huau, Moya y Cueles.

El grupo se divide. Los que deciden no avanzar por la orilla del mar, emprenden la marcha por el monte y llegan poco antes del amanecer del día 8 a la zona que enmarca el río Toro hacia el norte de la Boca. Cruzan el río y suben por el arroyo de los Chorros hasta la casa de Eutimio López.

Alrededor de las 5:00 de la mañana pasan a la casa de Juan López. Allí, tres de ellos se cambian de ropa y después todos continúan. No bien han subido la alta loma que da nacimiento al arroyo, cuando la aviación los detecta y los comienza a hostigar. Corren tomando distintas direcciones. Arcos, Mestre y José Ramón pasan el firme de la loma en dirección al río Toro. El resto sigue hacia El Ocuje.

Los tres primeros entran por el Callejón del Muerto y llegan al potrero de Salazar, a orillas del río, y son sorprendidos por los soldados. Al frente de la patrulla van el teniente Aguirre y un guardia de aspecto repugnante que avanza sin camisa, con un sombrero de alas anchas y un fusil en la mano, al que

todos llaman Regalón. Mestre, Arcos y Martínez son conducidos maniatados hasta Las Guásimas. Cuando llegan se encuentran con otro prisionero a quien no conocen. Es Sergio Pérez, hijo de Crescencio. Los cuatro son llevados al cuartel provisional que el Ejército ha instalado en Alegría de Pío.

En Alegría se encuentran también a Hirzel, Luján y Elmuza. Parecen haber sido apresados en cañaverales cercanos al batey.

En horas de la noche del 8 de diciembre, los tres expedicionarios salen de Alegría en una camioneta, por el camino del Macagual a través del Monte Castillo, hacia Niquero. Van con las manos atadas.

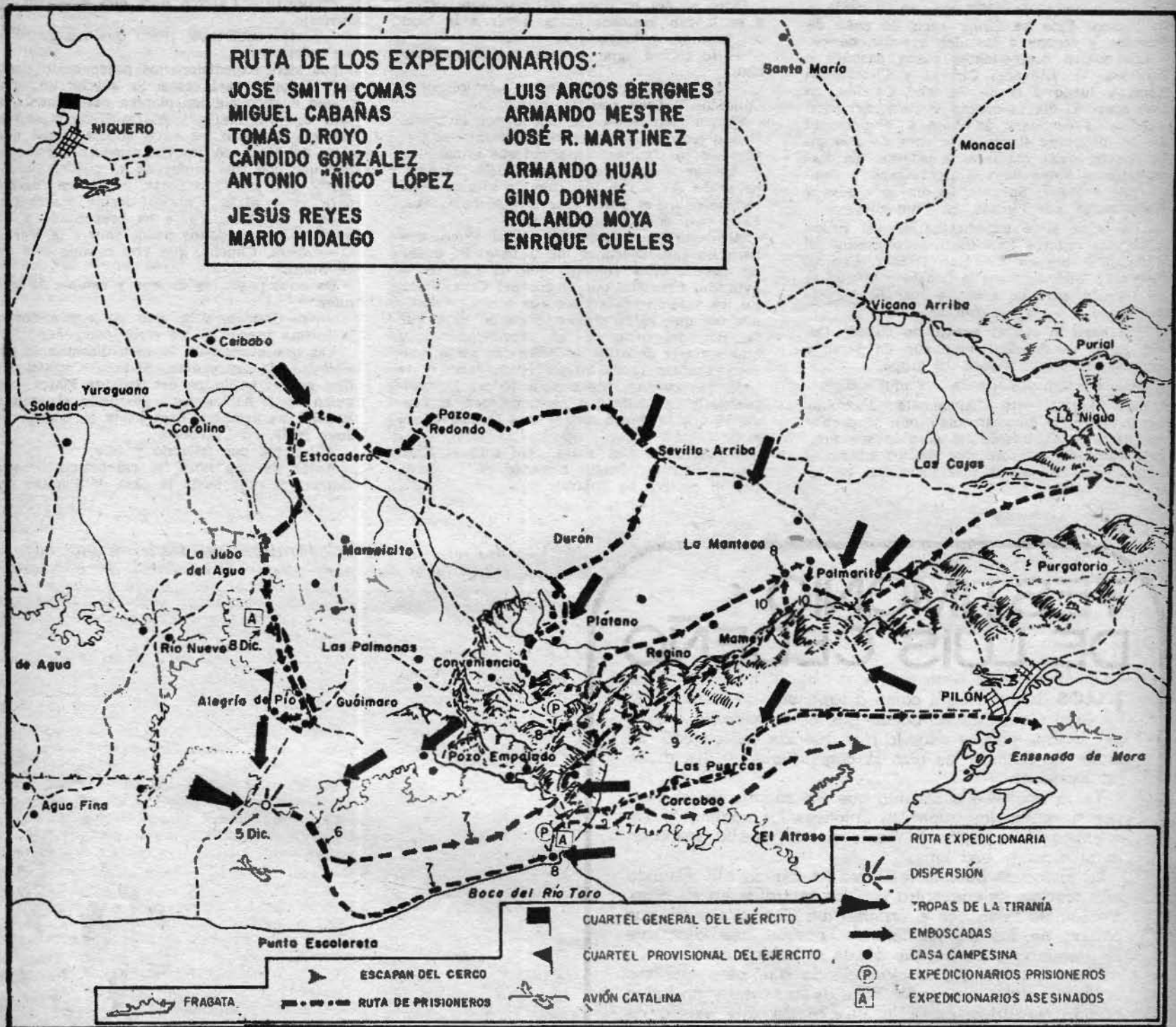
En la madrugada del día 9, sus cadáveres son tirados a la puerta del cementerio de Niquero ante la mirada consternada de unos cuantos vecinos.

Los otros cuatro sobrevivientes de este grupo continúan la marcha por las lomas, y después se separan a su vez. Gino Donné y Rolando Moya llegan a la casa de Walterio Tejeda. Allí los recoge Guillermo García, quien los lleva el día 9 a la casa de Carlos Mas, en Palmarito.

Ese mismo día, Armando Huau y Enrique Cueles están en la casa de Emilio Fonseca, cerca de la de Mas. Uberta, la mujer de

El monte y las terrazas próximas a la costa, al sur de Alegría de Pío, cerca de Punta Escalereta. Por esta zona bajó hacia el mar el grupo de Smith y Nico López.





Orilla de la costa antes de llegar a Boca del Toro.



Emilio, envía a un niño con un mensaje a su vecino. Este se dirige hacia la casa de Fonseca y recoge a los dos expedicionarios.

Los cuatro combatientes pasan después a las casas de Diógenes Chávez y Chuchú Iznaga, y luego a la de Perucho Carrillo, en Palmarito. El día 14 cruzan el cerco del Ejército en la carretera de Pílon a Niquero. El 19 de diciembre llegan a la casa de Pascual Baldoquín, quien los saca de la zona. En días posteriores Moya llega a La Habana y Doné sale a Sancti Spiritus. El día 25 Cueles y Huau pasan por Florida, en Camagüey.

Los otros siete expedicionarios del grupo inicial de catorce han continuado camino el 6 de diciembre en dirección al mar. Chuchú Reyes no está de acuerdo con la ruta que se ha seguido, pero considera a José Smith jefe del grupo y acata sus órdenes.

Van bajando por el acantilado cuando David Royo decide descender por un farallón impresionante y se separa del grupo.

—No me voy a morir de sed aquí —dice.

Nico López está físicamente destruido. Smith se nota muy afectado por el problema de la sed. Cándido ha perdido sus fuerzas: sufre de una afección de los pulmones después de las palizas y torturas que ha sufrido en México.

Oyen al fin el rugir del mar muy cerca, y se lanzan ansiosos hasta llegar a la base del farallón, y luego a la orilla.

—¡No tomen agua salada! —advierte Chuchú.

—No puedo aguantar más —le responde Cándido. Y bebe con desesperación.

Siguen caminando esa noche por la costa. Han dejado las impedimentas durante el trayecto, pero algunos conservan sus armas. Nico apenas levanta los pies del suelo. Al amanecer del día 8 ven una casa en lo alto de la terraza sobre el Toro, y se dirigen hacia allá. Es la casa de Manolo Capitán.

Al llegar se reúnen con David Royo, que hace un rato descansa en la casa. El dueño les enseña unos volantes que ha lanzado la aviación, firmados por el coronel Cruz Vidal. En los volantes se afirma que serán perdonados los que se entreguen. Nico no sabe qué ha sido del resto de los expedicionarios y quiere tratar de hacer contacto con Celia Sánchez. Capitán le da largas. Nico insiste y le pide que consiga ropas para todos. El campesino le responde que no tiene; que, si acaso, lo que le puede dar es una camisa de su hijo.

—¿Usted ve allá abajo? Ahí está el Ejército y tienen rodeados a varios de su gente por el potrero de Salazar.

Presionan a Capitán para que baje con un mensaje.

—¡Usted está loco! ¡Para que los guardias me cojan!

Los siete expedicionarios pasan a un cuartico al fondo de la casa. Se suscita una discusión cuando alguien plantea que tienen que salir de allí. Smith y Mario Hidalgo sostienen que si salen les va a suceder igual que a los del Moncadá; los van a matar. Otros opinan que con tres armas no se pueden defender y que, por otra parte, no tienen fuerzas para virar atrás. Chuchú decide marcharse, aunque sea solo. Ya le ha preguntado a un muchachito por dónde puede salir a la Sierra.

—Espera, Chuchú, que voy contigo —le dice Smith.

Da unos pasos, se detiene y cambia de opinión:

—No, Chuchú, vete, que yo voy a correr la misma suerte de los otros compañeros.

Los que quedan en la casa discuten la posibilidad de entregarse. Manolo Capitán les dice que él es amigo del teniente Matos, con quien va a hablar para gestionar el asunto. Recoge las armas y baja hasta la bodega de Juan Peña, en Corcobao.

Allí habla por teléfono y sale.

Antes de una hora, el campesino Orestes Domenech sube hasta la casa de Capitán pa-

TESTIMONIO DE LUIS CEDEÑO

ELLOS llegaron aquí como a las cinco de la mañana.

Aquí vivía Eutimio López, que no encontraba auxilio que darles, porque ellos lo que querían era comida. La mujer de Eutimio les hizo la comida que yo les di de mi tiendecita.

Yo le aconsejé a Eutimio que los sacara de su casa por si venían los guardias. Entonces los cogimos y los metimos en el cayito de monte que se ve allá arriba en la puntica de esa loma.

La mujer de Eutimio les llevó la comida allí. Cuando ella regresa se encuentra con los guardias en su casa. Venían de Pílon por el camino del Chorro. Parece que sabían de los expedicionarios, porque inmediatamente le preguntaron a ella que dónde se habían metido.

Ella no negó que habían estado allí, pero que eso había ocurrido como a las once de la noche y no había podido avisarles, dada la prohibición que existía de salir de noche.

Los guardias le preguntaron que por qué no les había avisado más temprano. Ella respondió que no podía dejar la casa sola, ya que su marido era pescador. Luego de muchas amenazas e insistencias los guardias decidieron regresar. Cogieron para atrás y se fueron por el camino del Chorro que sale a Corcobao.

Fuimos a avisarles que los guardias se habían ido. Entonces los escondimos en otro lugar.

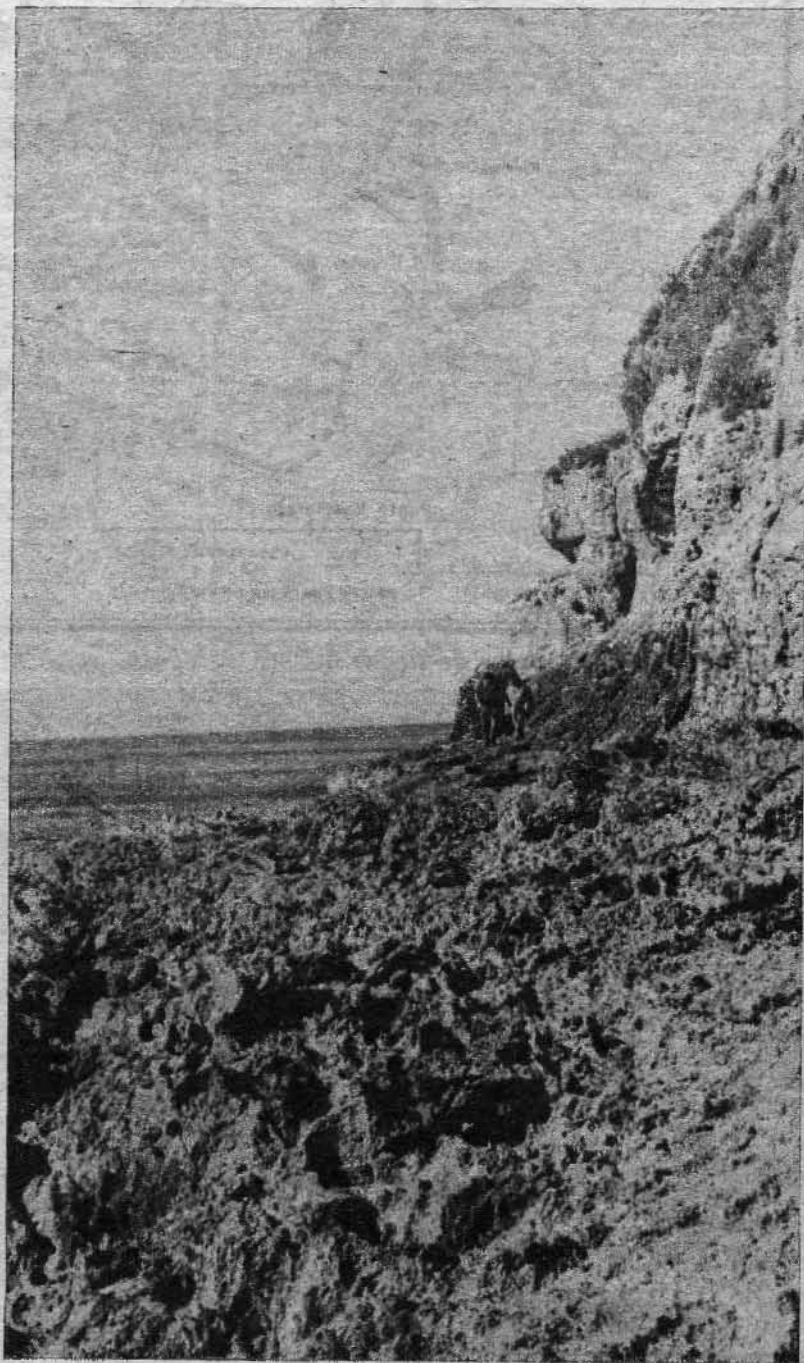
Yo tenía tres mudas de ropa y con ellas vestimos a tres. Eso sería como el día 8 ó 9 de diciembre. No era otro día distinto al que ellos llegaron, sino el mismo día. Ellos llegaron aquí al día siguiente de los asesinatos en Boca del Toro.

Uno de ellos era negro, alto y gordo, y otro, tuerto, blanco y alto. Supe que era tuerto, porque al quitarse los espejuelos para afeitarse, le vi un ojo de cristal.

Entonces ellos cogieron por esa loma para arriba. Eran siete, en total: tres vestidos con ropas campesinas y cuatro vestidos de militar. Los tres primeros subieron por la loma y fueron vistos por los aviones. Parece que no les tiraron, porque creyeron que eran campesinos.

Los otros cuatro tomaron rumbo al Ocuje y se escaparon.

Pared casi vertical del farallón que tuvieron que bajar los expedicionarios para llegar a la orilla de la costa.



rá buscar a los expedicionarios. Debajo han quedado cerca de treinta personas que han oído sobre los hombres del desembarco.

Vienen bajando la loma; Domenech delante, le siguen en orden Cabañas, Smith, Royo, Cándido, Nico y Mario Hidalgo. En un lugar donde el sendero hace una curva, están apostados el teniente Matos y dos marinos.

—¡No vayan a tirar, que vienen a entregarse! —grita Domenech.

Suenan varios disparos. Cabañas y Smith caen heridos. David Royo se lanza por el farallón. Cándido y Nico corren hacia el fondo de la casa de Manolo Capitán, mientras Mario Hidalgo huye por los matorrales.

Juan Peña baja hasta la playa, encuentra a David Royo, que está muy golpeado, y comienza a subir con él. Un guardia se le acerca.

—¡No lo mata, que está herido! —le dice Peña.

Cuando llegan arriba, Matos interroga a David, y a Nico —que ha sido capturado—, mientras se obliga a los prisioneros a permanecer boca abajo tirados en el suelo.

—¡Llévenselos! —dice cuando termina.

Empiezan a prepararse para salir, en tanto quedan Smith y Cabañas heridos en el suelo. Pero no bien han comenzado a bajar cuando ven venir al teniente Izquierdo. Le siguen Laurent y un civil. Laurent se dirige a Matos:

—¡Oye, enseña los pantalones! Parece que tú estás con Dios y con el diablo.

Va entonces a donde están Smith y Cabañas, saca su pistola y los remata. Después hace dos preguntas a Nico y a David, y les dice:

—A ustedes les llegó su hora.

—¿Me va a matar? —pregunta Nico.

—Sí, te voy a matar.

Nico se pone de pie y Laurent le dispara tres veces a quemarropa. Seguidamente asesina a David Royo.

Chuchú Reyes se ha alejado lo suficiente como para que los guardias no vean por dónde ha tomado. Está a más de cien metros de la casa. Lleva una cantimplora llena de agua y piensa que con eso puede resistir dos días.

Se recuesta a un árbol y limpia la pistola. Comprueba que trabaja perfectamente. Siente unos disparos y una gritería. Cuando se incorpora ve cerca de la casa de Manolo Capitán que dos de sus compañeros caen heridos y otros dos huyen por donde la hierba es alta. Son las 8:45 de la mañana.

Permanece un rato vigilando y después se aleja de la zona apresuradamente.

Cándido González se ha escondido por los alrededores, entre la hierba de guinea. Un marinero lo descubre y lo mata. Son las 3:00 de la tarde.

Los cadáveres son llevados a la playa y dejados allí, a la intemperie, hasta el otro día.

Mario Hidalgo logra escapar, pero a los dos días va a parar de nuevo a la casa de Manolo Capitán. Al llegar se da cuenta de que hay varios guardias acampados y escapa nuevamente.

Ya casi no puede caminar. Sin saber hacia dónde se dirige, vuelve de nuevo a la casa de Capitán. Allí lo hacen prisionero, y el teniente Duyo, de la Marina, lo conduce a la fragata "Antonio Maceo", que está anclada en Pílon.

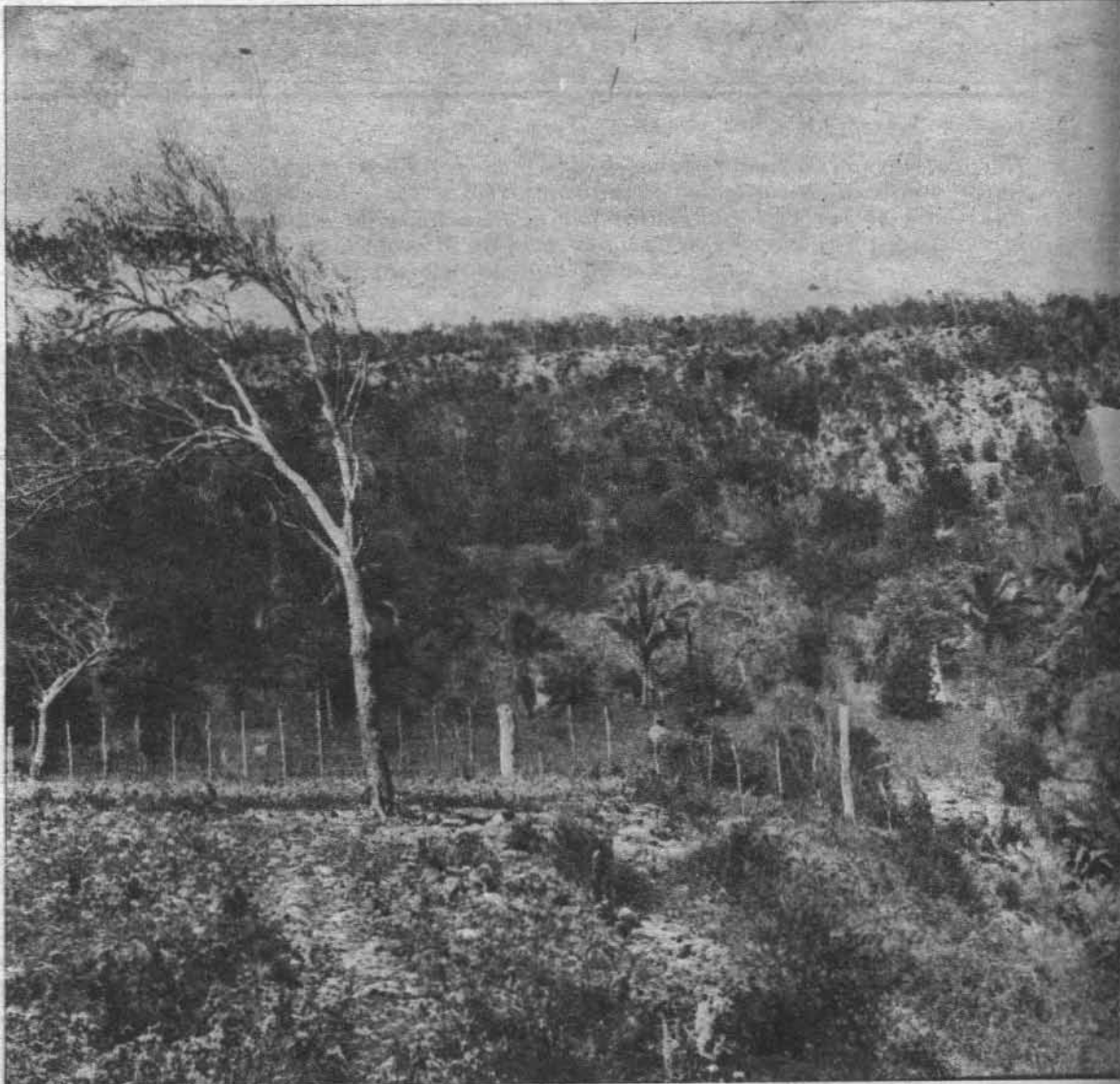
Cuando se entera, Laurent se dirige a la fragata para sacar al prisionero, evidentemente con intención de asesinarlo. El comandante Juarrero se lo impide. Más tarde, este oficial conduce a Mario prisionero a Santiago de Cuba.

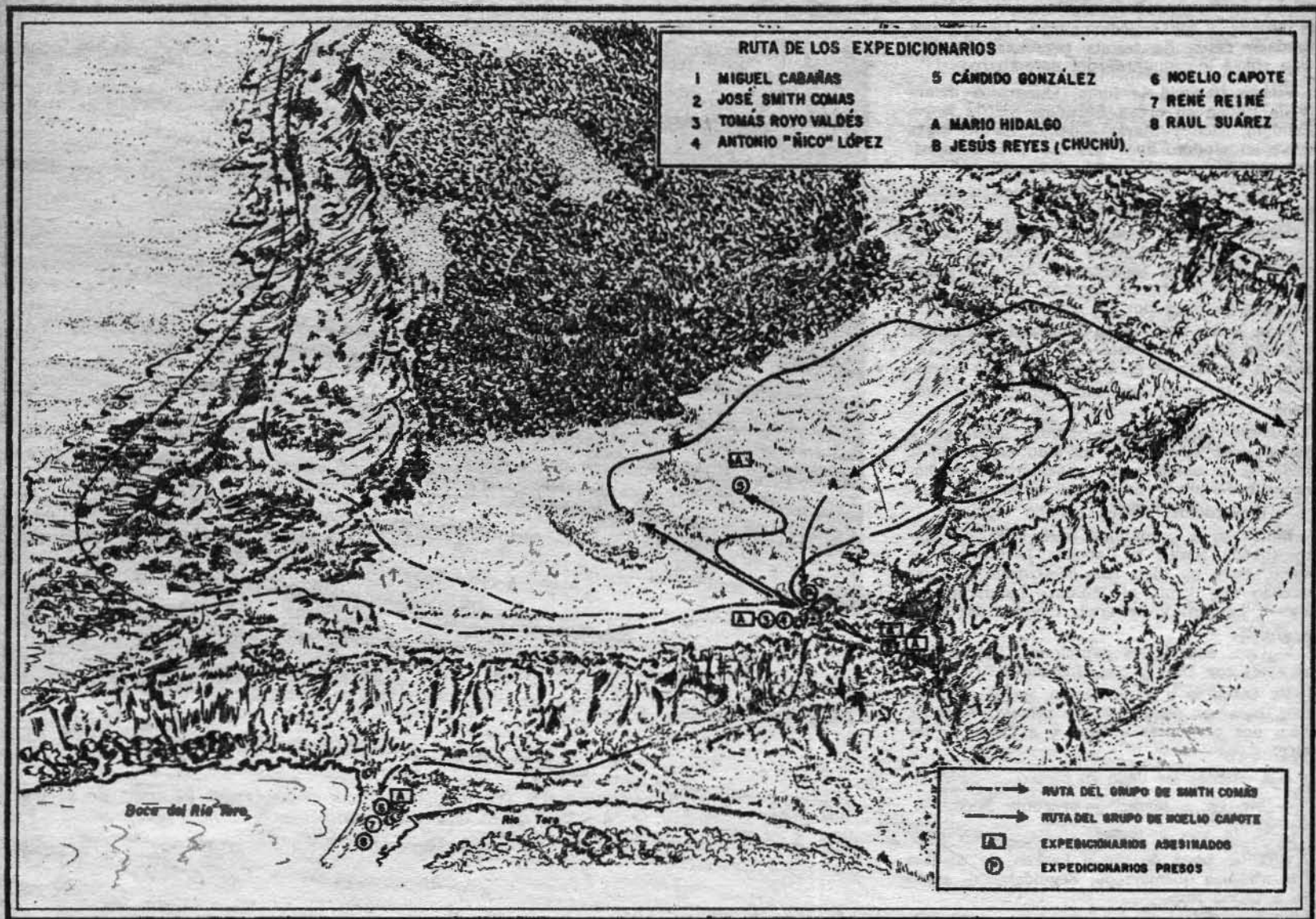
Chuchú Reyes deambula por el monte sin rumbo fijo. No logra hacer contacto con otros compañeros. Después de pasar por distintas casas de campesinos, logra enviar un mensaje a su familia y, a principios de enero, emprende viaje a La Habana.



Boca del río Toro.

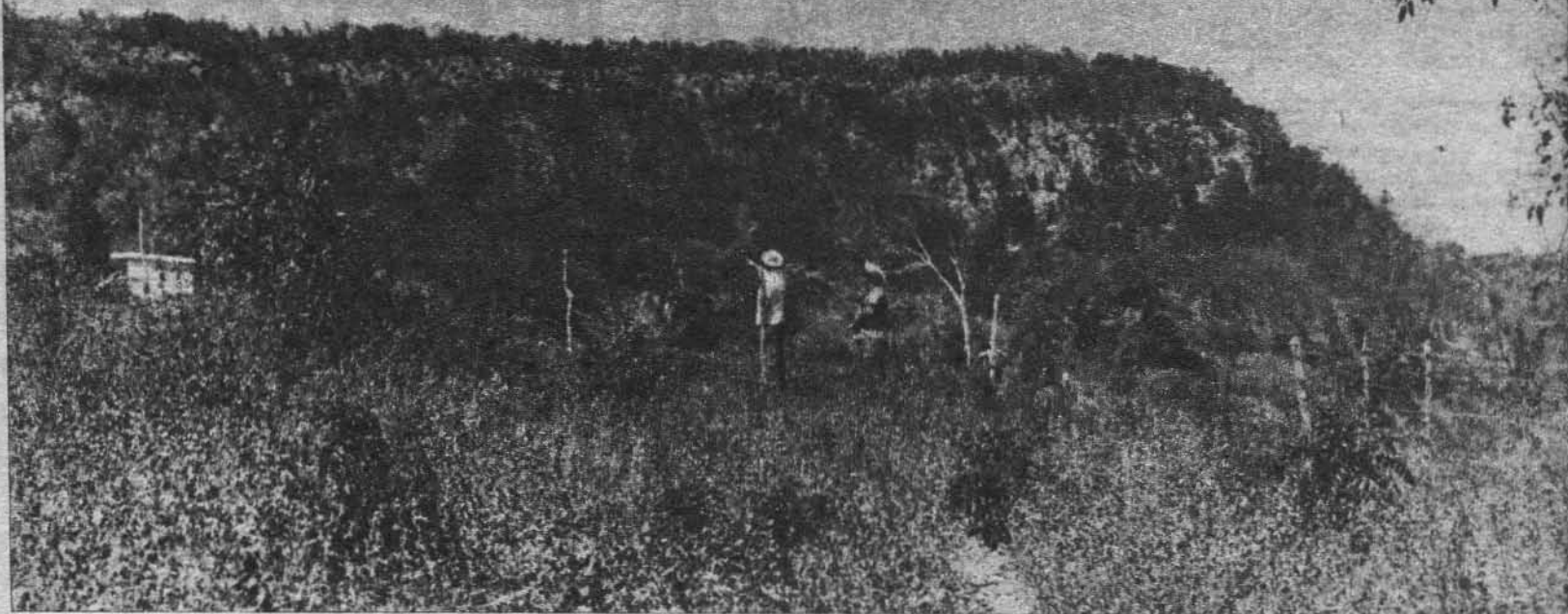
Aspecto actual de la primera terraza donde se encontraba la casa de Manolo Capitán. Al fondo, el farallón que limita la zona.





Reconstrucción de los asesinatos de Boca del Toro. Orestes Domeneck, de espaldas, está parado exactamente en el lugar donde se encontraba cuando advirtió a los guardias que no dispararan. Smith y Cabañas caen heridos. Royo, que venía en tercer lugar, salta por el farallón a la izquierda de la foto. Los demás expedicionarios comenzaban a bajar la cuesta y viran corriendo hacia la casa de Manolo Capitán. Los guardias estaban apostados en el recodo del sendero, en el ángulo inferior derecho de la foto.





La terraza en cuyo extremo se encontraba la casa de Manolo Capitán. Entre esta maleza se ocultó el expedicionario Cándido González al escapar del tiroteo que provocó la muerte de sus compañeros. Allí fue descubierto por la tarde y asesinado.

RELATO DE MARIO HIDALGO

TU ESTAS MUERTO HACE DOS DIAS

CAMINE en busca de otro bohío, lo encontré y avancé con las pocas fuerzas que me quedaban hasta la puerta del mismo. Llegué desplomado al umbral y comprobé que había regresado nuevamente a casa del chivato Manolo Capitán...

Minutos después me rodeó un pelotón de la Marina al mando de un teniente de apellido Duyo, quien dijo que me había visto con los catalejos, me dio una camisa y un casco de marineró, y después de ordenar que me ataran las manos, me indicó que montara a un caballo. Me condujeron así hasta el cuartel. Aquí el teniente Duyo sostuvo una discusión con el sargento Matos, quien decía que tenía órdenes del teniente Laurent de que no se moviera un solo prisionero sin ser visto por él...

Llamaron a Laurent por teléfono; oí al teniente discutir en un tono acalorado con Laurent. El teniente me indicó que subiera a un jeep y me condujo velozmente hacia la fragata. Unos minutos después vi al jeep del teniente Laurent que nos trataba de alcanzar, pero en el muelle subimos a una lancha rumbo a la fragata. Laurent también tomó una lancha para tratar de alcanzarnos.

En la fragata noté una atmósfera diferente a la que había vivido minutos antes. El comandante Juarrero gozaba de gran autoridad entre la tripulación y su disposición era la de salvar la vida de los prisioneros. Después, en la cárcel, en una oportunidad que hablé con Frank, supe que el comandante Juarrero conspiraba contra Batista y había estado en contacto con el Movimiento para apoyar el levantamiento del 30 de noviembre...

En la fragata "Maceo" me sentaron en el comedor de los oficiales. Llegó en ese momento Laurent y me dijo que lo siguiera. Un oficial de la Marina que escuchó a Laurent le dijo que yo era prisionero del comandante. El bestial asesino le contestó: "Este no es un prisionero, es un hijo de p..."

Seguí a Laurent con una escolta; me llevó a un cuartico para interrogarme. Empezó preguntándome a quiénes yo conocía de "la cuadrilla" —se refería despectivamente a nuestro grupo—, y seguidamente me anunció que Faustino, Juan Manuel Márquez, Jimmy Hirzel, Níco López y otros estaban muertos...

Me preguntó si habían venido Fidel y Raúl. Fue éste el momento más difícil del interrogatorio, pues yo pensé que si decía que venía Fidel, la tiranía acentuaría su persecución en el afán de dar con él. Contesté que Fidel no había venido. Laurent sacó su pistola, me encañonó y me tiró un número del periódico **Prensa Libre**, que destacaba en primera plana que todos nosotros estábamos muertos.

—Mira, lee eso, tú que estás muerto hace dos días.

Refiriéndose a Fidel, lo trató en tono despectivo. Fue entonces cuando yo, molesto, le dije:

—Sí, Fidel vino.

El asesino se tiró a agarrarme por el pecho. Entonces entró al cuartico un hombre gordo, con el torso mojado, envuelto en una toalla. Sus primeras palabras fueron:

—Buenas, teniente Laurent, ¿qué sucede aquí?

—Nada, comandante, que estoy interrogando a este prisionero —respondió Laurent.

—Bueno, —dijo—, vamos a interrogar a este prisionero...

Laurent rabataba de un lado a otro dando puñetazos a las paredes y dispuesto a descargar sus golpes contra mí. El comandante Juarrero intervino para decir enérgicamente:

—Un momento, estos prisioneros han sido capturados por la Marina y la Marina ha dado su palabra de que no se tocará un solo prisionero!

—Sí, ya le han puesto casco y canchales de marineró, y sólo falta que le den carne —replicó Laurent.

¡ ESOS ESTAN MUERTOS !

EN la noche del 5 de diciembre, seis expedicionarios construyen una pequeña trinchera con las piedras que han podido encontrar por los alrededores. Cuando terminan, deciden que Horacio Rodríguez, José Morán, Félix Elmuza y Andrés Luján Vázquez se retiren a descansar. Jimmy Hirzel y Alfonso Zelaya se quedan de guardia. En esos momentos están en el monte al sureste de Alegría de Pío, de donde han logrado retirarse juntos esa tarde.

Pasado un rato, Jimmy le pide a Zelaya que lo ayude a esconder bajo un pedrusco unas cartas personales y un libro.

—No quiero que caigan en manos del Ejército de Batista si nos cogen prisioneros. Cuando salgamos de esto vendremos a buscarlos.

La noche transcurre sin dificultades. Al amanecer comienzan a caminar por dentro del monte sobre el diente de perro. Después de unas horas están extraviados. Les parece que siempre regresan al punto de partida. Entonces deciden descansar. Al anochecer se suscita una discusión sobre la ruta que deben seguir, pero no llegan a un acuerdo.

En la mañana del día 7 faltan Luján, Jimmy Hirzel y Elmuza. Se han marchado durante la noche, posiblemente en dirección al norte o el nordeste. Parece ser que el grupo se interna en los cañaverales que se encuentran al norte de Alegría de Pío, son apresados y trasladados con posterioridad al cuartel provisional en el batey.

Allí llegan el día 8 otros tres prisioneros: José Ramón Martínez, Armando Mestre y Luis Arcos Bergnes. Los guardias traen preso también a Sergio Pérez, el hijo de Crescencio.

En la madrugada del día 9 los cadáveres de los seis expedicionarios aparecen en las puertas del cementerio de Niquero. Han sido asesinados.

* * *

Después de comprobar que sus compañeros se han marchado, Zelaya, Horacio y Morán deciden continuar, esta vez hacia el oeste. Caminan varias horas y llegan a Agua Fina, al bohío de Demetrio Tamayo. El campesino vive en la mayor pobreza. Varios niños casi desnudos, con los vientres abultados, miran a los expedicionarios con ojos de miedo.

La mujer de Tamayo está terminando la comida: unas frituras de harina y agua.

—Siéntense ahí y coman, que ustedes traen el hambre en la cara —les dice Demetrio.

Los expedicionarios no quieren aceptar. Saben que eso es lo único que tiene la familia como alimento para el día. Pero Demetrio insiste, y aceptan por temor a que se sienta ofendido.

Una vez que han terminado, los tres combatientes piden al campesino que los oriente sobre el rumbo a seguir. Tamayo les dice que

sabe de una casa un poco al norte, en Ojo de Agua de Belic, donde los pueden ayudar.

—Pregunten allí por Augusto Cabrera, que él sabrá cuidarlos.

En la tarde del día 7, Augusto se halla en su casa y comenta con su mujer los sucesos de Alegría de Pío. En eso siente que dicen desde la puerta:

—Buenas tardes... ¡Ah! ¿Pero es usted el que vive aquí?

Recuerdan que tres días atrás Augusto guió de regreso a Luis Crespo al campamento expedicionario en la Trocha. A todos parece mentira que haya pasado tan poco tiempo desde entonces.

El campesino les brinda almuerzo y les promete ayuda. Pasan esa noche en un rancho detrás de la casa, donde Augusto guarda los utensilios de sus colmenas.

El día 10 todavía están en casa de Cabrera. Allí llegan entonces los expedicionarios José Fuentes y Francisco Chicola.

Después del combate, Fuentes había deambulado tres días por los cañaverales antes de llegar a un bohío. Al entrar en la vivienda la encuentra vacía y se esconde bajo la cama. Cuando el dueño llega y lo ve, lo saca de allí y lo esconde en un montecito. Entonces se encuentra con Chicola.

Fuentes se ha enterado de que su hermano Mario está preso, y se quiere entregar.

El campesino Demetrio Tamayo, a la izquierda, en el lugar donde tenía su rancho en Agua Fina.



Pasado un rato, le pide a Augusto que vaya a Niquero.

—Usted llega allá, a Niquero, y le dice al juez Valencia que el hermano del juez de Pinar del Río se quiere entregar y quiere que lo ayude.

Los otros cuatro expedicionarios se enteran de esta gestión y tienen una fuerte discusión con Fuentes. Consideran que debe seguir con ellos hacia la Sierra. Sin embargo, el expedicionario insiste.

Augusto Cabrera sale hacia Niquero. Al otro día el juez Valencia y el teniente Chinea llegan a la casa de Cabrera a buscar a Fuentes en calidad de prisionero.

Augusto le advierte al juez:

—Oiga, doctor, le voy a decir una cosa: en tiempo de guerra todas las cabezas valen igual. Cuide a ese hombre y que no se lo maten, porque nos vamos a buscar un rollo: se lo va a buscar usted y me lo va a buscar a mí también.

—Para matar a este hombre hay que matarme a mí también —le contesta el juez.

Zelaya, Morán, Chicola y Horacio se sienten encerrados allí. Consideran que han venido a pelear, y escondidos en la casa de Augusto no hacen nada. Ya el campesino ha tratado de sacarlos con la ayuda de Crescencio, pero no ha podido porque la vigilancia es mucha.

El mismo día 12 en que se va Fuentes, los otros deciden salir con Augusto hacia Niquero para tratar de hacer contacto con gente del Movimiento, mediante unas hermanas de Cabrera que viven en el Guaimaral.

Salen a las 5:00 de la tarde. Augusto va a caballo, delante. Lo siguen los cuatro combatientes, a pie y a corta distancia. Pasan por Chicharrón del Macho, hasta llegar a Ceibabo. Los caminos se encuentran muy transitados.

Cae la noche. Al pasar por el entronque de la carretera que va directo al pueblo, Augusto ve una pareja de soldados bajo una anacahuíta. Han convenido una seña en caso de peligro. Cuando le salen al paso los dos hombres con fusiles, Augusto le pega las espuelas al caballo y dice la seña:

—¡Caballo! Este caballo no ha visto gente nunca.

—¡Alto! ¿Quién va? —grita uno de los guardias.

—Gente buena —responde el campesino.

—¿De dónde viene usted?

—De los montes.

—¿Y cómo se llama?

—Augusto Cabrera.

—¿Y esa gente que viene con usted?

—Bueno, esa gente está huérfana de prácticos. Me han visto pasar de noche y me han seguido, pero yo de eso no conozco nada. Vengo a ver una tía enferma y por eso ando a esta hora de la noche por aquí.

Le pega de nuevo las espuelas al caballo, pero al momento los soldados le rastrillan los fusiles y le apuntan. Se acercan, lo tumban del caballo y le quitan el machetín, la alforja y la capa de agua.

—Tú eres el guía de esta gente y no lo puedes negar.

A Chicola y a Zelaya los han hecho prisioneros. Morán y Horacio se lanzan a través de un seto de arbustos espinosos. Los soldados no pueden seguirlos.

Un marino monta el caballo de Augusto y se dirige hacia donde supone han huido Morán y Horacio. Regalón, que aparece en ese instante, lo detiene y le dice:

—Muchacho, que te matan. Tú no sabes quiénes son esa gente. Déjalos ahí, que ahorita los vamos a buscar. Quizás sigan por la carretera y en la otra posta los matan.

Mientras caminan hacia el cuartel, la población se asoma a las puertas de las casas y cuchichea:

—¡Esos están muertos!

En el cuartel está el coronel Ramón Cruz Vidal. Augusto ha pensado que es preferible decir que los expedicionarios querían presentarse y que él los ha traído. Se dirige al oficial.

—Coronel, yo le traía cuatro hombres, pero éste palanqueó el rifle y ellos vienen acobardados o qué se yo. Se me quedaron otros allá.

Mientras tanto han traído un jeep para ir a buscar a Horacio y a Morán. Los soldados le dicen a Augusto:

—¡Cabrera, móntese, que vamos a recoger a esa gente!

—No, él no es guardia —dice Cruz Vidal— y no tiene que ir a esa misión. Eso es asunto nuestro.

Augusto espera el amanecer en un banco. Sabe que a esa hora están buscando a los otros dos y mil ideas, nada agradables, le pasan por la mente. Por la mañana coge el caballo y parte de regreso a su casa.

Horacio y Morán pueden escapar. Pasan por detrás del cementerio de Niquero y llegan a una casa donde los atienden.

Horacio permanece en Niquero escondido. Morán pasa a la casa de Eutorgio Rodríguez, en el barrio del Guaimaral. Allí se queda escondido en un potrero.

Los dos expedicionarios son trasladados con posterioridad a sitios más seguros, hasta que más adelante escapan finalmente del cerco.

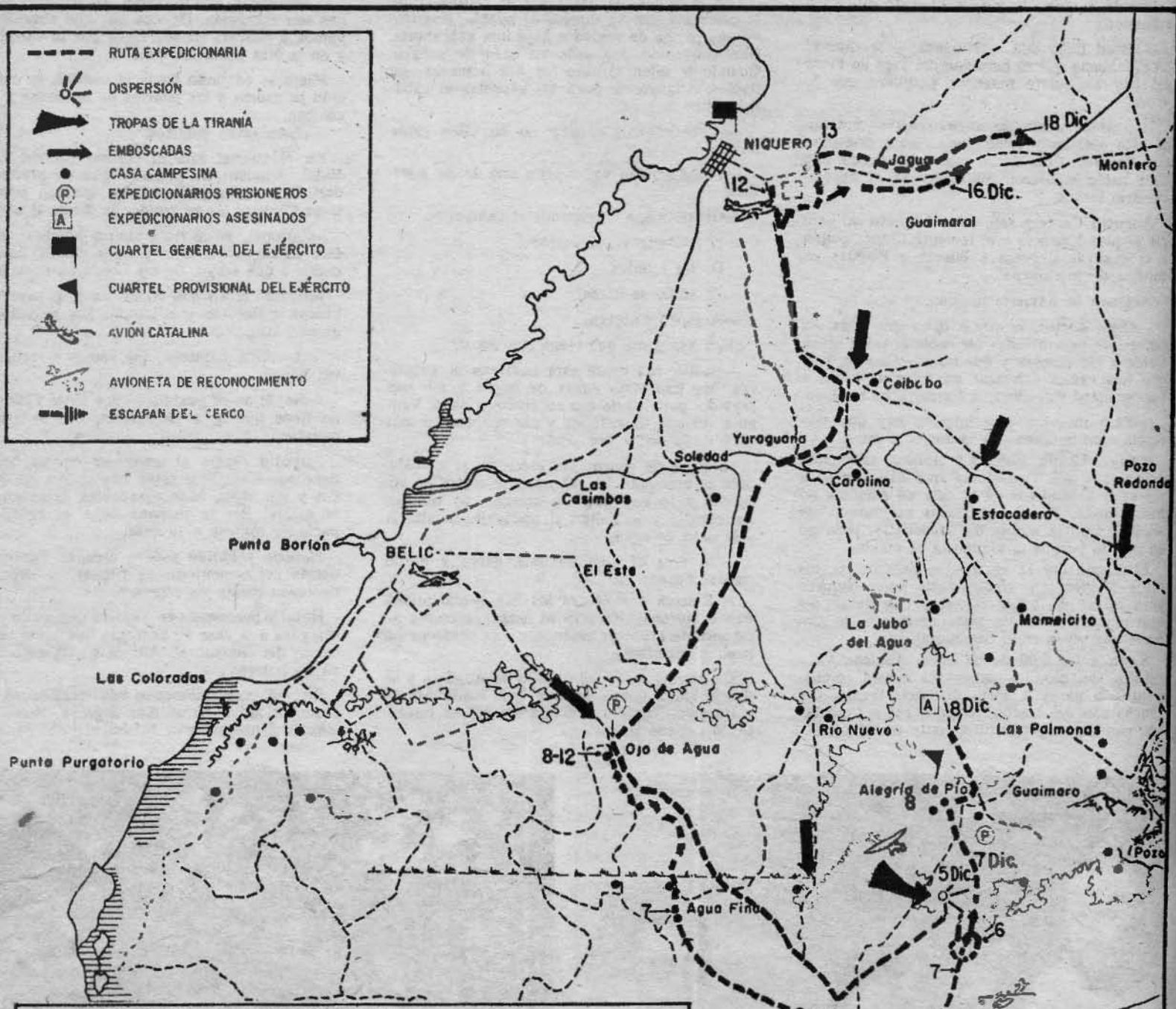


El combatiente Alfonso Guillén
Zelaya en compañía de Demetrio Tamayo y su esposa.



Camino que lleva a Niquero. Junto a la anacahuíta que se aprecia a la izquierda fueron sorprendidos por el Ejército los expedicionarios Zelaya, Chicola, Horacio Rodríguez y Morán.

- RUTA EXPEDICIONARIA
- ☀ DISPERSIÓN
- ▶ TROPAS DE LA TIRANÍA
- ➔ EMBOSCADAS
- CASA CAMPESINA
- Ⓟ EXPEDICIONARIOS PRISIONEROS
- Ⓜ EXPEDICIONARIOS ASESINADOS
- CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO
- ▲ CUARTEL PROVISIONAL DEL EJÉRCITO
- ✈ AVIÓN CATALINA
- ✈ AVIONETA DE RECONOCIMIENTO
- ➔ ESCAPAN DEL CERCO



RUTA DE LOS EXPEDICIONARIOS:

- | | | |
|-------------------|-----------------|-------------------|
| HORACIO RODRÍGUEZ | ANDRÉS LUJÁN | FRANCISCO CHICOLA |
| ALFONSO ZELAYA | SANTIAGO HIRZEL | JOSÉ FUENTES |
| JOSÉ MORÁN | FÉLIX ELMUZA | |

Bandera mexicana autografiada que el expedicionario Alfonso Zelaya le obsequió a Augusto Cabrera en prueba de agradecimiento.





A la casa de Olga Licea y su hijo llegó el expedicionario Horacio Rodríguez después de escapar del Ejército.

Familia de Eutorgio Rodríguez en el Guaimaral. A esta casa fue trasladado el expedicionario Horacio Rodríguez.

TESTIMONIO DE AUGUSTO CABRERA

Allí ya yo tenía cuatro. Yo no hallaba ya qué hacer, estábamos rodeados de guardias y las noticias de que estaban matando a todos los que se presentaban. Me acuerdo que yo dije:

—Yo voy a ir a casa de Crescencio y voy a hablar con él, a ver qué orientación me da él.

Agarré mi caballo, paso por Río Nuevo, llego a la Juba del Agua, y allí había un ejército formidable, y aquel barrio estaba completamente triste, nadie se atrevía ni a hablar. Y yo pasé por allí en mi caballo a la marcha. Más adelante, en una lomita, me encontré un camión lleno de guardias. Venía un oficial que le decían creo que el teniente Moreno o el capitán Moreno Bravo, no sé.

Bueno, pues entonces seguí. Llego a casa de Crescencio Pérez como a las cinco de la tarde. El no estaba ahí. Empezamos a conversar allí con Ignacio y la señora de Crescencio, y al poco rato viene Crescencio, y me dice:

—Me parece que sé a lo que has venido.

Empezamos a conversar. Le dije:

—Chico, he venido aquí porque tengo cuatro expedicionarios en mi casa y no sé qué hacer, ya que no tengo ningún contacto ni conozco nada de eso, pero siempre me supuse que usted está vinculado en el Movimiento y conoce de eso, y me puede orientar en lo que yo puedo hacer con esos hombres.

Entonces él me dijo:

—Ya yo tengo cuatro también aquí por Palmarito, los tengo escondidos.

Me dijo que un tal Hechavarría, y que los otros no los conocía él. Me dice:

—¿Tú no te atreves a traerlos de monte a monte?

Digo:

—Hay una gran vigilancia. Es muy grande la vigilancia.

Dice:

—Verdaderamente sí. Bueno, pues mira, deténlos allá en tu casa hasta que se disipe un poco la vigilancia.



CON DESTINOS OPUESTOS

SIETE hombres extenuados tratan de mantenerse en pie sobre un gigantesco farallón que se yergue desafiante sobre el mar. Ni un río, ni un hilo de agua, nada que sirva para mitigar la sed y el hambre; sólo árboles de troncos desnudos que se afincan en el diente de perro.

Son los expedicionarios Fernando Sánchez Amaya, Norberto Godoy, Mario Chanes, Enrique Cámara, Raúl Suárez, René Reiné y Noelio Capote. Es el 7 de diciembre.

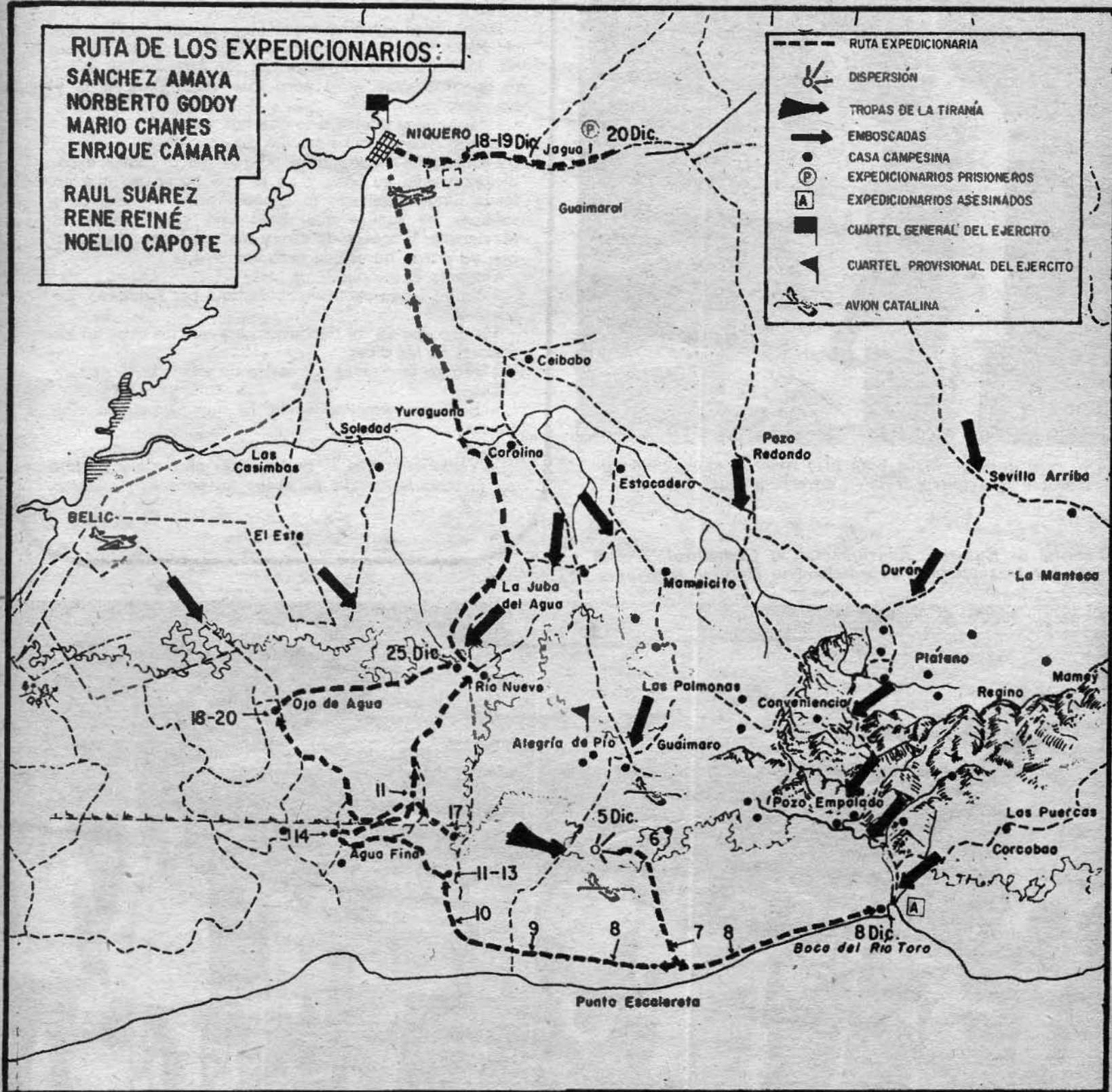
No saben cómo han podido llegar hasta

esa zona después del combate de Alegría de Pío. Al principio habían tomado rumbo este, pero después se perdieron y caminaron hacia el sur.

No han comido, han estado huyendo del bombardeo de la aviación y apenas han descansado. Sólo saben que están ahora allí en lo alto del farallón. Habían decidido bajar al mar para lavar la herida que Raúl Suárez recibió en la muñeca durante el combate, pero sus fuerzas solamente les han permitido descender al punto donde el acantilado cae

a pico, 20 metros hasta el agua. Desde allí divisan, con la mira de un fusil, la torre del central "Pilón" y una fragata que se encuentra anclada. Por el ir y venir de los botes a la costa deducen que los marinos están desembarcando.

Los expedicionarios discuten la ruta que deben seguir. Unos opinan que deben tomar rumbo este, en dirección al Toro; otros, oeste, en busca de Agua Fina. Al final no se ponen de acuerdo. El grupo se divide: Raúl Suárez, René Reiné y Noelio Capote hacia el este;



Sánchez Amaya, Cámara, Godoy y Mario Chanes en sentido contrario.

El grupo de Sánchez Amaya camina todo ese día hacia el oeste. Deciden cambiar otra vez de rumbo y comienzan a ascender de nuevo las terrazas dejando el mar a la espalda. A la altura del día 11, en la zona de Agua Fina, encuentran un horno de carbón y, un poco más allá, un bohío. Godoy y Cámara quedan vigilando mientras Sánchez Amaya y Mario Chanes se acercan a la casa. Es la de Saturnino Iglesias, el mismo por cuya bodega pasó la columna el día 4. Iglesias los recibe y les brinda ayuda. Se refugian en un montecito cercano, comen y reponen fuerzas.

El día 12 se mantienen en la zona. Pasan de madrugada a la casa de Alfredo Reytor. Allí encuentran a los expedicionarios Raúl Díaz y Esteban Sotolongo, quienes horas antes han llegado a la casa del campesino.

El grupo de expedicionarios decide cambiar de lugar. Han oído hablar de que hay soldados cerca. Llegan a la casa de Pedro "el Isleño", quien los invita a entregarse, pero ellos rechazan la proposición y continúan su camino.

El 15 o el 16 de diciembre se detienen en casa de un campesino, comen algo y siguen viaje. Al atardecer se encuentran con la casa de Alfredo Cantero. Sotolongo está en muy mal estado, con fiebre palúdica.

Sánchez Amaya y Chanes toman la decisión de separarse con el objetivo de tratar de lograr alguna información sobre la suerte del resto de los combatientes. El 17 de diciembre salen por la mañana temprano hacia la casa de Augusto Cabrera en Ojo de Agua de Belic, y le piden permiso para oír el radio. Augusto accede. A las dos o tres horas se marchan por donde han venido.

Cuando sus dos compañeros regresan a la casa de Cantero, Cámara y Godoy parten con el propósito de llegar hasta La Habana. Han conseguido ropas por mediación de Saturnino Iglesias, y salen hacia Niquero en el camión que busca los víveres para la bodega de Saturnino.

El 18 de diciembre, Sánchez Amaya y Chanes deciden separarse de Sotolongo y de Raúl Díaz, y se instalan en la casa de Augusto Cabrera.

Los guardias rondan constantemente en camiones y jeeps. Cabrera oye el ruido de un motor. Cuando se acerca a la puerta, un jeep del Ejército apunta su ametralladora hacia la casa.

—Muchachos, el Ejército—les dice a los expedicionarios.

Sánchez Amaya y Chanes dan un salto y logran huir corriendo hacia el monte por detrás de la casa.

Los guardias registran varias veces la casa de Cabrera. Este decide pasar a Chanes y a Sánchez Amaya para la casa de su hermano Eutorgio, en Río Nuevo. Los dos hombres acceden y el 21 de diciembre, después de haber dejado las armas en la casa de Augusto, se esconden en una lomita frente a la casa de Eutorgio Cabrera.

Allí permanecen hasta pasado el año 1956.

* * *

Cuando se separan de los otros cuatro expedicionarios, Suárez, Reiné y Capote continúan la marcha en dirección al este, por el borde de los acantilados, y pasan la noche en los farallones. El día 8, después de haber caminado una larga jornada, llegan ya de noche al Toro. Se aproximan a la casa de Manolo Capitán. Este los hace entrar y, una vez que los instala, avisa a la Marina.

A las 10:00 de la noche los marinos salen a la playa de Boca del Toro, con los tres expedicionarios en calidad de prisioneros. Cerca de allí están tirados los cadáveres de los combatientes asesinados por la mañana. Allí los interrogan, les ocupan los documentos y objetos personales, y cuando terminan les dicen:

—Bueno, viene una lancha para llevarlos a curar. Párense ahí y pongan la vista al mar, en hilera.

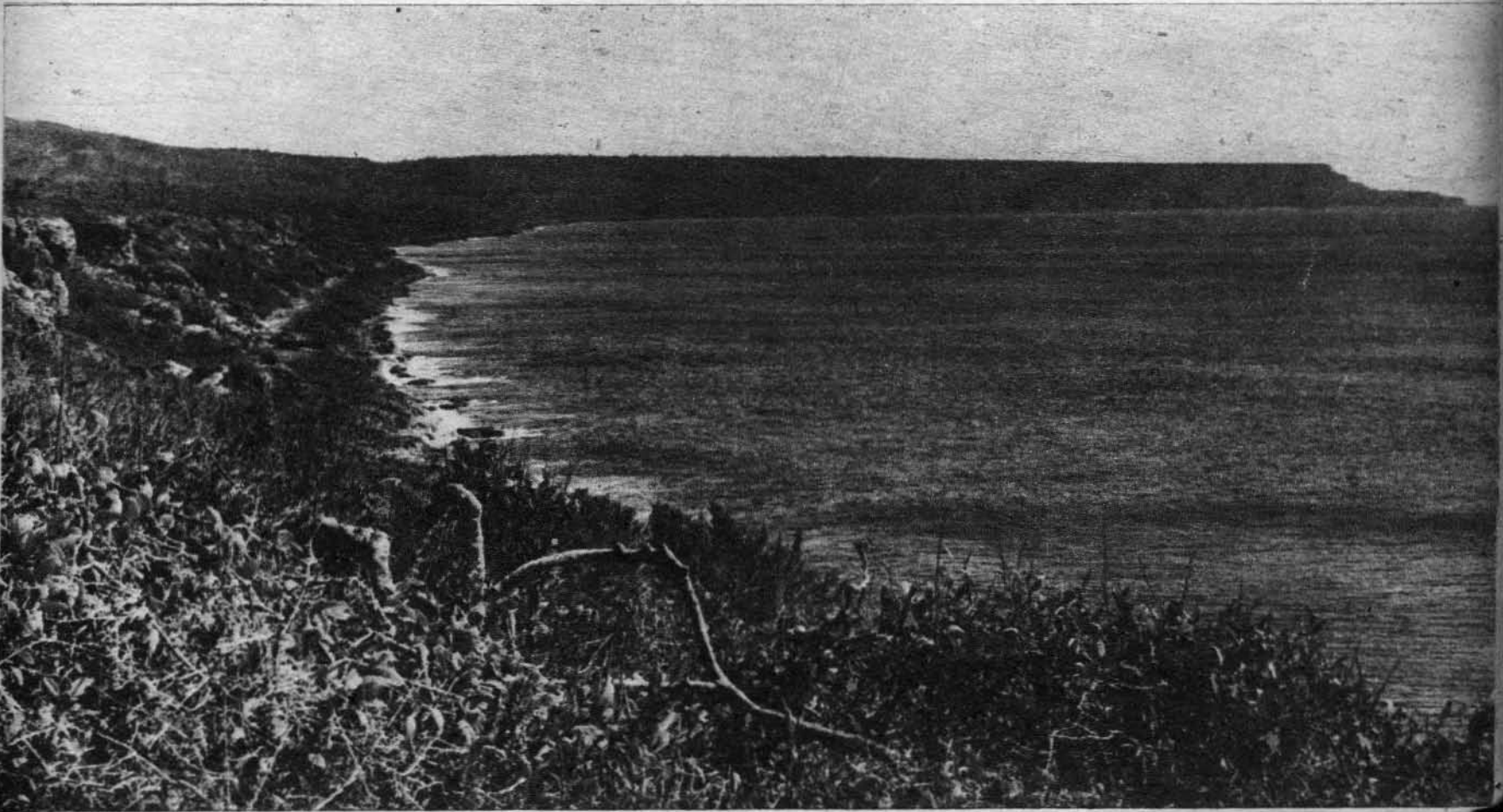
Los tres ponen las manos en alto y dan la espalda a los marinos.

Las órdenes de Laurent son terminantes. El campesino Orestes Domenech está escondido detrás de una mata de uva caleta, y ve cómo un marino llamado León toma una ametralladora y, con una larga ráfaga, asesina por la espalda a los tres indefensos prisioneros.



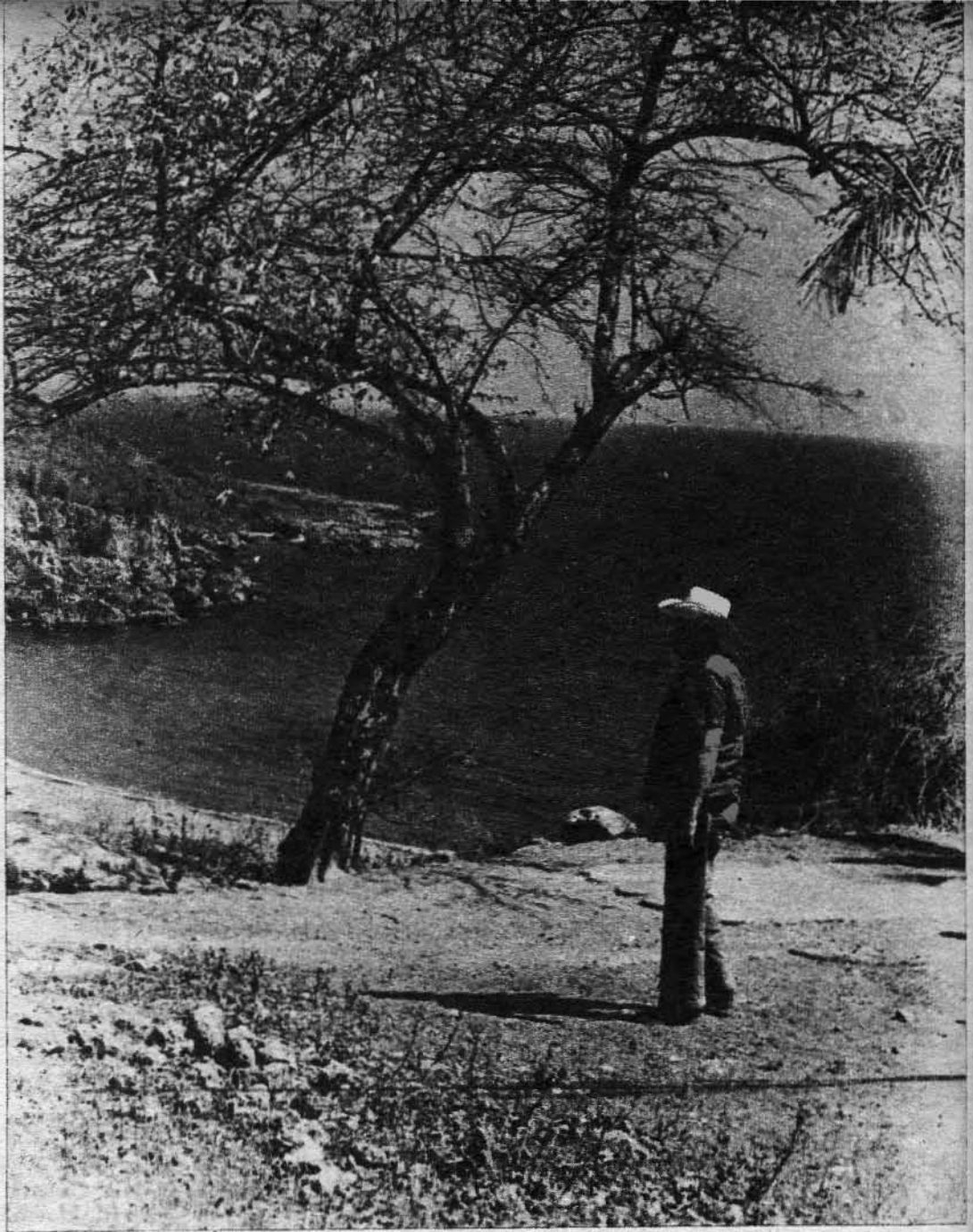
Aspecto de los farallones por donde bajaron los expedicionarios.

En este lugar cercano a la Boca del Toro se supone que se separó el grupo formado por los combatientes René Reiné, Noelio Capote y Raúl Suárez del de Fernando Sánchez Amaya, Mario Chanes, Enrique Cámara y Norberto Godoy.



Vista de la boca del río Toro desde donde estaba la puerta de la casa de Manolo Capitán. Por el camino que sale hacia la izquierda bajaron los guardias a los expedicionarios asesinados el día 8 por la noche.

Eutorgio Cabrera, hermano de Augusto.



Casa de Eutorgio Cabrera en Río Nuevo.



MUY PRONTO HAY FLORES SOBRE SUS TUMBAS

UNA camioneta se detiene ante la puerta del pequeño cementerio de Niquero. Es la madrugada del 9 de diciembre. En el vehículo vienen soldados y unos bultos cubiertos con gajos.

Al llegar a la puerta, los soldados empujan los bultos al suelo. La camioneta parte de nuevo. Cuando amanece, el pueblo se enfrenta a la macabra escena de ocho cadáveres detrozados tirados como quiera.

De inmediato la población entera se revuelve consternada. El Ejército instala postas en las puertas del cementerio para impedir que los ciudadanos se acerquen.

Los soldados que han ocupado el lugar comienzan a cavar una gran zanja para echar todos los cadáveres, en cumplimiento de las órdenes impartidas por el coronel Cruz Vidal.

Los vecinos que han podido penetrar se oponen tenazmente. La situación se pone tensa. Entonces se autoriza construir ocho cajas.

Por la tarde hay que encargar más ataúdes. Han llegado otros ocho cadáveres. Son los asesinados de Boca del Toro. Los han traído a rastras, en una especie de parihuelas tiradas por caballos, hasta Las Guásimas donde una camioneta los recoge. Han estado tirados en la playita de la Boca todo el tiempo que sus asesinos han estimado pertinente.

La noche entera se invierte en dar sepultura a los expedicionarios muertos. Ellos son José Ramón Martínez, Félix Elmuza, Noelio Capote, Raúl Suárez, Luis Arcos Bergnes, René Reiné, Antonio López, Cándido González, Miguel Cabañas, José Smith, Santiago

Hirzel, Armando Mestre, Tomás David Royo, René Bedia y Eduardo Reyes Canto. Por una gestión familiar, a Andrés Luján lo trasladan a Manzanillo. Ha sido necesario abrir las tumbas junto a la cerca lateral del cementerio, por la parte exterior.

Lejos de amedrentar al pueblo de Niquero y de la zona, el espectáculo acrecienta la repulsa contra el régimen que es capaz de tanta inhumanidad. En la mente de todos está la certeza de que la garantía dada por el Ejército de respetar la vida de los combatientes que se entreguen, no es más que una comedia para encubrir crímenes injustificables. Esbirros como Laurent o Caridad Fernández son los que hacen méritos en ese Ejército. Por la parte del pueblo, muy pronto hay ya flores sobre las tumbas.

Portada del cementerio de Niquero.



Así fueron trasladados
 los cadáveres
 de los ocho combatientes
 asesinados en Boca
 del Toro, desde
 ese lugar hasta el punto
 en que los recogió
 el vehículo que los
 condujo al cementerio
 de Niquero. La escena
 ha sido
 reconstruida sobre
 la base de los relatos de
 varios testigos
 presenciales, entre ellos
 Perucho Meriño
 y Saúl Sánchez.



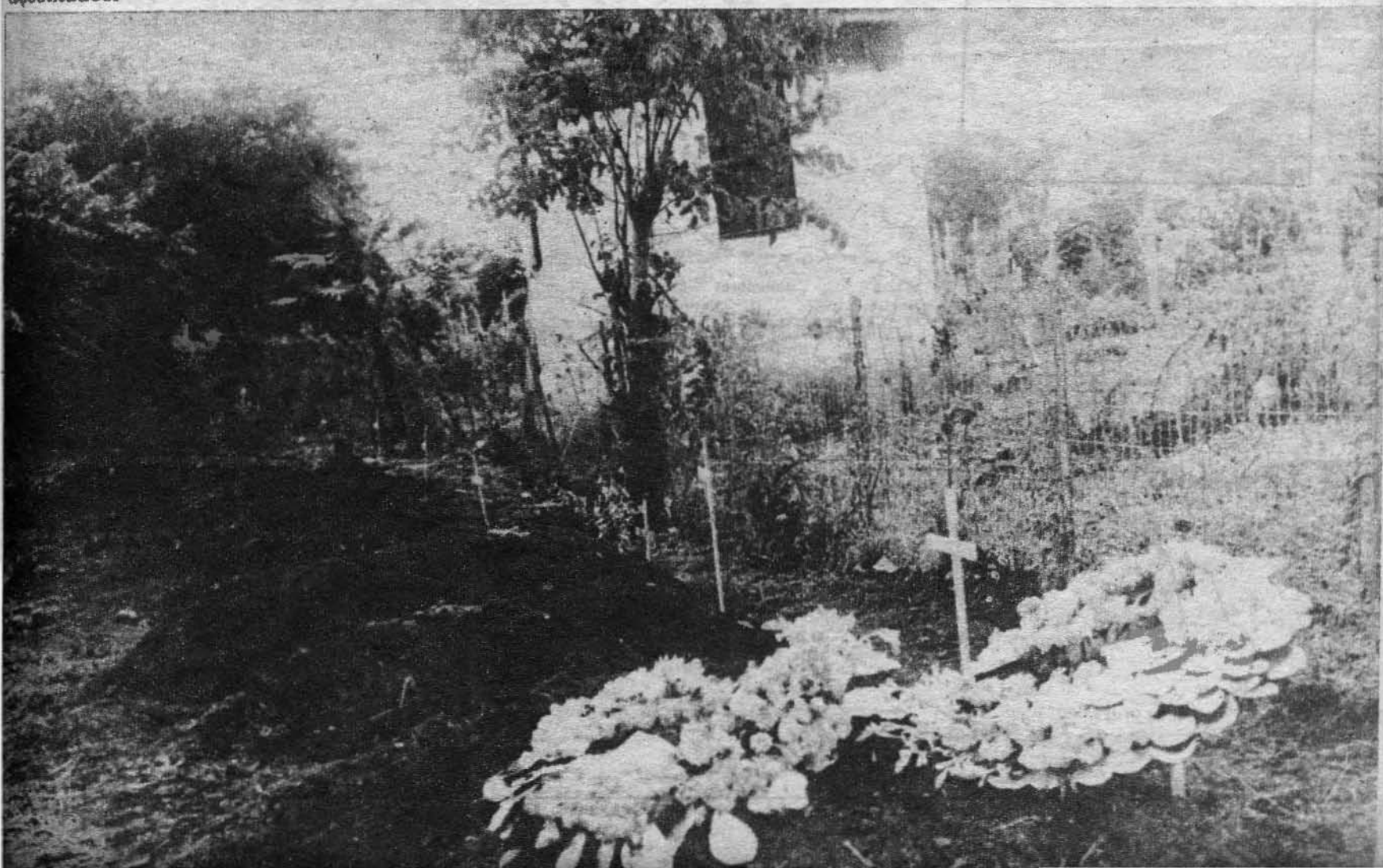
El combatiente
 Humberto Lamothe,
 muerto en el combate de
 Alegría de Pío.





Los cadáveres de seis de los expedicionarios asesinados en Boca del Toro, depositados al pie de la morgue del cementerio de Niquero en la noche del 9 de diciembre.

Foto tomada en días posteriores al enterramiento de los expedicionarios asesinados.



YO ME LLAMO JUAN MANUEL MARQUEZ

JUAN Manuel Márquez comienza a retirarse hacia el este en el momento de la dispersión en Alegría de Pío. Al cruzar la primera guardarraya se encuentra con Fidel y Universo Sánchez. Juan Manuel insiste a Fidel en la necesidad de que se retire, pues puede ocurrir que lo capturen vivo. Los tres deciden replegarse hacia dentro de la caña, y comienzan a avanzar escalonadamente en la misma dirección. Al parecer, en uno de estos movimientos Juan Manuel pierde el contacto con los otros dos combatientes. Al qué-

dar solo se desorienta y cambia el rumbo hacia el norte.

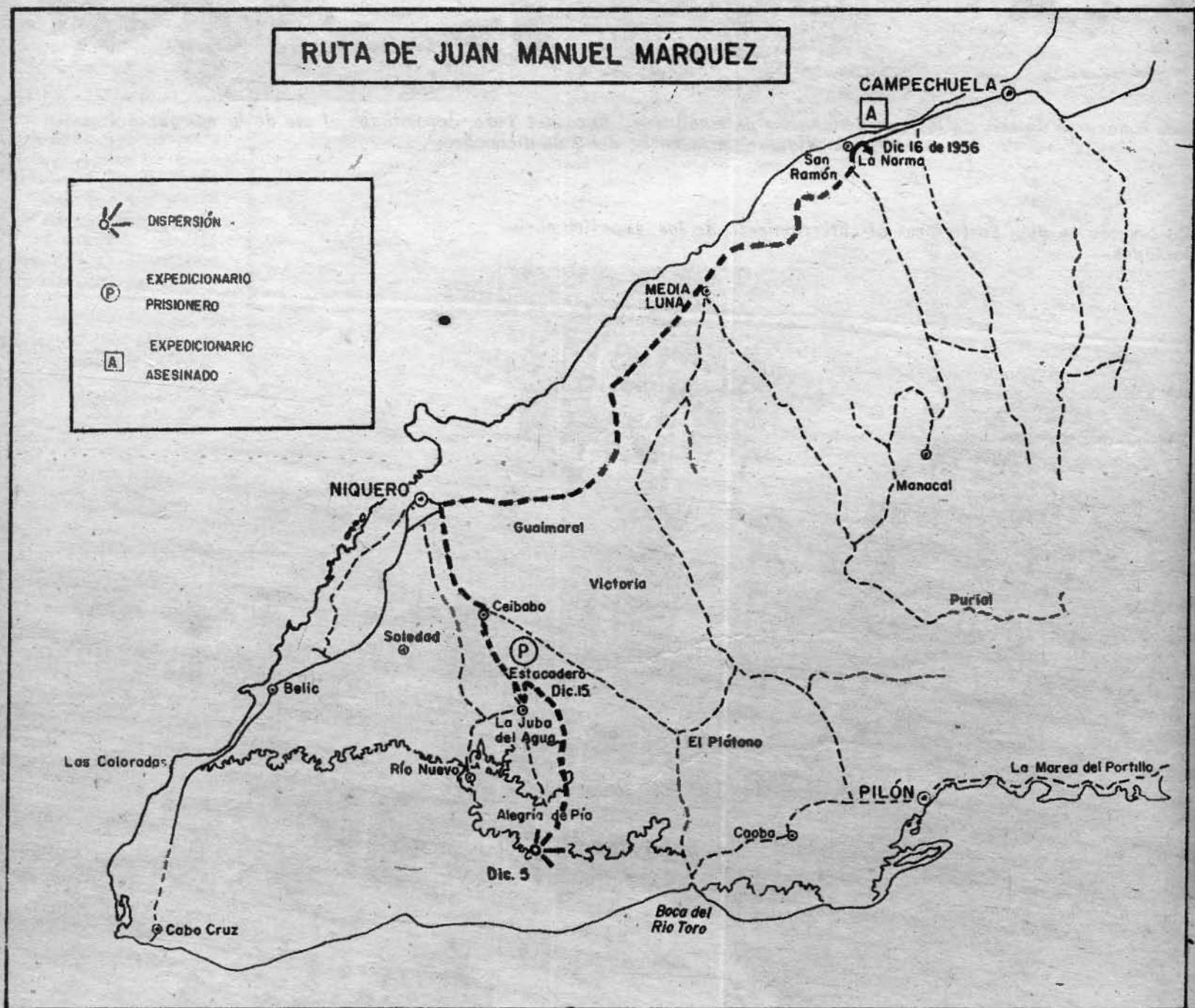
Comienza así un interminable peregrinar por montes y campos de caña, al tiempo que su estado físico se deteriora por efecto del hambre, la sed y el cansancio.

Todo parece indicar que Juan Manuel no establece contacto alguno con los vecinos de la zona hasta una fecha cercana al 10 de diciembre, cuando un campesino de Mameicito lo ve en las primeras horas de la mañana al borde de un cafiaveral. Tiene el uniforme he-

cho jirones. Parece agotado y tiene los labios agrietados por la sed.

El día 15 el campesino Ignacio Fonseca se tropieza con el expedicionario en un camino cercano al Estacadero. No se detiene, sino que avisa al sargento Francisco Moreno. Al regresar ambos al lugar se cruzan con Osvaldo Mariño y Miguel Torres, vecinos de la zona.

—Hace falta que vayan con nosotros para que nos ayuden a coger un alzado que anda por ahí —les dice el sargento.



Los campesinos se niegan. Los dos hombres prosiguen hasta llegar donde está Juan Manuel.

Lo conducen en calidad de prisionero a la casa de Manuel Matamoros, a poca distancia del lugar. La esposa de Matamoros, María Josefa Pérez, le da agua, lo ayuda a lavarse y le ofrece un poco de comida.

—Yo me llamo Juan Manuel Márquez —dice el detenido al sargento— y soy abogado.

De allí lo llevan a La Juba del Agua y lo encierran en la bodeguita del tío de Fonseca. Un guardia le quita violentamente las botas para apropiarse de ellas.

Más tarde, lo trasladan al cuartel y allí es interrogado nuevamente, ahora por el capitán Caridad Fernández. Lo montan en un vehículo con la intención ostensible de llevarlo preso a Niquero. Cerca del central "San Ra-

món" los guardias se desvían por una guardarraya que atraviesa la finca "La Norma". Allí Juan Manuel es golpeado brutalmente y dejado por muerto.

Alrededor de las 7:00 de la noche regresan los soldados a enterrarlo. Al ver que aún está con vida, uno de ellos lo remata con dos disparos en la cabeza. En el mismo lugar lo entierran en un hueco cavado con premura.



Mirta Pérez, vecina de la familia Matamoros en Estacadero, quien auxilió al combatiente Juan Manuel Márquez cuando éste llegó prisionero a esa zona.



Casa de Manuel Matamoros en Estacadero.

TESTIMONIO DE LORENZO MATAMOROS

A Juan Manuel Márquez lo trajeron aquí, a la casa del viejo mía. A él lo cogieron allí arriba. Todo esto era un saó de árboles grandes. Había manigua también.

Yo tenía 17 años. Me acuerdo perfectamente de todo. Primeramente los guardias estuvieron aquí. Nos registraron todo. Buscaban a Juan Manuel Márquez, porque ya el guardia lo había visto por allí arriba. En el monte aquel que se ve allá. Abajo hay una colonia y allí fue donde lo vieron. Parece que ellos sabían que Juan Manuel andaba por estos lugares. Este sitio se conoce con el nombre de Estacadero.

El que lo delató fue primero a un centro espiritual que había allá arriba, y vio al guardia y le avisó que había topado con un mau mau. Entre el guardia y el delator lo trajeron hasta aquí detenido.

Tenía la cara, los labios y las manos, hasta donde le alcanzaban las mangas de la camisa, quemados. Parece que era del sol y algunas hojas de caña. El dice que rió mucha caña. Tenía diez días sin comer y nueve sin tomar agua. Tomaba agua del rocío de las hojas de la caña y de algunas matas de cupey.

Lo sentaron aquí en este portal. La vieja mía lo llevó adentro para que se lavara la cara y comiera algo. Se le dieron boniatos hervidos y carne.

No podía casi ni comer, porque tenía toda la boca cuarteada por la sed.

Mi madre envió a Eutimio Aguilar a buscar ron en la tienda para echarle al café para hacerle estómago, y así

se lo tomó. Entonces él se lavó la cara, se peinó y estuvo un rato sentado.

El sargento Moreno, le preguntó:

—¿A qué tú viniste aquí?

El respondió:

—Nosotros vinimos a defender una causa.

El sargento le dijo:

—Yo no hubiera querido cogerte a ti, sino a Fidel Castro.

Y con la misma, le arrebató la cartera que traía. No sé si tenía dinero o no, inclusive mostró una fotografía de su hermana y dos niños. No sé si eran hijos o sobrinos.

Fuimos hasta la misma tienda, donde lo metieron para adentro. Era la tiendecita que había en La Juba del Agua. Todavía está ahí, pertenecía a un tal Horacio. Cuando íbamos para allí Ignacio Fonseca dijo:

—Sargento, yo voy a montar con él porque se va a caer del caballo.

El no sabía montar a caballo, iba en un basto y se iba cayendo.

Yo iba al costado en un potriquito algo más grande que éste. El sargento me dijo:

—No te aprees, porque si le da por huir le van a tirar y te van a matar a ti.

Cuando llegamos le sirvieron potaje de habichuelas coloradas, plátanos maduros fritos, arroz blanco y dos bistecs. No se los pudo comer. Lo metieron para la tiendecita de Horacio y no lo volví a ver más.

EL SEGUNDO JEFE

LA participación de Juan Manuel Márquez en el destacamento del "Granma" y su actitud serena ante la muerte, son la culminación consecuente de su vida de revolucionario cabal. A su temprana y destacada vinculación con la lucha en contra de la tiranía de Machado y su participación en el Ala Izquierda Estudiantil; a sus reiterados encarcelamientos por sus actividades revolucionarias; a su incansable lucha política desde las filas del Partido Ortodoxo y las columnas de la prensa, Juan Manuel Márquez une, desde el mismo 10 de marzo de 1952, su enfrentamiento abierto al golpe reaccionario y su comprensión de la revolución como única vía para el pueblo, lo cual le conduce a una identificación cada vez más estrecha con la línea revolucionaria de Fidel Castro.

A raíz del Moncada, brinda todo su esfuerzo a la campaña popular por la amnistía de Fidel y sus compañeros. El 5 de junio de 1955, apenas veinte días después de la salida de Fidel del presidio de Isla de Pinos, Juan Manuel es detenido por la policía y golpeado salvajemente. Fidel condena el hecho con indignación desde las páginas del periódico *La Calle*. Dos días después, lo visita en su lecho de enfermo. En esta ocasión ambos estrechan los vínculos revolucionarios que los unen.

Conforme a lo planeado, Juan Manuel embarca en dirección a Estados Unidos, a finales de junio de 1955, y días después Fidel lo hace rumbo a México. Cumpliendo las instrucciones que le ha impartido el jefe de la revolución, Juan Manuel comienza a desplegar su actividad en el exilio. Se plantean como tareas inmediatas la organización de los emigrados cubanos, la recaudación de fondos y la ad-

quisición de armas. Su formidable oratoria le sirve de mucho en la tarea de levantar los ánimos y llamar al combate inevitable.

En noviembre de ese propio año, Juan Manuel se halla en Miami, donde participa en un mitin de reafirmación revolucionaria:

"Hablamos hoy para poder partir mañana en el barco de la guerra. No concibo a ciertos opositores que proclaman la vía inútil del autonomismo. La experiencia histórica nos demuestra que fue infructuoso el esfuerzo de Giberga, Montoro y otros, cuyos verbos luminosos nada podían decir. La razón la tenía Martí.

"Como aquél tenemos a un nuevo abanderado que convoca a la nueva lucha por la independencia. Son muchos los muertos de la Patria a estas alturas, para pensar en otra solución que no sea la guerra".

Es necesario redoblar los esfuerzos que se llevan a cabo para hacer avanzar los planes insurreccionales. El 20 de abril de 1956, el jefe del Movimiento 26 de Julio extiende a favor de Juan Manuel una credencial dirigida a todos los clubes patrióticos en los Estados Unidos. En mayo de 1956 está en Nueva York. Allí trabaja afanosamente. Por aquellos días recorre también distintas localidades de la Florida. Le embarga una profunda ansiedad al ver que no todo se desenvuelve a la altura que el momento histórico exige. De ahí que lo estremezca pensar "que ciertos cubanos no comprendan que ésta es la hora de los grandes sacrificios". En cuanto a su disposición con respecto a las dificultades, señala:

"Nosotros vemos bien claro lo que viene y nos disponemos a juntar nuestros

huesos con los de los próceres heroicos que en el pasado siglo y en este mismo siglo todo lo dieron para legarnos una Patria y ver si con nuestro sacrificio podemos evitarle a nuestro pueblo el bochorno infamante de la tiranía".

En junio todavía está en Miami, en tarea martiana de organización de los clubes y recaudación de fondos para llevar adelante los planes del Movimiento. Trata de completar la cantidad requerida para poder poner los pies en la isla "que espera por nosotros". A pesar de los obstáculos y las incomprendiones, se halla plenamente convencido de que esas actitudes negativas no impedirán que de todos modos se haga "la revolución sin componendas".

Entretanto, los revolucionarios que integran la tropa expedicionaria se entrenan militarmente. Márquez llega a México y se somete al riguroso adiestramiento. Realiza prácticas en el campo de tiro "Los Gamitos". También recibe instrucción militar en el rancho "Dos Rosas".

A causa de una delación, Fidel y 23 compañeros son detenidos a mediados de junio por la Policía Federal e internados en la cárcel "Miguel Schults". Juan Manuel Márquez, Raúl Castro y otros revolucionarios logran escapar y se refugian en una casa amiga. Después que Fidel y sus compañeros son puestos en libertad, Juan Manuel trabaja sin descanso en los preparativos finales de la expedición.

Por su tesón y espíritu revolucionario, por sus capacidades organizativas y de mando, por su absoluta fidelidad a la causa de la revolución, Fidel nombra a Juan Manuel Márquez segundo jefe del destacamento del "Granma".

Juan Manuel Márquez durante prácticas de tiro en el campo "Los Gamitos", en México.



ENTRE LA CAÑA Y EL FARALLON

UN grupo de expedicionarios compuesto por Jesús Montané, Roberto Roque, Jaime Costa, Norberto Collado y Antonio Darío López, se dirigen hacia el sur en la dispersión de Alegría de Pío.

Al llegar a las primeras terrazas, toman rumbo oeste. Caminan durante algunos días sin encontrar persona alguna, agua ni alimentos, hasta que el 11 de diciembre llegan cerca de Cabo Cruz. Ya para esta fecha, Montané y Collado están en condiciones físicas tan deterioradas que se han separado de los demás, quienes han continuado la marcha dejándolos atrás. Antes han escondido las armas en un hueco del diente de perro.

Roberto Roque se encamina solo el día 12 al puesto de la Marina en el faro de Cabo Cruz. Tiene la esperanza de encontrar ayuda allí en virtud de sus anteriores relaciones con ese cuerpo armado. En cambio, cae preso, al igual que Costa y Antonio Darío López, que han permanecido a poca distancia del faro. Los tres expedicionarios son enviados a Santiago de Cuba en un avión Catalina.

Montané y Collado, rendidos por el agotamiento, el hambre y la sed, quedan tirados sobre las rocas de la costa. No pueden dar un paso más. Casi no pueden siquiera arrastrarse sobre el diente de perro. El sol los aplasta. Tienen las ropas en tales condiciones que

más tarde, cuando los desvisten, pedazos de piel quedan adheridos a la tela. No obstante, logran llegar hasta una casa en busca de auxilio.

El propio 12 de diciembre son descubiertos y apresados. Un guardacostas los recoge y los traslada a Pílon, directamente a la fragata "Antonio Maceo", donde ya está preso el expedicionario Mario Hidalgo.

* * *

Al comenzar la retirada de los expedicionarios durante el combate de Alegría de Pío, Arnaldo Pérez se encamina hacia el norte y se interna en los cañaverales de los alrededores. Allí permanece oculto varios días. Está solo. No ha podido establecer contacto con otros combatientes.

El 8 de diciembre, al tratar de trasladarse a un sitio más seguro, es descubierto y apresado. Posteriormente es enviado al Vivac de Niquero.

* * *

Durante la dispersión de Alegría de Pío, Manuel Hechavarría toma en dirección sureste. Ya la caña está ardiendo y decide atravesar un descampado para internarse en un monte cercano. Lleva consigo el fusil y una caja grande de 500 balas. En esta situación se le une el expedicionario Gilberto García.

Siguen hacia los farallones, donde pasan la noche.

Al amanecer continúan con precaución su marcha en dirección al este. Caminan bordeando las terrazas superiores, dentro del monte. El cansancio, la sed y el hambre hacen estragos en los dos combatientes. Durante la marcha abandonan la caja de balas, pero conservan los fusiles. Logran llegar hasta el río Toro, y tienen que esconderse de los guardias. Se encuentran entonces con los expedicionarios Ramón Mejía del Castillo y Jesús Gómez Calzadilla, que vienen sin armas.

El 7 de diciembre siguen avanzando y remontan el río. Llegan a la casa de un campesino, donde comen algo. Deciden cambiar el rumbo que llevan para despistar a los soldados, y comienzan a subir las lomas en dirección al Alto del Mamey.

Llegan a casa de Argelio Rosabal Fonseca, quien les informa de los asesinatos cometidos por los guardias. También les dice que han matado a Fidel, Raúl y otros más. Se cambian de ropa y dejan las armas allí. Al abandonar el lugar se separan del grupo Mejía del Castillo y Gómez Calzadilla.

Hechavarría y Gilberto García prosiguen su marcha por las lomas hasta llegar a casa de Florencio Oramas. Allí se encuentran de nuevo los cuatro expedicionarios. Pasan luego

Basilio Hernández delante de su casa en la zona de Alegría de Pío.



RELATO DE JOSE PONCE

YO me salvo nada más porque la candela me coge a mí. Tengo las huellas de la candela todavía. Ya no podía levantarme. Después el médico me decía que era la hemorragia interna que tenía. Me tiro entonces, y da la casualidad que caigo en un limpiecito donde había un poste grandísimo que lo habían talado. Y ahí me quedé.

Yo oía a los guardias, pero los oía y después volvía... Pasaba el tiempo y yo volvía, y trataba de arrastrarme, y no podía arrastrarme. Y cogí, me acuerdo, el cinto que tenía, porque ya yo estaba desesperado, e infantilmente lo amarré para ahorcarme en una mata chiquita que había. Y se cae la mata también. Y aquello no lo podía soportar, aquello era terrible.

Llega un momento en que uno se resigna y dice:

—Bueno, ya aquí...

Tenía el balazo por aquí, en el pecho.

Me quedo ahí, oigo unos gallos cantar y digo:

—Por aquí hay una casa cerca, déjame ver si yo puedo ir arrastrándome a la casa.

Y en ese momento, cuando yo voy a salir —no podía caminar, pero arrastrándome un poquito iba ya adelantando—, yo pensaba:

—Bueno, por aquí estamos cerca de Pilon. Voy a la casa y les digo que me pongan en contacto con Celia Sánchez...

Yo pensaba cómo me podía escapar de aquello. Pero en ese momento, los proyectiles que quedaron en el cañaveral empezaron a dispararse solos con la candela, y cayó aquella jauría para allá adentro. Yo me salvé porque ellos no me ven a mí. Cuando ellos me ven, yo estoy tirado atrás de un poste, acostado a lo largo y embarrado de toda la ceniza y todo lo que me había caído encima. Cuando ellos llegan, yo ni los siento llegar. Siento el tiroteo y me quedo allí. Me acuerdo de eso y, después, cuando aparecí allá en el Moncada. No me acuerdo de más nada.

El expedicionario Arnaldo Pérez señala el lugar donde fue hecho prisionero a raíz del combate de Alegria de Pio.



a la finca de Mongó Pérez en Pural de Vicana. El día 13 Hechavarría y García deciden salir rumbo a Manzanillo. Mejía del Castillo y Jesús Gómez permanecen en el lugar hasta que el último se marcha solo del Pural con la intención de ir para La Habana.

Manuel Hechavarría y Gilberto García son hechos prisioneros por el Ejército en Guasmilla, Campechuela, y más tarde son trasladados a Niquero.

* * *

José Ponce es herido durante el combate. Trata de cruzar la guardarraya para ir hacia el campo de caña, pero una fuerte lluvia de balas se lo impide. Vuelve atrás. Más tarde logra internarse en un cañaveral cercano.

Cuando los guardias dan candela a los cañaverales, sufre quemaduras por todo el cuerpo. Apenas puede moverse. Pasa la noche en la caña. Bebe su propia orina y a ratos pierde el conocimiento.

Al fin logra ir hasta un claro. Oye las voces de los guardias muy cerca. Trata de arrastrarse, pero no puede. Intenta entonces ahorcarse amarrando su cinto a una mata pequeña, y tampoco logra su propósito.

Oye unos gallos y cree estar cerca de una casa. Se va arrastrando entre la caña. En ese momento comienzan a estallar por el calor unos proyectiles abandonados en el cañaveral a raíz del combate. Vienen los guardias, pero no lo ven. Regresan al poco rato y lo encuentran desfallecido.

* * *

Después del encuentro de Alegria de Pio, Onelio Pino y Arturo Chaumont logran escapar del cerco tendido por el Ejército en toda esta zona. Se internan en el monte y permanecen ocultos durante varios días. Al cabo aparecen cerca de la casa de Basilio Hernández, quien avisa a César Ceruto. Los dos expedicionarios están extenuados y hambrientos. Pasan al Guáimaro y allí se encuentran con Rolando Santana, quien también ha logrado escapar después del combate. Salen después por Las Palmonas y eluden el cerco, aunque posteriormente Santana y Chaumont son hechos prisioneros.

* * *

Después del combate de Alegria de Pio, Evaristo Montes de Oca logra retirarse hacia el monte situado al sur. Allí pasa la noche.

El día 6, cuando cesa el bombardeo, se encamina fatigosamente hacia los Altos de la Esperanza. Divisa un bohío, se acerca y al entrar comprueba que sólo hay un perro que ladra constantemente y al cual quiere silenciar por temor a ser descubierto, y un caballo blanco.

Registra el bohío en busca de agua y comida, pero sólo encuentra unos frijoles negros secos, por lo que decide regresar a un pequeño valle sembrado de caña por donde ha pasado horas antes.

Allí lo sorprende la noche. Se cubre de paja dentro del cañaveral porque el frío es muy intenso, y logra finalmente conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, tiene tanta sed que comienza a pasar la lengua por sobre las hojas de las malangas sembradas dentro del campo de caña, para absorber unas escasas gotas de rocío.

Después de caminar un largo trecho, se topa sorpresivamente con una patrulla de reconocimiento del Ejército, al frente de la cual viene el teniente José M. Carrillo. Es hecho prisionero y conducido sobre un carro de caña al batey de Alegria de Pio. Allí es interrogado por el capitán Moreno Bravo y luego enviado al cuartel de Niquero.

* * *

Mario Fuentes Alfonso se retira solo de Alegria de Pio. Se interna en un campo de caña y allí pasa toda la noche. A la mañana siguiente, 6 de diciembre, al salir del cañaveral, es apresado por un soldado del Ejército. Más tarde es trasladado al Vivac de Niquero.

LA EMBOSCADA DE POZO EMPALADO



Pozo Empalado.

CUANDO los expedicionarios comienzan a retirarse del combate de Alegría de Pío, el grupo formado por Emilio Albentosa, Ernesto Fernández, René Bedia y Eduardo Reyes Canto, logra cruzar la guardarraya más cercana y se interna en las cañas.

Han conservado sus armas. Albentosa va herido en el cuello y lleva un pañuelo que Ernesto Fernández le ha amarrado en la herida durante el combate. Sangra a ratos y apenas puede hablar. Tratan de orientarse en busca del monte y las lomas y avanzan sin descanso entre los cafiaverales, en dirección al nordeste, durante el resto del día 5 y parte de la noche. El día 6 llegan a un cayo de monte, duermen un rato y después continúan la marcha. Pasan cerca del batey de Alegría de Pío, sienten el ruido de los transportes de los soldados y siguen monte arriba para alejarse rápido del lugar. Albentosa avanza con dificultad. Discuten la posibilidad de llegar a la casa de algún campesino para que pueda recibir asistencia médica.

Las casas que han visto están vacías. Tarde en la mañana llegan a una donde encuentran un poco de manteca y una lata de agua. En la zona no hay nadie. Caminan toda la noche dentro del monte. En algunos lugares hay matas de plátanos, y cortan las hojas para beber el zumo. Hay claros con poca vegetación, con hierbas solamente, que bordean o cruzan rápidamente.

Atraviesan más cafiaverales, guardarrayas, claros y veredas, hasta que llegan delante de un monte más tupido, ancho y grande, situado en una altura, pero toman por el cafiaveral hacia el norte. Llegan a Las Palmonas el día 7, por la mañana.

Bajan una veredita y se acercan a la casa de Urbano Hernández. Hacia rato que los expedicionarios observaban sus movimientos apostados detrás de unos árboles. El campesino está amarrando un caballo. Bedia se adelanta y le dice quiénes son.

Urbano los lleva hasta la casa, que se encuentra a 50 ó 60 metros. Allí les da de comer unos chicharrones y pedazos de carne de un puerco que ha matado la noche anterior. Albentosa no puede tragar y siente que se ahoga. Se discute si lo dejan allí. El herido insiste en que lo dejen, pues se considera perdido y no quiere ser una carga para sus compañeros. Bedia no acepta. Los demás tampoco; quieren dejarlo en lugar seguro. Entonces Ernesto pregunta:

—¿Quién está dispuesto a llevarlo al médico?

—Yo —responde Corino Hernández, hermano de Urbano.

Lo lleva hacia un palmar que hay al costado de la casa y le dice:

—Quédate aquí que yo te vengo a buscar dentro de un momentico para cambiarte de ropa.

Después de cerciorarse de que su compañero queda en manos de gente de confianza, los otros tres determinan marcharse.

Corino Hernández sale con Albentosa hacia Niquero. En el camino tienen que atravesar necesariamente el cerco. En efecto, se encuentran con los soldados, pero la astucia del campesino logra salvar el obstáculo. Corino deja al expedicionario en Niquero, y a finales de diciembre Albentosa llega a La Habana.

* * *

En plena disposición combativa, Bedia, Ernesto y Reyes Canto han tomado el camino

de la loma para llegar a la Sierra. Nombran a Bedia responsable del grupo. Caminan describiendo un arco con rumbo hacia el sureste, siempre por dentro de la caña, sin salir a los caminos. Para orientarse se paran uno encima del otro, sobre los hombros, buscando las lomas y el monte. Pasan cerca del Alto de la Conveniencia y continúan.

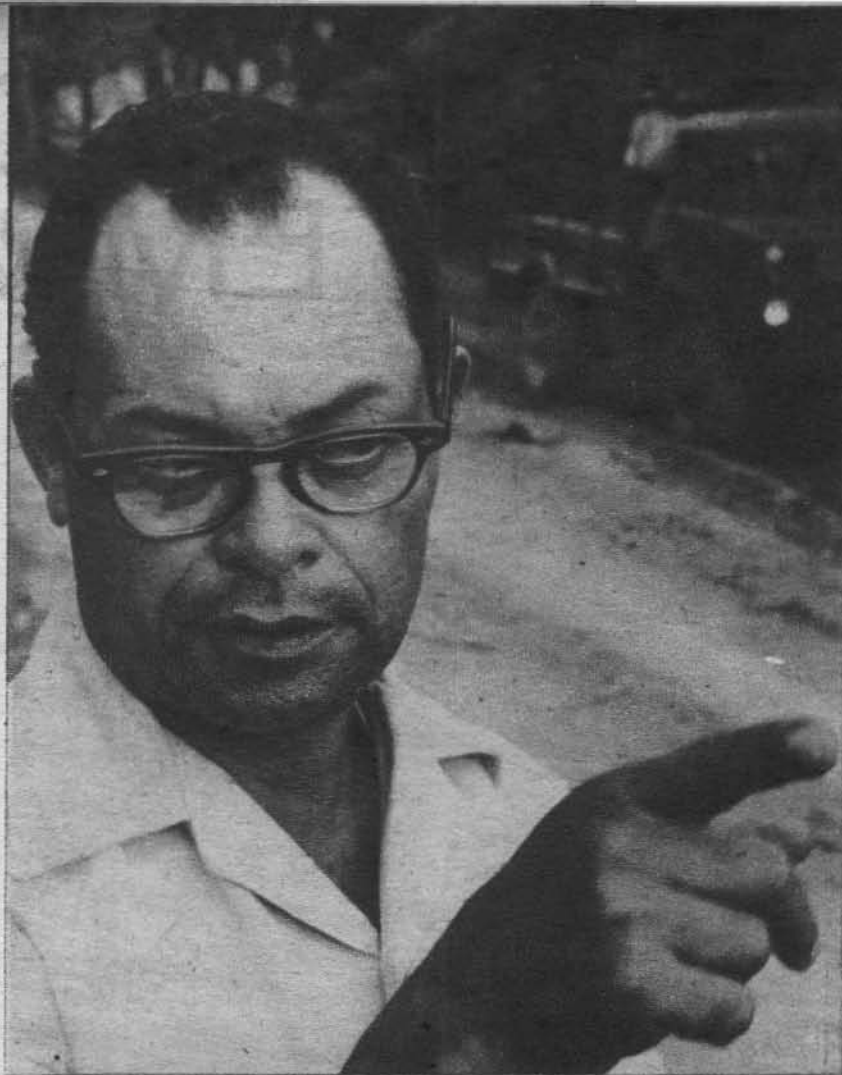
Cuando llegan a la zona de Pozo Empalado ya es de noche. René Bedia va de guía; lo siguen Ernesto y, detrás, Eduardo Reyes, un poco separado. Es el 8 de diciembre, cerca de las 9:00 de la noche.

Ven un ojo de agua y discuten si deben salir al descampado. Deciden llegar al pozo, fuera de la caña, bordeando el camino. No advierten que en el platanal que les queda a la izquierda hay alrededor de veinte guardias emboscados. Ernesto se adelanta y se agacha enseguida a tomar agua.

Una ráfaga de ametralladora calibre 30 barre el terreno. La atmósfera se carga de humo y pólvora. Los soldados disparan a mansalva.

Ernesto Fernández no ve caer a Bedia ni a Eduardo. Casi arrastrándose por el fango logra escapar. Hace un movimiento falso en la huida y logra despistar a los soldados. Huye hacia el río, por arriba y por detrás de los que lo están persiguiendo, se mete en la caña y se pierde en la oscuridad de la noche.

Después de caminar largas horas sale, ya de día, cerca de la loma del Blanquizal, un farallón calizo de más de 200 metros de altura en caída vertical. Se encuentra desarmado. En el fango del pozo ha dejado el fusil y la mochila. Conserva sólo la cantimplora. No sabe qué rumbo tomar. Está extenuado. Desde lo alto de la loma ve la Sierra e intenta bajar el farallón, pero se cae. En la caída trata de agarrarse de los bejucos que crecen entre las rocas, pero está tan débil que no puede sostenerse. Cuando llega abajo tiene la ropa hecha jirones, el cuerpo molido



Corino
Hernández
en Las Palmonas.

El campesino Urbano Hernández frente a su casa en Las Palmonas.



y los pies destrozados. No se ha matado de milagro.

Ve un bohío, la casa de Crescencio Amaya y Catalina Hidalgo. Cuando llega, Catalina le advierte que hay soldados cerca y lo esconde en un cuarto. Le brinda un plato de sopa, pero Ernesto se desmaya del agotamiento y la debilidad. Después que logran reanimarlo planean trasladarlo a la casa de Baldomero Cedeño. Este decide esconderlo detrás de una piedra grande cerca de la casa de Catalina, porque su finca está llena de soldados.

—Espérame aquí —le dice—. Si te vas no respondo por la vida tuya, porque a la hora en punto en que yo venga a buscarte, y tú no estés, no sé qué rumbo habrás cogido.

Baldomero logra burlar la vigilancia de los soldados. Regresa y trasladada a Ernesto a una

cueva en la propia ladera del Blanquizar. Allí lo deja y promete llevarle de comer dos veces al día.

El 11 de diciembre, por la tarde, Ernesto siente un ruido y piensa que son los soldados que le han seguido las huellas. Alguien baja por la loma. Ernesto se aprieta contra la piedra. No se mueve, no respira.

No quiere dar crédito a sus ojos cuando le parece reconocer en la persona que se acerca al expedicionario René Rodríguez. El mismo es, en efecto. Entonces distingue más lejos a Raúl Castro y a Efigenio Ameijeiras.

Llama a René y los tres se le unen en la cueva. Poco después llegan Ciro Redondo y Armando Rodríguez. Después del regocijo inicial por el encuentro, intercambian relatos sobre sus respectivas experiencias. Ernesto informa al grupo de Raúl acerca de la situación en la zona que piensan atravesar. Si hubie-

ran seguido la marcha, los expedicionarios habrían caído en una emboscada segura que tenían los guardias preparada en el potrero de abajo, por el camino que bordea el río Toro.

Permanecen escondidos hasta el 14 de diciembre. Baldomero los ha estado alimentando como había hecho con Ernesto. Raúl decide salir de allí y continuar hacia el Este. Ernesto no puede acompañarlos; se siente demasiado enfermo y tiene los pies llenos de llagas.

El 22 de diciembre, mientras Guillermo García se encuentra por la zona recogiendo armas perdidas y municiones, establece contacto con Ernesto Fernández. A finales de diciembre, se traslada hacia una loma que está frente a la casa de Neno Hidalgo, cerca de Las Guásimas. Allí permanece hasta marzo de 1957, cuando se va para La Habana.

TESTIMONIO DE CORINO HERNANDEZ

El día antes de la llegada de Emilio Albentosa, Sergio Fuentes, Picio Torres y yo montamos a caballo y fuimos para la Alegría con el propósito de determinar la posición que ocupaban los guardias. Cuando llegamos a un lugar donde el camino hace una cruz, nos encontramos con una gran cantidad de guardias que estaban apostados en diferentes lugares. Tenían emplazado un cañoncito.

Antes de dirigimos a la Alegría, yo había comprado tres o cuatro tabacos en una tienda que había por allí. También le había dicho a mi señora que me preparara media botella de café.

Cuando llegamos donde estaban los guardias, uno de ellos nos detuvo y preguntó a dónde nos dirigíamos. Les respondimos que habíamos llegado hasta allí porque nos daba pena el trabajo que estaban pasando y que por eso les traíamos algunos tabacos y una botellita con café. Cuando los otros guardias conocieron lo que llevábamos salieron a disfrutar del café y los tabacos.

Parece ser que esa misma tarde el cabo Fernando Blanco Quesada fue para Manzanillo.

Aquí había una palmita y al lado de ella tuvimos la conferencia. En esa reunión estaban Emilio Albentosa, que tenía una herida en el cuello, René Bedia, Eduardo Reyes, Ernesto Fernández y yo.

Pablo García, hermano del hoy comandante Guillermo García, fue el que me trajo a Ernesto.

Yo me hice cargo de llevar a Albentosa al pueblo de Niquero, para que recibiera atención médica.

Monté a Emilio en el anca de mi caballo y nos dirigimos a Niquero. Previamente, le había envuelto a Albentosa un trapito blanco en el cuello para que no se le viera la herida. Al cerrarle la camisa, parecía una persona normal.

Poco antes de llegar a Niquero nos encontramos con uno de los Ponce, de Celibabo, y le preguntamos si toda aquella gente que se veía un poco más adelante eran guardias. Nos respondió que sí y que además registraban a todo el que entraba o salía de Niquero.

Cuando estamos llegando al lugar donde están los guardias, uno de ellos se adelanta y nos agarra el caballo por la brida y nos pide que nos desmontemos. En ese preciso instante el cabo Fernando Blanco Quesada, que estaba entre ellos, me reconoce y pregunta si yo no era el mismo que les había llevado tabacos y café el

día anterior, cuando estaban emboscados en el cruce de caminos que conduce a la Alegría. Al responderle afirmativamente, le impartió órdenes al guardia para que soltara la brida y nos dejara continuar, no sin antes explicarle que nosotros éramos buena gente y que estábamos con ellos, repitiéndole lo de los tabacos y el café del día anterior.

Cuando entramos a lo que es el pueblo de Niquero, dejé el caballo amarrado en una bodega, di la vuelta por detrás de la casa de un tal Fonteboa, cogimos por detrás, por donde entonces había una valla. De pronto vimos dos o tres hombres vestidos de civil. Eran Angelito Sotomayor y Orestes Lominchar.

Orestes hubo de preguntarme quién era el guardia que me acompañaba. Le respondí que se trataba de un familiar a quien él no conocía, porque no era de los Hernández de Las Palmonas, sino que vivía en Las Guásimas.

—Lo traigo para que vea al doctor Cardellá, porque cogieron un pescado que estaba en malas condiciones y al comerlo, toda la familia se me ha envenenado.

Apenas acababa de dejar a Orestes cuando me topo con el doctor Cardellá. Cuando le explico que traigo un enfermo para que él lo vea, me responde que su clínica está tomada por la Cruz Roja y por el Ejército de la tiranía y que, por tanto, no puede atenderlo. De inmediato le respondo que se trata de un hombre de confianza que estuvo combatiendo en la Alegría y que es uno de los expedicionarios que vino con Fidel. El doctor se queda sorprendido y me asegura que yo tenía tremendo valor, porque no se explicaba cómo yo he podido pasar a Emilio Albentosa por entre tantos guardias. Le expliqué que hice el recorrido atravesando guardarrayas, nos metimos por lo de Juan Pérez, en Los Chinos, atravesamos las colonias y salimos al lugar conocido por Los Trozos.

Yo estaba presente cuando el doctor Cardellá vio a Emilio y le dio un papel para que fuera a Santiago de Cuba, a la clínica de un primo de él que también se llamaba Cardellá.

Con una plata que le dio Cardellá y con otro poco que le di yo, Emilio se dirigió a Manzanillo, se compró una muda de ropa y un par de zapatos. Poco después llegó a Santiago de Cuba, donde lo apresaron.

Como a los 15 días supimos que estaba bien y que había regresado a La Habana.

En la foto superior, vista general de Pozo Empalado, desde lo alto del sendero que conduce a la casa donde los expedicionarios querían pedir agua y comida. Por el borde del campo arado, que en aquella época estaba sembrado de caña, se acercaron los combatientes Bedia, Reyes Canto y Ernesto Fernández, desde la izquierda. Los guardias estaban emboscados en la esquina posterior del campo, donde ahora hay manigua y entonces existía un platanal. Allí tenían emplazada una ametralladora calibre 30, además de las armas automáticas que portaba cada uno de ellos. En la foto del centro, al fondo, el lugar exacto donde cayeron Bedia y Reyes Canto. La intensidad y la duración de las ráfagas puede deducirse del hecho de que aún hoy se descubren impactos y proyectiles en la corteza y el tronco de los árboles situados en el ángulo de tiro. Ernesto Fernández se había inclinado a beber en el ojo de agua, cegado actualmente, que se observa en el extremo inferior derecho de la foto. Escapa del lugar arrastrándose sobre el fango hacia la derecha, y se pierde en el monte que rodeaba la cañada. Abajo, otro ángulo del lugar donde cayeron Bedia y Reyes Canto.



RELATO DE ERNESTO FERNANDEZ

SEGUIMOS entonces René Bedia, Reyes Canto y yo, hacia el sureste y llegamos a un lugar conocido por Pozo Empalado. Ahí había como a las 7 u 8 de la noche una emboscada de Laurent, con personal de la fragata "Martí" o "Maceo" emboscado allí. Entonces yo era partidario de coger por la caña, hacia arriba, por lo que pasamos por allí, por el cañaveral, pero había un bohío y Bedia quería llegar allí para pedir comida y agua. Entonces cruzamos el cañaveral para coger el camino donde había un platanal. En el fin del platanal estaba emboscado el personal de la fragata con una calibre 30 y no sé qué otras armas tenían emplazadas.

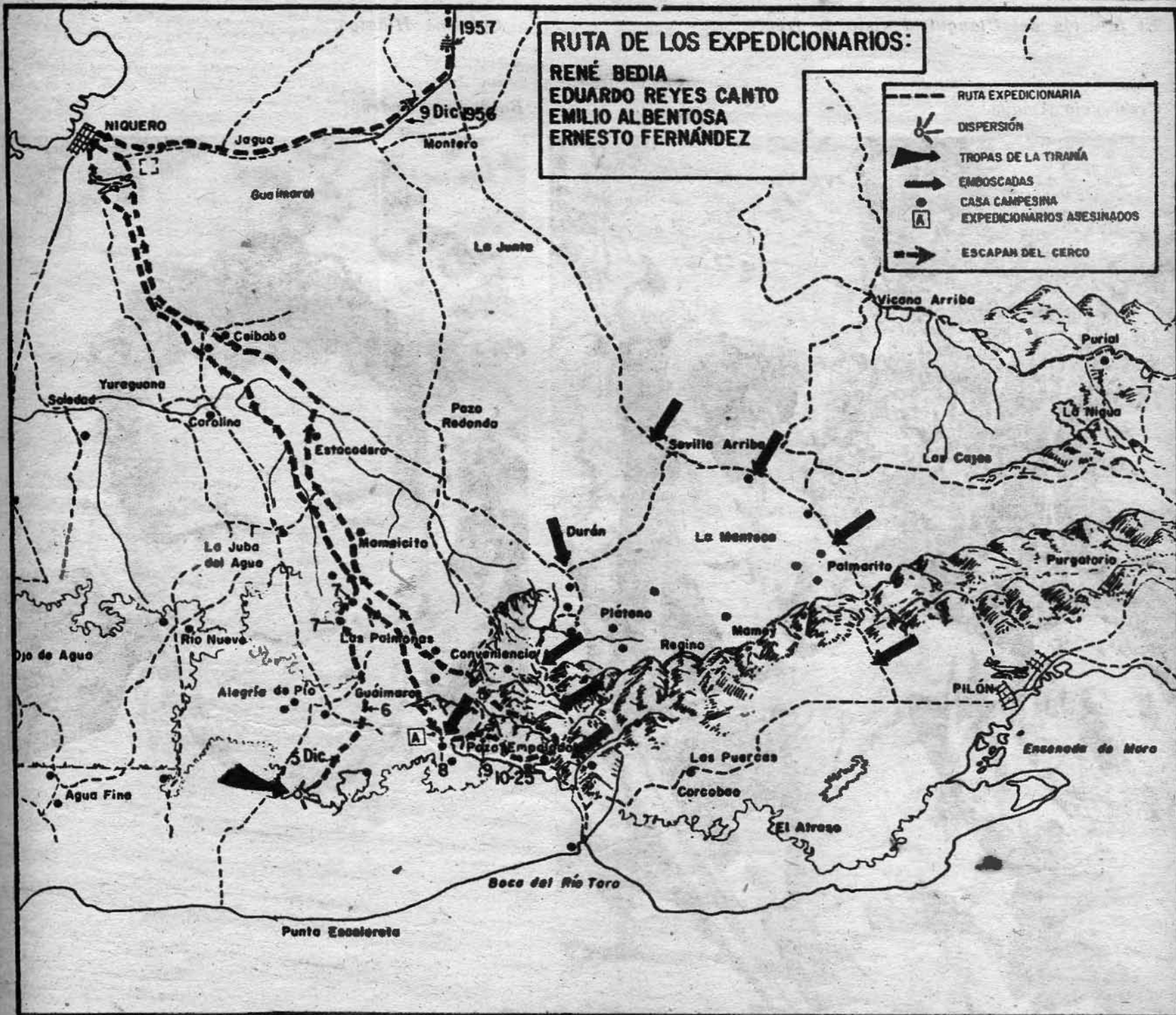
Allá arriba, pasamos a unos 20 ó 30 metros frente a ellos. Entonces empezó la balacera, y yo caí rodando por una lomita y caí dentro del fango y el agua de un lagunato que había ahí; pero nunca pensé que habían matado a Eduardo, ni a René. Ahí estuve un rato y seguía la balacera, pues estaban tirando, y eso duró como

45 minutos, silbaban las balas, me pasaban por los pies y la cabeza, yo estaba en el fango con la cabeza hacia abajo.

Entonces yo pensé:

—Aquí no me puedo quedar porque me lo van a arrancar. Tengo que irme rápido de aquí; yo debía llamar a Bedia, pero si llamó me voy a delatar, daría mi posición.

Entonces me arrastré, hice un movimiento falso, como se llama en guerrilla una escuadra, y me subí arriba hacia un montecito, embarrado de fango, hasta que fui por la caña, y fui hacia arriba otra vez hasta que cogí la caña, y me puse a caminar toda la noche, y camina, camina y camina para arriba, para arriba de la loma, hasta llegar allá al Blanquizal. Dormía a cada rato y todo eso, y llegué a la loma del Toro como a los dos días, creo.



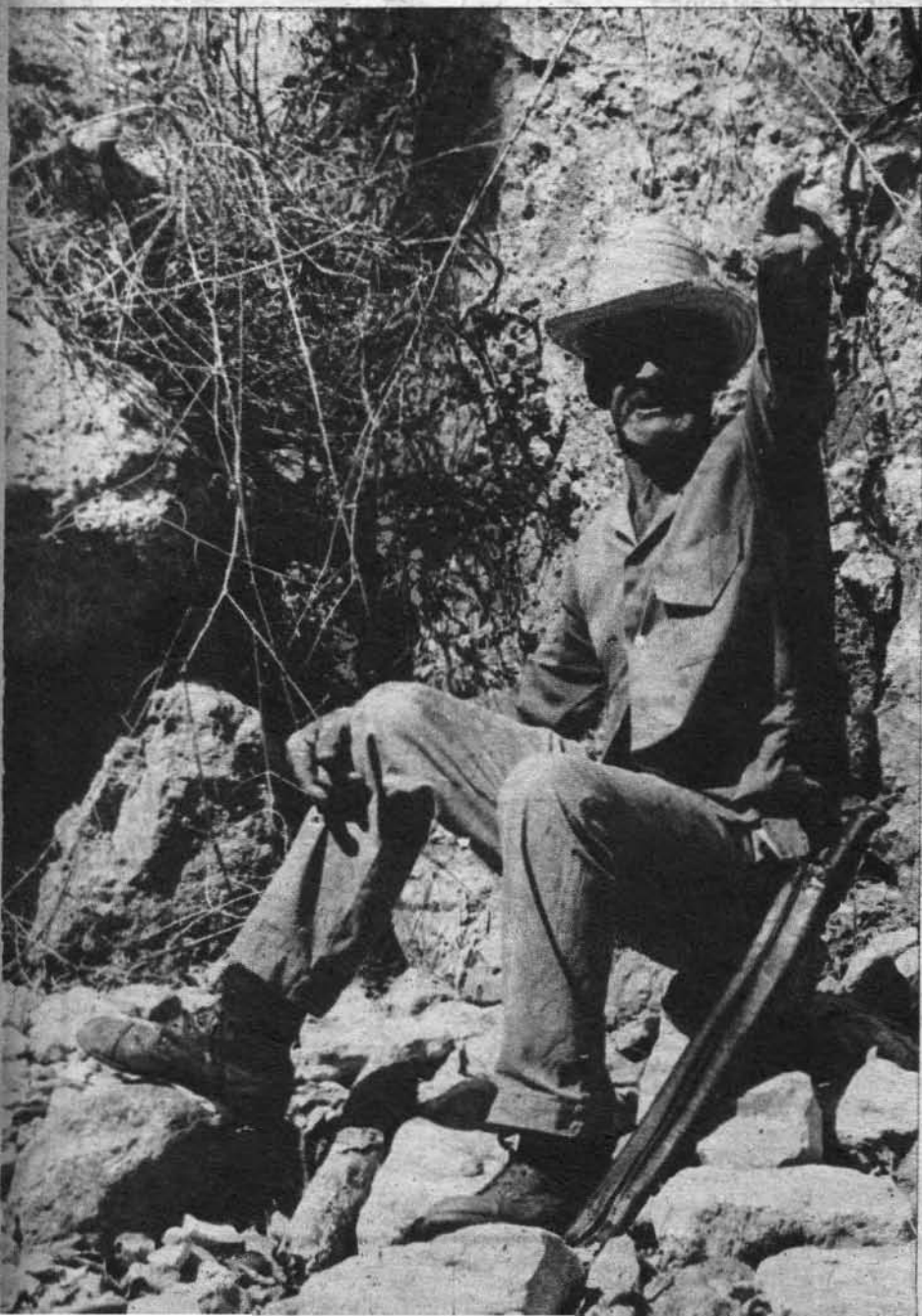


El farallón del Blanquizal visto de frente.

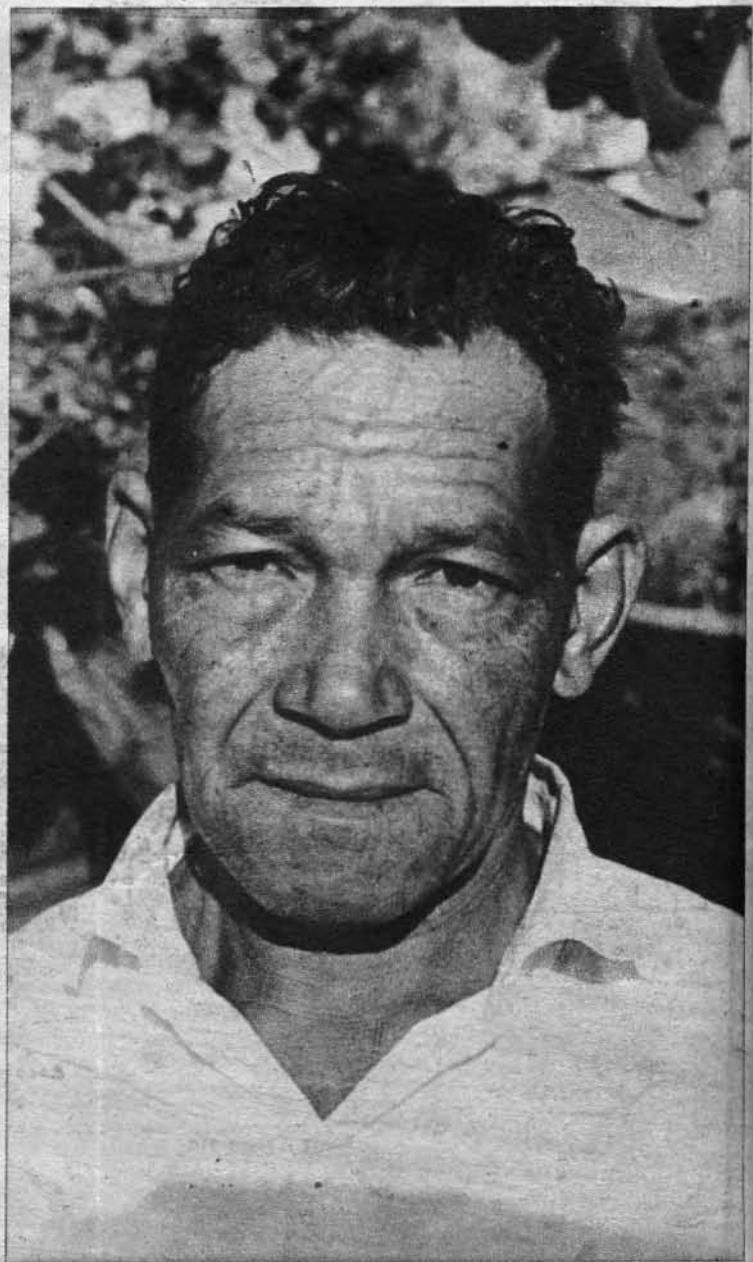


Catalina Hidalgo.

Crescencio Amaya.



Baldomero Cedeño.



USTED NO SE MOJA MAS

EN medio de la confusión del combate de Alegría de Pío, Esteban Sotolongo logra escapar atravesando los cañaverales, en dirección al sur. Gabriel Gil se arrastra por entre las cañas y lentamente va avanzando, ya de noche, hacia el norte.

El expedicionario Raúl Díaz Torres puede retirarse también, protegiéndose con el cañaveral. Momentos antes se había encontrado con Camilo Cienfuegos y con Francisco González, quienes iban saliendo también de aquel infierno.

—Por aquí —le había dicho uno de ellos. Pero toma otra dirección y queda solo. Son un poco más de las 6:00 de la tarde cuando Díaz se detiene a descansar debajo de un árbol muy frondoso. Desde allí ve avanzar a un expedicionario y le silba. Es Sotolongo, que ha estado rondando, casi a rastras, la zona. Caminan sin saber orientarse durante tres días, hasta que el cansancio los vence, y llegan cerca del mar. En esa inhóspita región de las terrazas no hay agua. Beben en los charquitos que se empozan en las rocas con unas ramitas huecas que recogen en el monte. Se alimentan de patas y muelas crudas de cangrejos.

Discuten la posibilidad de que otros expedicionarios puedan haberse salvado, y deciden variar el rumbo y buscar un camino mejor para alcanzar la Sierra Maestra. El día 10 llegan al bohío de la familia Ceruto en Altos de la Esperanza. La debilidad de los expedicionarios es notable. Sotolongo lleva varios días con fiebre palúdica.

Al costado de la casa hay un tanque de agua cuya parte superior está perforada por las balas. Hablan con César Ceruto. El campesino les da unos boniatos picaditos. Los empaquetan junto con cinco botellas de agua que al parecer habían contenido luz brillante, pues luego comprueban que tenían un fuerte sabor característico. Raúl Díaz le dice a Ceruto que lo saque de allí.

—Sí, nosotros te sacamos, pero te sacamos de noche. De día no puede ser. Esto está lleno de guardias.

—Bueno, nosotros nos vamos, pero volveremos todos los días por aquí.

—Entonces, mañana nos vemos.

Piensan que el campesino los va a delatar y emprenden una rápida retirada del lugar. Caminan ese día y parte de la noche, en sentido contrario, hacia el oeste.

El día 11 Sotolongo ya no puede más. Una fiebre de 40 lo abrasa, tiene los labios partidos y comienza a divagar. Le es muy difícil caminar, casi se arrastra. Tratan de avanzar por el monte. Ven a un carbonero de la zona y le piden ayuda.

—Sí, señor, Alfredo Reytor, para servirle a usted.

Es el mismo que sirvió de guía a la columna la noche antes de la dispersión.

Reytor los traslada a la zona de Agua Fina donde viven varias familias de carboneros. En la casa del campesino se les unen el día 12 los expedicionarios Enrique Cámara, Norberto Godoy, Sánchez Amaya y Mario Chanes, que estaban escondidos por esa misma zona.

El grupo completo recibe después ayuda en las casas de Alfredo Cantero y Agustín Oliva.

Ya a la altura del 18 de diciembre el grupo de Sánchez Amaya se separa de Raúl Díaz y de Sotolongo. Este continúa con fiebre y muy débil. Se habla de la posibilidad de conseguir alguien que lo pueda inyectar, y Augusto Cabrera se ofrece para traer a caballo a Pepe Tamayo, quien presta esos servicios en la zona.

El expedicionario Esteban Sotolongo en unión de Pepe Tamayo.



El expedicionario Gabriel Gil junto a Antonio Borges en Río Nuevo.



El 23 de diciembre, y en espera de la gestión de Cabrera, Sotolongo y Raúl Díaz pasan a la casa de Antonio Borges, en Río Nuevo. Allí encuentran al expedicionario Gabriel Gil.

Gil había salido de Alegría de Pío en dirección opuesta a Sotolongo y Raúl Díaz. Cruza tres campos de caña y se detiene. Oye cantar un gallo y piensa:

—Por aquí tiene que haber casas cerca. Llega a la guardarraya y siente voces. Se aleja. Camina un buen rato y, al cabo, en la madrugada del día 6, divisa la casita de Antonio Borges. Se esconde en un cayo de monte.

Al amanecer, comienza a observar la casa. Hay un camino por el medio. No tiene otra alternativa que permanecer donde está. Ve cómo el campesino sale de la casa en una yegua y se aleja.

Espera durante toda la mañana a que regrese. Llega cerca de las once. Entonces, decide acercarse y toca en la puerta. Borges lo invita a pasar. El expedicionario todavía va vestido con el uniforme verde olivo.

—Soy de los que están dispersos y no sé por dónde coger.

—Quítese la ropa, las botas, toda la cosa esa y póngase esta ropa, las alpargatas y este sombrerito.

Le dice a su mujer:

—Oyeme, dale agua a este hombre y un poco de comida.

Gil devora un plato de huevos fritos y boniatos. Cuando está terminando sienten el ruido de un jeep. Son un cabo, un sargento y dos más. Antonio le dice:

—Agarre la yegüita esa, la misma que vio, y salga para allá, para el monte. ¡Rápido!

Borges cruza a la casa de enfrente para despistar a los soldados. Sale de nuevo y el sargento le dice:

—Nosotros estamos de recorrido por aquí, buscando a los que están regados. Nosotros sabemos que por esta zona hay. Si usted conoce alguno, si sabe dónde hay alguno, lo lleva al cuartel y lo presenta, que no van a tener problemas.

Después que parte el jeep, Antonio busca a Gabriel Gil.

—Dicen los soldados que el que se quiera presentar está garantizado.

—Mire, Antonio, yo no me puedo presentar porque yo soy de los del Moncada, y no me puedo dejar agarrar vivo.

—Conmigo no tiene problemas, yo lo voy a esconder.

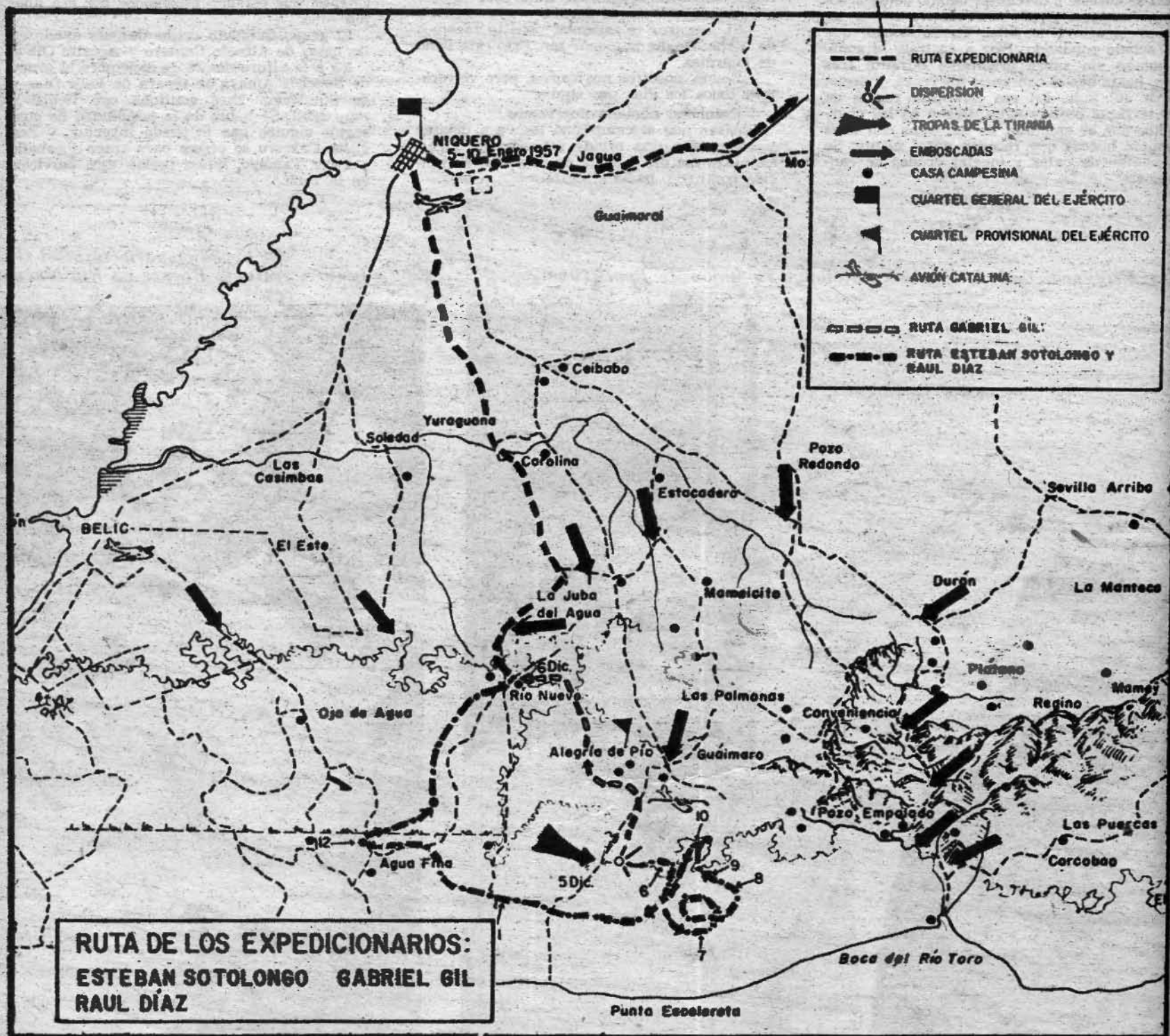
Permanece en el montecito varios días. Antonio le lleva comida al mediodía y al caer la tarde. Duerme en el suelo, en un saco. Una noche llueve torrencialmente. No puede estar acostado. Se mete debajo de un árbol, pero se sigue empapando.

—Ya usted no se va a mojar más —le dice Antonio al otro día.

Busca unas yaguas y unas pencas de guano y rápidamente construye un ranchito a dos aguas de más o menos un metro de altura. Allí permanece escondido Gabriel varios días más.

El 23 de diciembre llegan Sotolongo y Raúl Díaz a la casa de Antonio Borges.

Permanecen escondidos un tiempo más. Antonio hace contacto con el Movimiento y el 18 de febrero de 1957, una madrugada, por Niquero, salen para subir la Sierra e incorporarse al Ejército Rebelde, que ya ha sostenido sus primeras acciones victoriosas.



EL DIENTE DE PERRO

LA meseta cársica del suroeste de la región oriental, se caracteriza en buena parte de su extensión por una superficie perforada y erosionada en la que predomina el tipo de roca caliza llamada "diente de perro".

La configuración del diente de perro resulta sumamente ingrata para el tránsito del hombre. Los filos y las puntas de esta roca laceran los pies y destroran prácticamente cualquier tipo de calzado. Una caída al caminar sobre esta escabro-

sa superficie puede tener para un ser humano peligrosas consecuencias.

En el diente de perro son frecuentes los hoyos profundos y las cavernas. El mar ha abierto, además, cientos de miles de cuevas a lo largo de toda la cara frontal de las terrazas emergidas. Furnias enormes, como la de Morjote, con una profundidad de sesenta metros, cortan a menudo el paso de los caminantes.

El suelo se presenta en ocasiones desnudo de toda vegetación, y a veces cubierto por pequeñas porciones de arcilla roja donde crece una flora característica.

Es difícil sostener la vida humana por un tiempo prolongado en el diente de perro. Llueve muy poco, y sólo quedan las huellas de cauces fósiles de arroyuelos que debieron escurrirse por ocultos sumideros. A la ausencia de agua se añade la escasez de una fauna comestible por el hombre. Sólo los cangrejos, dueños absolutos de la roca, y algunas especies de reptiles, pueden calmar el hambre del que se aventura por estos parajes desolados, donde la presencia humana apenas ha dejado una huella sensible.



El expedicionario Luis Crespo sostiene un cangrejo semejante a los que habitaban en la zona hace veinte años, y cuyas muelas constituyeron muchas veces el único alimento de los combatientes durante varios días.

Así es el monte al sur de Alegria de Pio. Sobre este diente de perro caminaron o establecieron campamento, a veces durante varios días, muchos de los combatientes después de la dispersión.



Dos de las formas utilizadas por los expedicionarios para beber el agua depositada en los huecos del diente de perro. En algunos casos, a la izquierda, se empleaba una ramita hueca como absorbente. Esta agua contenía generalmente larvas y elementos orgánicos en estado de descomposición.



En los huecos del diente de perro y las solapas o cuevas como la que muestra la foto, se ocultaban o refugiaban los expedicionarios durante las marchas por el monte después de la dispersión.

LA SIERRA ES EL OBJETIVO

PABLO Díaz sale del combate de Alegría con Universo, Juan Manuel Márquez y Fidel. Algunos soldados disparan hacia el lugar donde se encuentran. Pablo salta entonces una guardarraya bajo un fuego nutrido, se tira del otro lado y se parapeta detrás de unos troncos. Dispara algunas balas y regresa cuando el tiroteo aminora, pero ya no ve a Fidel ni a Juan Manuel.

Se retira hacia el sur por dentro de la manigua, hasta que penetra en monte firme. Sigue avanzando. Lleva dos fusiles: uno inservible que tiene las estrias desgastadas y un Mendoza mexicano. Se deshace del primero y continúa.

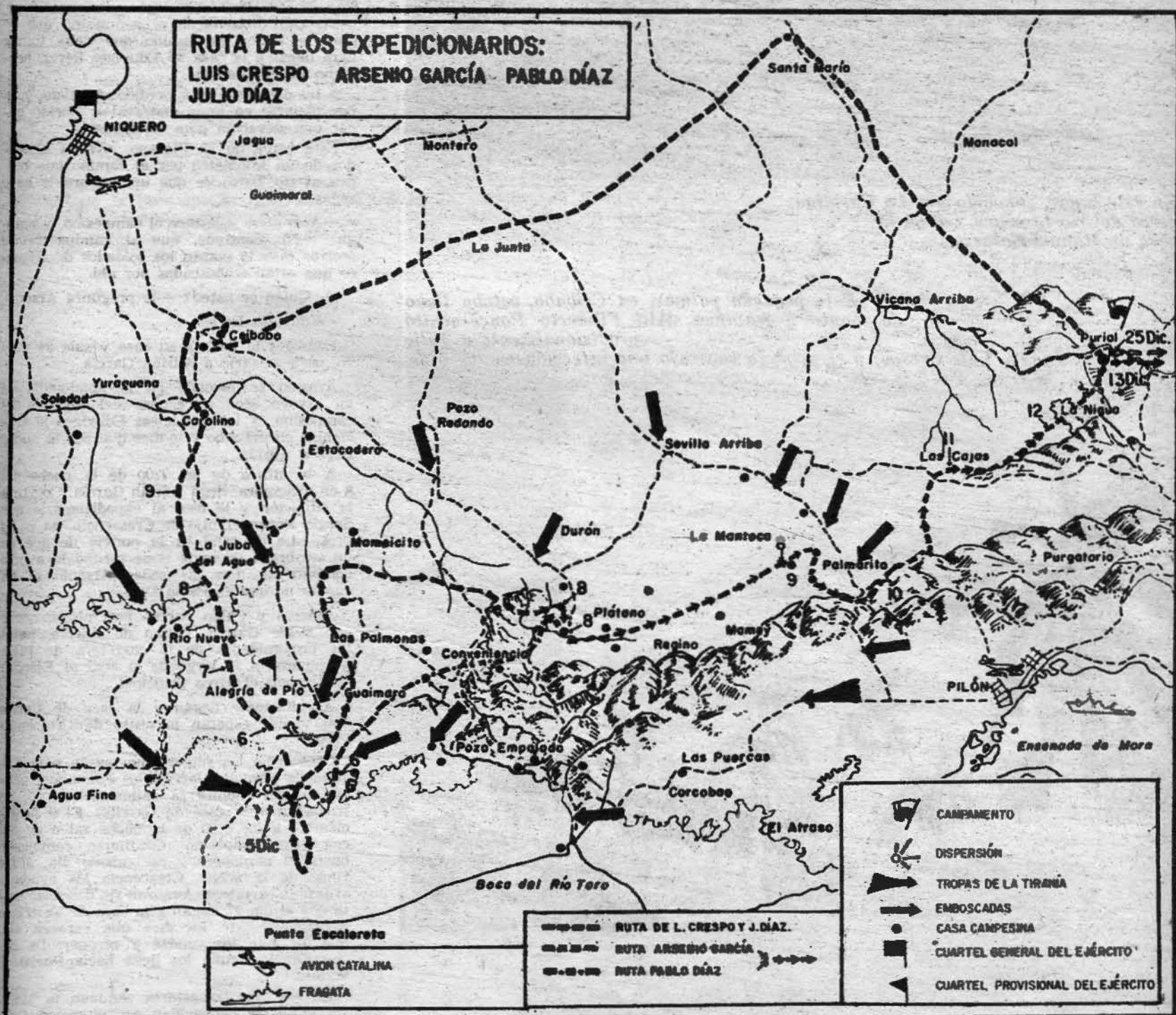
Al caer la noche se parapeta detrás de una depresión del terreno donde hay un árbol grande y se queda dormido.

El día 6 Pablo continúa en el monte y es sorprendido por la aviación. Una bala le parte el fusil. Decide cambiar el rumbo hacia el norte y se interna de nuevo en la caña. Pasa por el Alto de la Esperanza y sigue avanzando hasta el Alto de la Conveniencia, cerca de la casa de Agustín Roca. Allí lo recogen Pablo García y Sergio Pérez. Hacia las 3:00 de la tarde del día 7 llega a la casa de Cota Coello y después se traslada a la casa de Pablo García, en El Plátano. En la casa de este campesino pasa la noche.

Ya Guillermo García se encuentra de recorrido por la zona en busca de expedicionarios. El día 7 hace contacto con Pablo Díaz. Pablo pasa a la casa de Adrián García, padre de Guillermo, el día 8.

Arsenio García decide retirarse en un momento del combate. Comienza a arrastrarse hacia el monte que se encuentra a su espalda. En esa operación se cruza con Cándido González y Jesús Reyes, que van a protegerse internándose en el cañaveral. Les dice que mejor protección brinda el monte, pero el momento no es propicio para razonamientos. Continúa el avance solo y observa cómo comienza la candela por una de las esquinas del campo de caña.

Arsenio gana el monte y se protege tras un árbol. Comienza a disminuir el tiroteo. Desde su posición no puede ver al enemigo. Hace tres o cuatro disparos más con su fusil belga de mirilla telescópica. Queda a la expectativa tratando de identificar cuanto rui-





En este lugar, conocido por La Carolina, cerca del río Limones, estaba la casa de Manuel Galarza.

Este pequeño palmar, en Ceibabo, estaba lleno de monte y manigua. Allí Filiberto Ponce ocultó provisionalmente a Julio Díaz y Luis Crespo, y el primero contrajo una infección en los ojos.



do escucha. Así permanece todo el día 5 hasta que las sombras de la noche lo ocultan.

El expedicionario comienza a caminar el día 6 con la esperanza de encontrar algún grupo de las fuerzas dispersas. Llega cerca del mar. Camina unos 400 metros por el borde de las terrazas, y decide cambiar el rumbo hacia el norte. Allí no hay agua y en la caña, por lo menos, puede mitigar la sed. Reconoce que ha vuelto al lugar donde habían sido sorprendidos el día anterior, y sigue avanzando hacia el noreste. Después de una larga jornada, divisa las estribaciones de la Sierra Maestra.

Llega a Las Palmonas y entra en una de las casas. La dueña es conocida por el apodo de "La Gallega". Lo atienden y le brindan ayuda. Después de comer huevo frito y yuca, Arsenio le comunica a la Gallega su decisión de reagruparse con los compañeros sobrevivientes. La campesina le ofrece a su hijo de guía que dice lo llevará a un lugar seguro.

La noche del 7 de diciembre emprenden la marcha. En la jornada se cruzan con un campesino que les comunica que Corino Hernández ha trasladado a un expedicionario llamado Albentosa hacia Niquero.

—No se preocupe, que si fue con Corino está en buenas manos.

Un rato más tarde, el campesino que lo guía le indica el camino que debe tomar para llegar a la casa de Eduviges Pérez, hermano de Crescencio.

A las dos horas está perdido. Agotado, opta por meterse en unos matorrales. Decide ganar una elevación para orientarse.

Está cerca de El Plátano. Avanza alrededor de un kilómetro por el camino que bordea al río Toro. Ve que un hombre le hace señas.

—Acérquese —le dice el campesino, y agrega: —No continúe, que si camina veinte metros más lo matan los soldados de Niquero que están emboscados por ahí.

—¿Quién es usted? —le pregunta Arsenio.

—Eduviges Pérez.

Eduviges lo lleva a su casa y sale de nuevo, para avisarle a Adrián García.

Arsenio se esconde en la hondonada de un arroyo seco en espera del regreso del campesino. A las dos horas Eduviges le trae comida en un cubo y le dice que por la noche llegará Adrián.

A la altura de las 7:00 de la noche del 8 de diciembre, llega Adrián García. Comenta la situación y le dice al expedicionario que Sergio Pérez, el hijo de Crescencio, ha caído preso. Le da también la noticia de que en un sembrado de maíz tiene escondido a otro combatiente. Por las señas Arsenio se da cuenta de que es Pablo Díaz.

Arsenio y Pablo parten esa misma noche con Pablo García, vecino de Adrián, hasta las proximidades de la carretera de Pílon a Niquero, a lo largo de la cual el Ejército ha tendido el cerco principal.

Al amanecer llegan a la casa de Carlos Mas, donde esperan la visita de Crescencio Pérez.

Crescencio les sugiere que pasen a la finquita de Perucho Carrillo en Palmarito, para que se les facilite la salida del cerco. Se trasladan a la casa de Carrillo. El 9 de diciembre a las 8:00 de la noche salen de allí con otro campesino. Continúan caminando hasta el amanecer y ese mismo día, a las 10:00 de la noche, Crescencio los ayuda a cruzar la carretera. Avanzan sin descanso hasta que el día 11 llegan a la casa de Valeriano Rodríguez. Este les dice que esperen allí, que un guía los vendrá a recoger. De noche, Onelio Acuña los lleva hacia Furiel de Vicana.

En los días posteriores caminan la Maestra y allí se encuentran con el expediciona-

rio Mejía del Castillo. El 21 de diciembre, Pablo y Mejía bajan a Bayamo para hacer contacto con el Movimiento. Arsenio baja en enero con destino a La Habana y posteriormente se incorpora a la guerrilla.

* * *

—¿Qué es lo que les sucede? ¿Qué desean?

—Mire, usted sabrá que tuvimos un encuentro ahí, nosotros somos de los de Fidel Castro, pero no sabemos si ha muerto mucha gente de nosotros.

—Yo no sé. Si ustedes no saben que vienen de allá, nosotros no sabemos.

—Queremos que usted nos indique por dónde debemos coger para llegar a Colorado de Media Luna.

—Miren, esto está aquí tremendo, ametralladoras en todos los caminos. Aquí la única manera de ir a Colorado es pasando ese arroyo que está ahí, enfilar por ese trillo y coger hacia el norte, que van a parar, atravesando monte firme, a un potrero que sale a La Dominica. Pregunten por La Dominica, digan que van a Colorado de Media Luna.

Los expedicionarios Pedro Sotto Alba y Miguel Saavedra caminan sin descanso siguiendo las indicaciones que les ha dado el campesino César Ceruto. Han logrado escapar a los tiros de Alegría de Pío. Avanzan durante toda la noche y el día 6 ya han salido a la zona de Gorito, cerca de Media Luna. Llegan a la casa de Caridad Rodríguez, prima de Pedro. Caridad les dice que no pueden quedarse allí porque aquello está infestado de guardias, y los esconde en una cueva.

Saavedra se desespera. Piensa que los van a descubrir y decide buscar el camino a Manzanillo. Habla con Caridad, y ésta le advierte que es peor que se vaya, pues su aspecto no es el de un campesino. Tiene toda la cara arañada y con facilidad lo pueden

descubrir. Saavedra no oye razones y sale al camino.

Después de caminar un rato ve venir un jeep y le hace señales para que se detenga. Es el jeep del asesino Caridad Fernández.

“Lo montaron en el medio, lo interrogaron —anota Sotto Alba en su diario—. De Media Luna lo llevaron a Niquero y de ahí otra vez para Media Luna, donde lo asesinaron cobardemente, pero supo morir como todo un hombre, como saben morir todos los verdaderos revolucionarios.”

Pedrin Sotto permanece escondido en un campo de caña hasta que el Gallego Pérez lo lleva a su casa, en la zona de Aguacate. Allí se queda un tiempo y pasa después a Campechuela, donde se pone en contacto con los miembros del Movimiento. Entrado el año 1957 parte hacia la Sierra Maestra.

* * *

Luis Crespo y Julio Díaz también escapan del fuego enemigo en el combate de Alegría de Pío. Se esconden en los cañaverales y avanzan con dificultad. La jornada es difícil. Se alimentan de caña y no encuentran agua en todo el camino. Toman rumbo norte, hacia Carolina.

Una vez que salen de la zona tratan de observar todas las precauciones. Cada vez que llegan a un claro se detienen a observar, y pasan de la manigua a las cañas por dentro de las siembras. Las armas y las mochilas se han perdido en Alegría de Pío. Julio Díaz va extenuado. Luis Crespo resiste mejor la caminata.

Alrededor del 9 de diciembre atraviesan la zona de La Centella y se acercan al río Limones.

Amador y Filiberto Ponce se encuentran en La Carolina, en la casa de Miguel Galarza, cuando llegan los dos expedicionarios. Les ofrecen el potaje de judías, la yuca y el

arroz que estaban preparados. La familia les da a Crespo y a Julito unas ropas de paño, y Crespo les deja cuanto tiene: 20 pesos mexicanos.

Los campesinos les indican el camino y los hermanos Ponce los acompañan. Pasan un río y llegan a Ceibabo. Allí se cercioran que no hay guardias por los alrededores y cruzan el caserío. Salen de nuevo al campo y duermen en un montecito cercano.

A la mañana siguiente Julio Díaz amanece enfermo. Los ojos le supuran. En esas condiciones pasan dos días escondidos en el lugar hasta que Filiberto los lleva a su casa.

La casa de Filiberto en Ceibabo está a unos 25 metros del camino de Yuraguana a Las Palmonas, y desde allí ven pasar los camiones de guardias que se dirigen hacia la zona de Alegría.

Se reciben noticias de que Fidel está vivo. Los expedicionarios hablan con Filiberto la posibilidad de llegar a la Sierra.

Salen tomando rumbo nordeste y atraviesan campos de caña y potreros. Descansan en montes que les brindan protección, y alrededor del 16 de diciembre llegan a Santa María, a la casa de Juan Peña. Desde allí tratan de hacer contacto con la familia de Mongo Pérez.

—De aquí no se va nadie porque el guardia está como pelos de perros —dice Peña cuando alguien sugiere que los expedicionarios abandonen la casa—. Nosotros los cuidamos y no va a pasar nada. Si toda la vida tienen que estar aquí, aquí estarán.

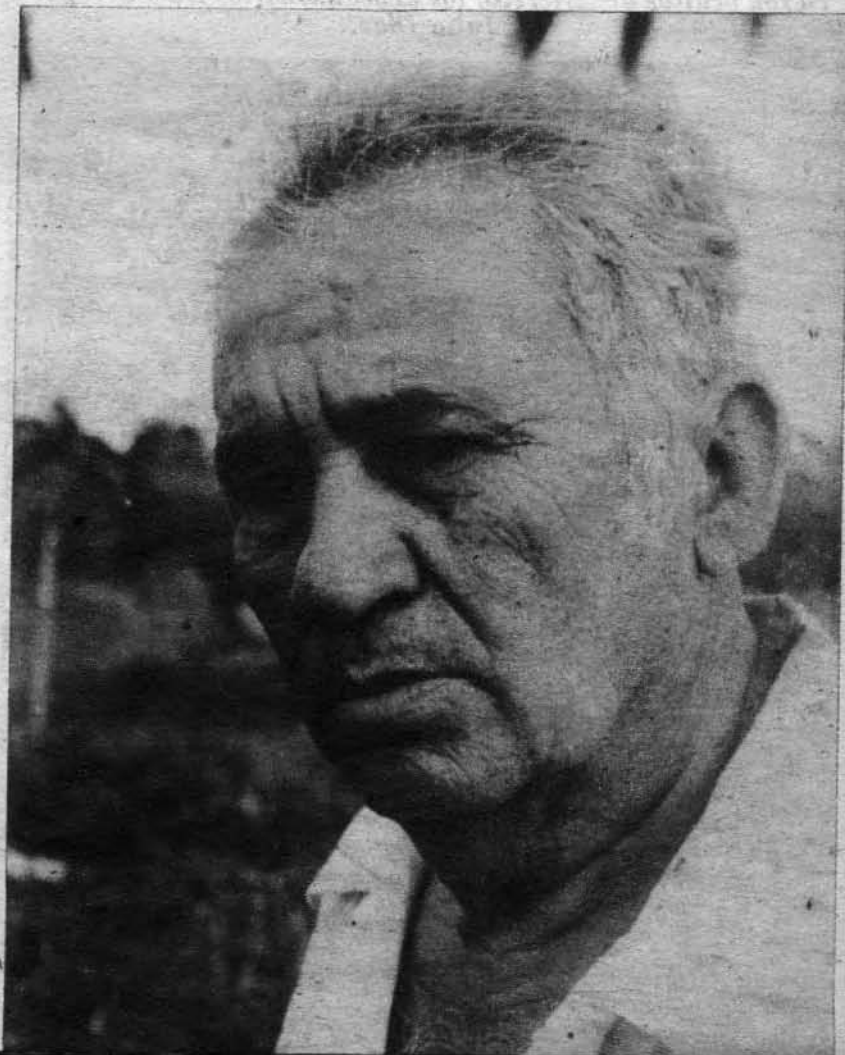
De Manzanillo le mandan a Juan las direcciones hacia donde debe enviar a los combatientes. Juan envía a Jalisco Basterrechea a la casa de Mongo Pérez con un mensaje, y Mongo le responde que no hay problemas para recibir a Crespo y a Julito.

El 26 de diciembre, de madrugada, marchan hacia Purial de Vicana, para de allí seguir a unirse al grupo de hombres que dirige Fidel, que ya ha emprendido el camino de la Sierra.

Edwige Pérez.



Filiberto Ponce.

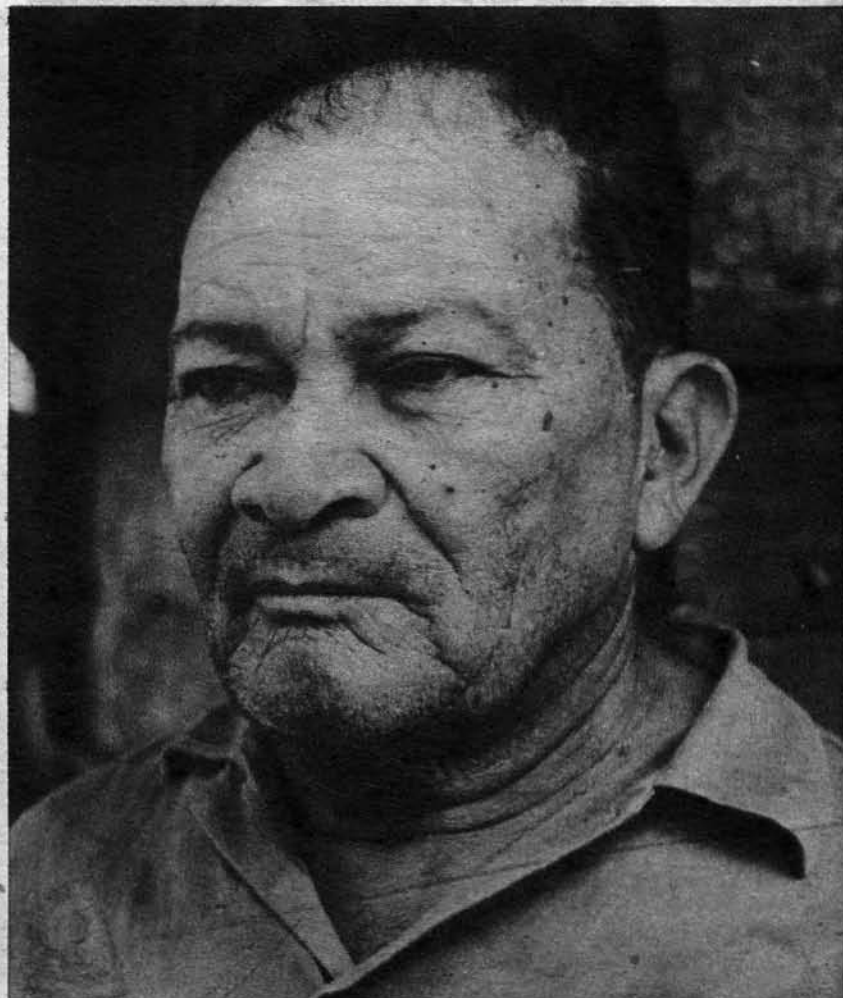




En este lugar estaba la casa de Filiberto Ponce, en Ceibabo.

Matas de mango de la finca de Juan Peña donde permanecieron ocultos del Ejército los expedicionarios Luis Crespo y Julio Díaz.

Juan Peña.



LOS CALIXTOS

CALIXTO García, Calixto Morales y Carlos Bermúdez logran internarse en un cañaveral durante la retirada en Alegría de Pio.

Sin rumbo fijo avanzan como cuarenta metros por entre las cañas pensando que algunos compañeros más pudieran reunirse con ellos. Pero no encuentran a nadie. Al parecer, quedan sólo ellos tres en el cañaveral. Se plantean cómo y en qué forma pueden burlar el cerco tendido por el Ejército. Llegan a la decisión de permanecer allí, a pesar de que los soldados prenden candela al campo de caña que está frente a ellos.

Al otro día, desde las primeras horas de la mañana, la aviación ametralla sin cesar la zona donde están los tres expedicionarios. Al llegar la noche aparecen los guardias y comienzan a ametrallar los cañaverales.

Con el amanecer del día 7, viene de nuevo la aviación y ametralla el lugar en el que permanecen ocultos los tres combatientes. La sed y el hambre hacen más desesperante la situación en que se encuentran. Han decidido no cortar siquiera algunas cañas para alimentarse, ante el peligro de hacer ruido y ser descubiertos. Llegó otra noche, y de nuevo los soldados disparan hacia los cañaverales. Al amanecer del día siguiente, los aviones no aparecen. Los tres expedicionarios deciden salir entonces. Antes montan sus fusiles por cualquier eventualidad.

Todo está aparentemente en calma. Avanzan un trecho y ven algunas casas cercanas, pero deciden ir por otro rumbo ante la posibilidad de que haya soldados. Finalmente, deciden internarse en el monte y caminar todo el día con el fin de alejarse de esta zona. Al anoecer, extenuados, han llegado casi al borde de las terrazas superiores. Deciden descansar sobre el diente de perro. Durante toda la noche los cangrejos les hacen compañía. Atrapan uno y se lo comen crudo.

En las primeras horas del 9 de diciembre emprenden la marcha hacia el sol. Continúan caminando y al fin llegan a un cañaveral. Van avanzando con muchas precauciones. Emprenden de nuevo la marcha y ya de noche llegan a Boca del Toro, después de pasar cerca de Pozo Empalado. Allí permanecen toda la noche.

A la mañana siguiente, logran cruzar el arroyo de Pozo Empalado con muchas dificultades y casi delante de una emboscada de soldados. Atraviesan el río Toro cerca de la casa de Eusebio Benítez. A la carrera se meten por un campo de cortadera y dejan atrás a los guardias. Comienzan a subir hacia Nuevo Mundo y llegan por la noche a la bodega de Luis Cedeño, donde comen algo.

Los tres expedicionarios continúan avanzando. Suben la loma del Muerto y pasan a Los Chorros. Llegan a la finca de José La-

brada. Allí los recoge Carlos Mas y los pone en contacto con Guillermo García, el 11 de diciembre.

Guillermo deja a los tres combatientes en casa del campesino Perucho Carrillo, en Palmarito, en espera de que el Ejército levante el cerco en la carretera de Pilón. Allí coinciden con cuatro sobrevivientes del grupo de Smith, los expedicionarios Gino Donné, Armando Huau, Enrique Cueles y Rolando Moya.

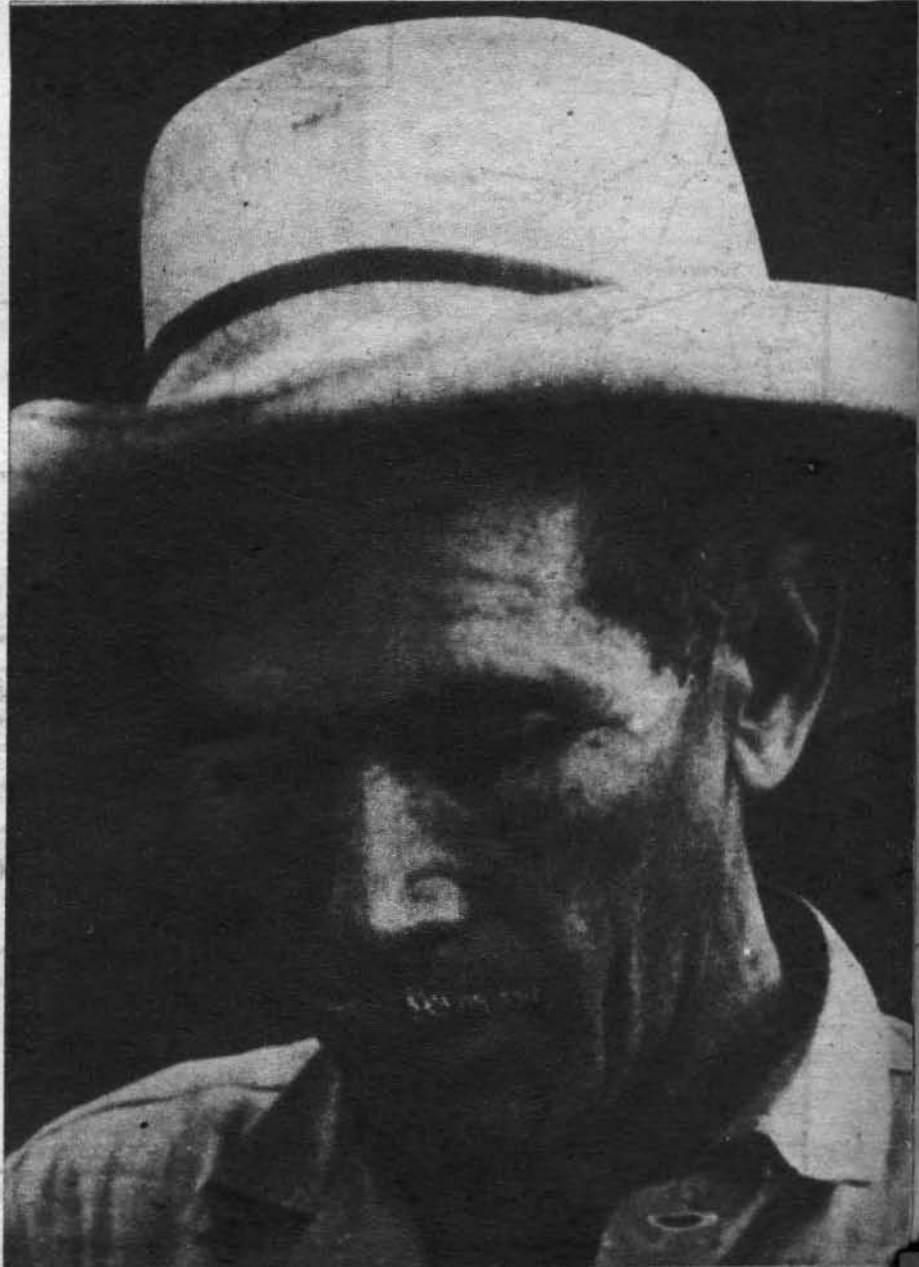
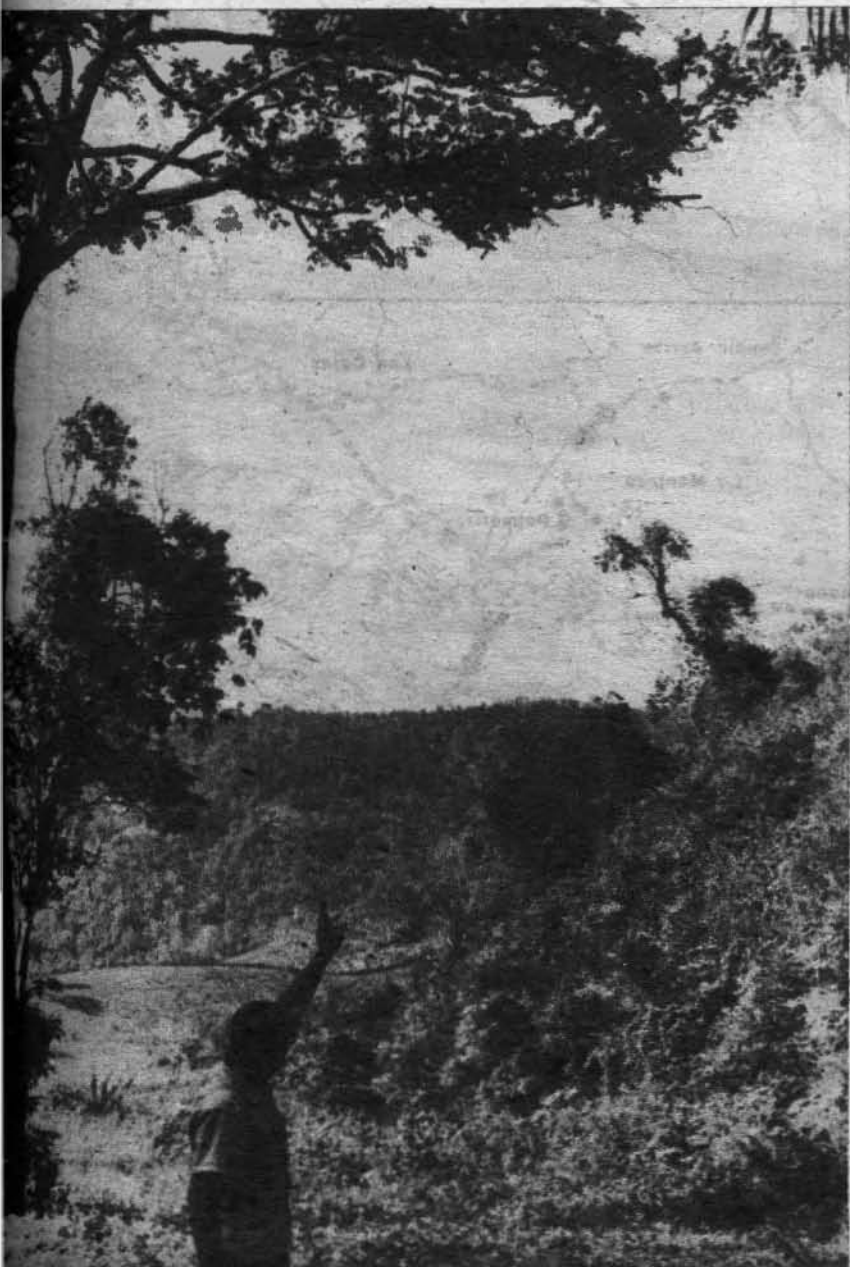
Cuando el Ejército levanta el cerco el día 15, el grupo completo continúa viaje rumbo a las montañas. Bermúdez no puede casi caminar y Morales lo hace con mucha dificultad.

El día 16, "los tres Calixtos" —como les llaman ya los campesinos— pasan Purial de Vicana y llegan a las minas de Manacal. Allí un campesino los conduce hasta Manacal Arriba, a la casa donde está Crescencio Pérez.

Esa misma noche Crescencio recibe un mensaje de que baje urgentemente a Purial de Vicana. Calixto Morales lo acompaña. El 17 de diciembre, en la finca de Mongo Pérez, se reúnen por primera vez con Fidel. Calixto García y Carlos Bermúdez llegan el propio día 17 al Cilantro, a la casa de Mariano Piña. Allí permanecen varios días, ya que Bermúdez no puede caminar, hasta que reciben un mensaje de Fidel con instrucciones. El 27 de diciembre, en camino hacia la Sierra, se unen finalmente al Ejército Rebelde.

Carlos Bermúdez señala el lugar por donde bajó al Toro en unión de Calixto García y Calixto Morales.

Perucho Carrillo.



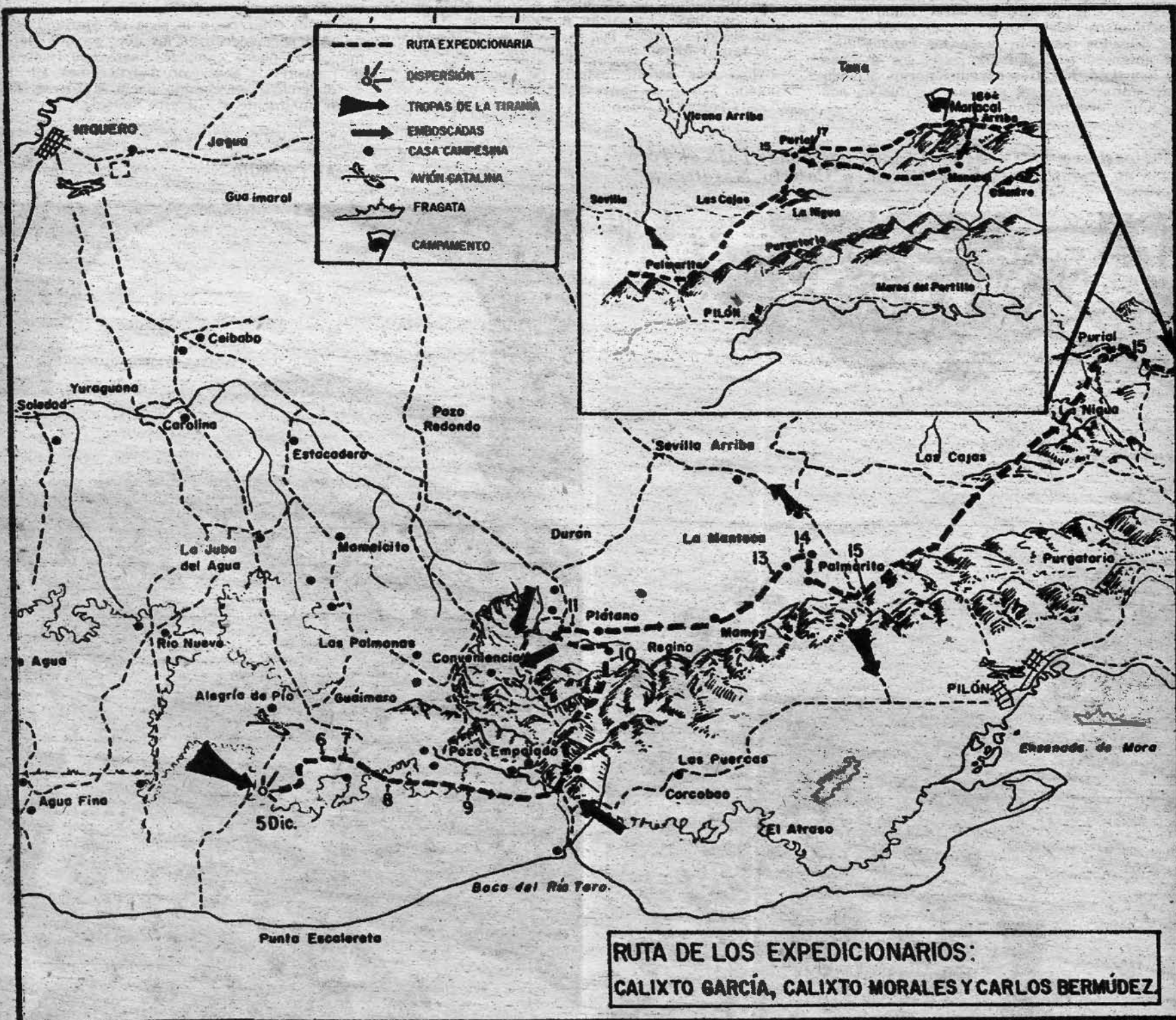
RELATO DE CALIXTO GARCIA

Al amanecer seguimos avanzando. Llegamos a una casa. Aquello estaba minado de soldados por dondequiera. Una señora nos dio un poco de comida. Un muchacho pasó a caballo. Cuando nos vio, echó a correr asustado, ya que los guardias estaban cerca. Tuvíamos que aprovechar ese tiempo para salir del lugar, por si acaso el muchacho era interrogado. Empezamos a subir la altura de Boca del Toro con el Ejército detrás de nosotros. Ellos tenían la seguridad de que nosotros no podríamos salvar las alturas de Boca del Toro. Cuando se llega al arroyo, hay un precipicio como de unos treinta metros. Logramos salvar ese precipicio bajando por unos bejucos, amarrados a los palos, con los fusiles atravesados. Al llegar al arroyo, tomamos agua, que hacía bastante tiempo que no lo hacíamos. Muy cerca

estaban los soldados que empezaron a disparar hacia el lugar donde habíamos estado momentos antes. Dije a los compañeros:

—Vamos a avanzar rápidamente para salvar el fuego de la fragata y de los soldados.

Al fin avanzamos. Eran como las tres de la tarde. Nos escondimos detrás de unos palos y allí permanecimos hasta el anochecer. Eran horas interminables, con el fuego de los soldados y de la fragata por uno y otro lado. Al oscurecer, seguimos avanzando y encontramos una familia en las cercanías de Boca del Toro. Eran varios hermanos, nos dieron galletas, dulce de guayaba y nos orientaron más o menos por dónde podíamos seguir.



**RUTA DE LOS EXPEDICIONARIOS:
CALIXTO GARCIA, CALIXTO MORALES Y CARLOS BERMUDEZ.**

Y NADIE LOS VIO

El grupo de expedicionarios se repliega por el monte. Se sienten descargas aisladas. Todos conservan sus armas. Juan Almeida, Ernesto Guevara, Ramiro Valdés, Rafael Chao y Reynaldo Benítez, han logrado reunirse después de la dispersión de Alegría de Pío. Su objetivo es llegar a la Sierra, pero no saben qué sendero tomar. Cuando la noche cae a plomo están exhaustos.

El día 6 continúan hacia el sureste por una zona de diente de perro y de vegetación abundante. No hay agua ni alimentos. El Che va herido en el cuello. Después de caminar un rato deciden esconderse en una cueva para esperar la noche y poder caminar con mayor protección.

Al amanecer del día 7 salen al borde del acantilado a la altura de Punta Escalereta. Descubren que el mar se extiende delante de ellos y que, además, allá abajo, frente al imponente

farallón, se divisan dos pequeñas lagunas de aguas verdes. Pensando que se trata de agua dulce, bajan por la vertical pared de piedra, pero las lagunitas se les pierden. Por la noche bajan más aún y llegan a la costa. Se bañan en una poceta excavada en la roca. El agua los ayuda a refrescar los cuerpos fatigados.

Almeida y Che van delante escudriñando el terreno cuando descubren un ranchito junto a la orilla y unos hombres durmiendo. Almeida se acerca con su fusil para sorprender a los que supone son soldados. Pero descubren que se trata de Camilo Cienfuegos, Pancho González y Pablo Hurtado, que han llegado a ese lugar caminando casi paralelamente a ellos. El grupo se refuerza con hombres y fusiles.

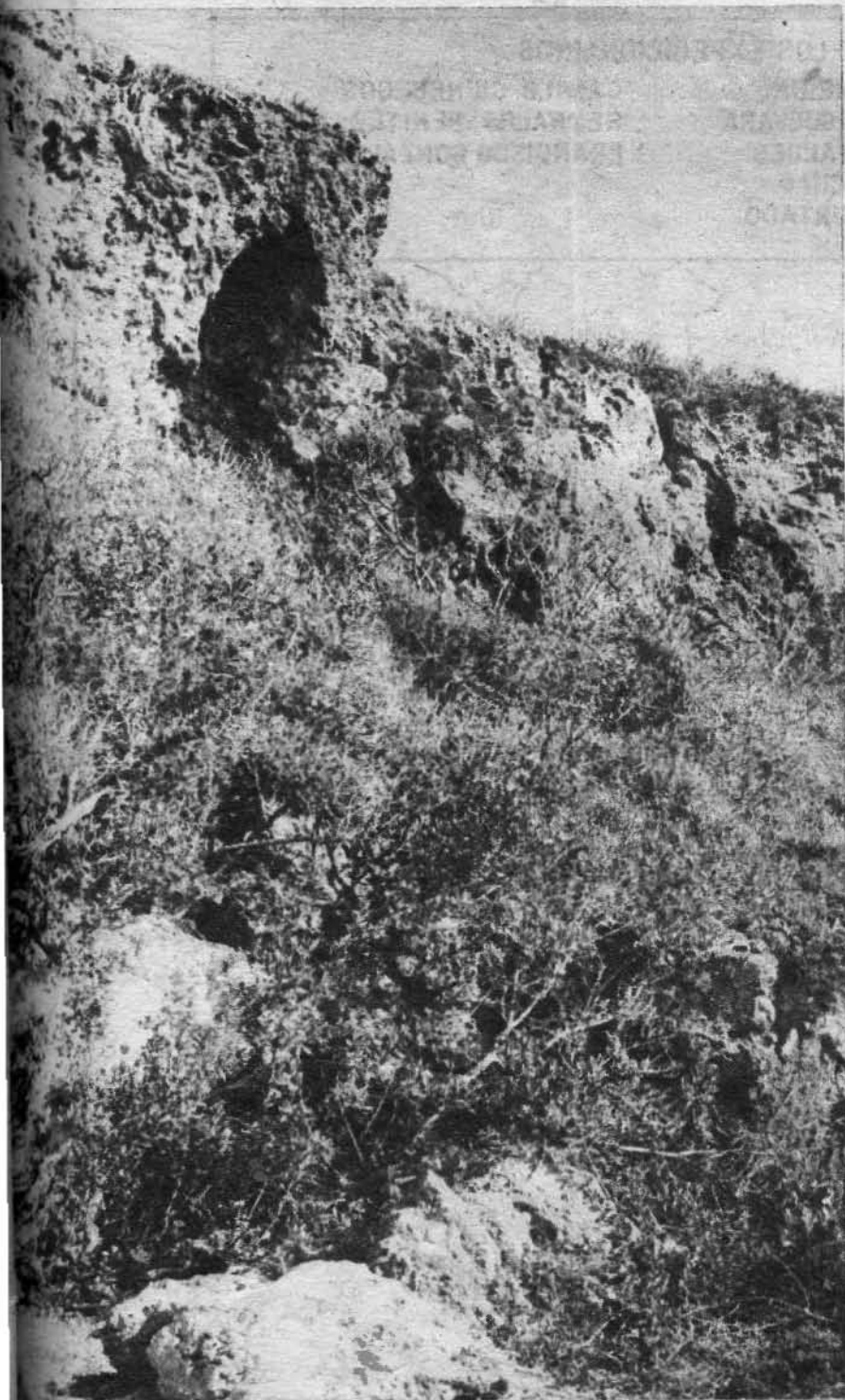
La jornada se repite a la noche siguiente, ahora junto al mar. La terrible diferencia es que cada vez sus energías son menores.

El día 10 no pueden continuar en esa dirección. Se los impide el farallón de Boca del Toro. Tuercen rumbo un poco al norte y descubren una casa. Se discute si deben llamar o no a la puerta. El Che no está de acuerdo. La vivienda le parece demasiado buena, como la de un campesino de posición acomodada.

Se comisiona a Benítez para que se acerque, pero cuando se aproxima descubre a un grupo de soldados. Los expedicionarios ignoran que se encuentran allí desde que dos días atrás han asesinado a ocho de sus compañeros. Es la casa de Manolo Capitán.

Se alejan apresuradamente por dentro de los arbustos hacia el farallón. Se esconden en una cueva. El agua les escasea y sienten al enemigo cerca. Hasta ahora no tienen ninguna información de lo que está sucediendo. Llevan cinco días caminando con los nervios en tensión y los fusiles preparados.

Farallones de las terrazas por donde bajaron los expedicionarios.



Una de las pequeñas pocetas de agua salada que vieron los combatientes cuando se asomaron al farallón.



Playita excavada en el farallón, donde presumiblemente se bañaron los expedicionarios Almeida, Che, Camilo y otros.



El día 13 llegan exhaustos a la casa de Alfredo González, en la loma de Regino. El campesino los recibe y les brinda alojamiento. Comen hasta que les hace daño después de ocho días en los que sólo han ingerido alguna que otra muela cruda de cangrejo.

En la mañana varios campesinos de la zona acuden curiosos a ver a los expedicionarios. Ofelia Arcís prepara una caja de dulces y tabacos, y sube hasta el alto desde Las Puercas. Los combatientes ofrecen un aspecto deplorable, con las ropas raídas y las tensiones de once días incrustadas en el rostro barbudo. Ofelia comienza a llorar.

—Dénle una tacita de café, que ella se ha emocionado al vernos —dice el Che.

Esa noche Ofelia, junto con su hijo Ibrahim Sotomayor, Rubén Naón y Argelio Rosabal, traen ropas para vestirlos de campesinos y así poderlos sacar. El lugar en que se encuentran no es seguro. Pablo Hurtado queda en la casa de Alfredo. Está enfermo y no puede caminar. Los expedicionarios esconden allí las armas.

Camilo se traslada a la casa de Ibrahim, y Ramiro y Benítez a la de Ofelia. El Che, Almeida, Chao y Pancho González se esconden en la casa de Argelio Rosabal en El Mamey.

En la mañana del día 14, Alfredo González llega a la bodega de Juan Peña en Corcobao. Juan se da cuenta de que viene nervioso.

—Yo quiero hablar con usted —le dice Alfredo.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Que ayer llegaron a la casa siete de los hombres que desembarcaron, y me han dejado a uno y todos sus rifles ahí, y yo no sé qué hacer.

—¿Tú no se lo has dicho a más nadie?

—No, yo no se lo he dicho a nadie.

Pero Alfredo antes ha hablado con Ramón Torres, y éste le avisa al Ejército. A las tres de la tarde ocupan la casa de Alfredo, recogen las armas y sacan de la cama a Pablo Hurtado.

Ofelia, que se ha enterado de la situación, corre a avisarle a su hijo Freddy para que saque a los tres combatientes a lugar seguro.

—No te preocupes —le contesta el hijo—. Los saqué a mediodía en punto y nadie los vio. Camilo está escondido en el pozo ciego y Ramiro y Reynaldo debajo de los bejucos de guaniquique.

El día 16 Guillermo García se reúne con el grupo de Almeida en la finca de Rosabal y los

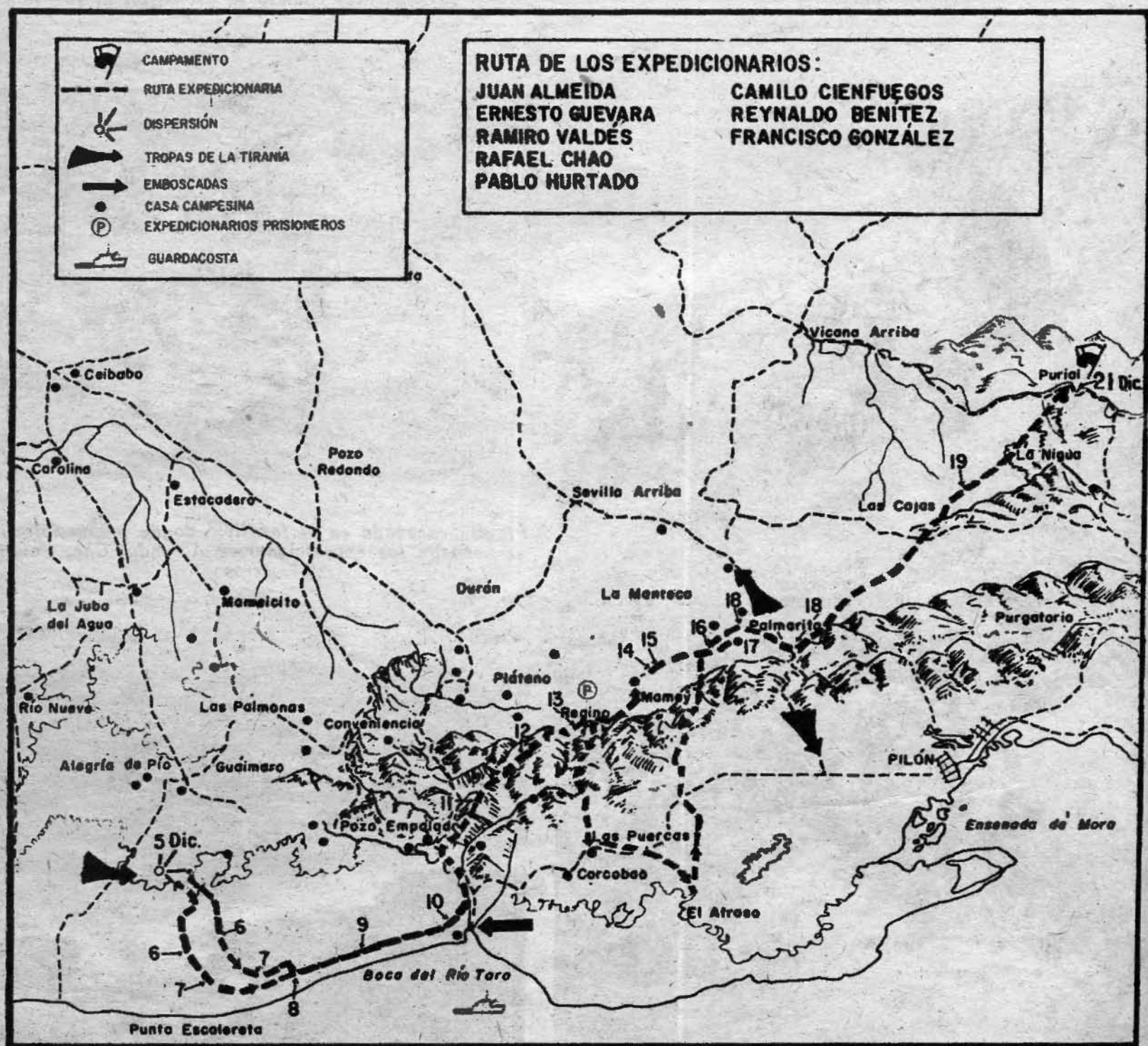
traslada a La Jita, finca de Carlos Mas en Palmarito.

El grupo de Camilo recibe un mensaje de Almeida en el que les dice que deben reunirse en la casa de Carlos Mas.

Salen de noche. Jesús Naón les sirve de guía. Al llegar a la carretera temen que los guardias los vean y pierden el rumbo. Llegan al Alto del Mamey. Al fin, el día 18 se reúnen todos en la casa de Perucho Carrillo. Varios campesinos de la zona les brindan ayuda. Los contactos están hechos para trasladarlos a Purial.

Al anochecer del 19 emprenden el ascenso de las lomas hacia la finca de Mongo Pérez guiados por Carlos Mas, Jesús Naón, Eustiquio Sosa y Ricardo Pérez Montano. Se detienen al llegar a la carretera de Pilón. Almeida cruza y se queda en el borde para proteger a los demás. Van por un camino entre Las Cajas y las estribaciones de la Sierra. Llegan a la loma del Café. No encuentran el guía que se supone ha mandado Crescencio y pierden unas horas.

En la madrugada del 21 de diciembre llegan al Purial. Fidel y Raúl están allí desde hace varios días. Dieciséis combatientes se encuentran en lugar seguro, dispuestos a iniciar la etapa decisiva de la lucha.





Ofelia Arcís.

*En una de las cuevas de este
acantilado se refugiaron
los combatientes
del grupo de Almeida.*

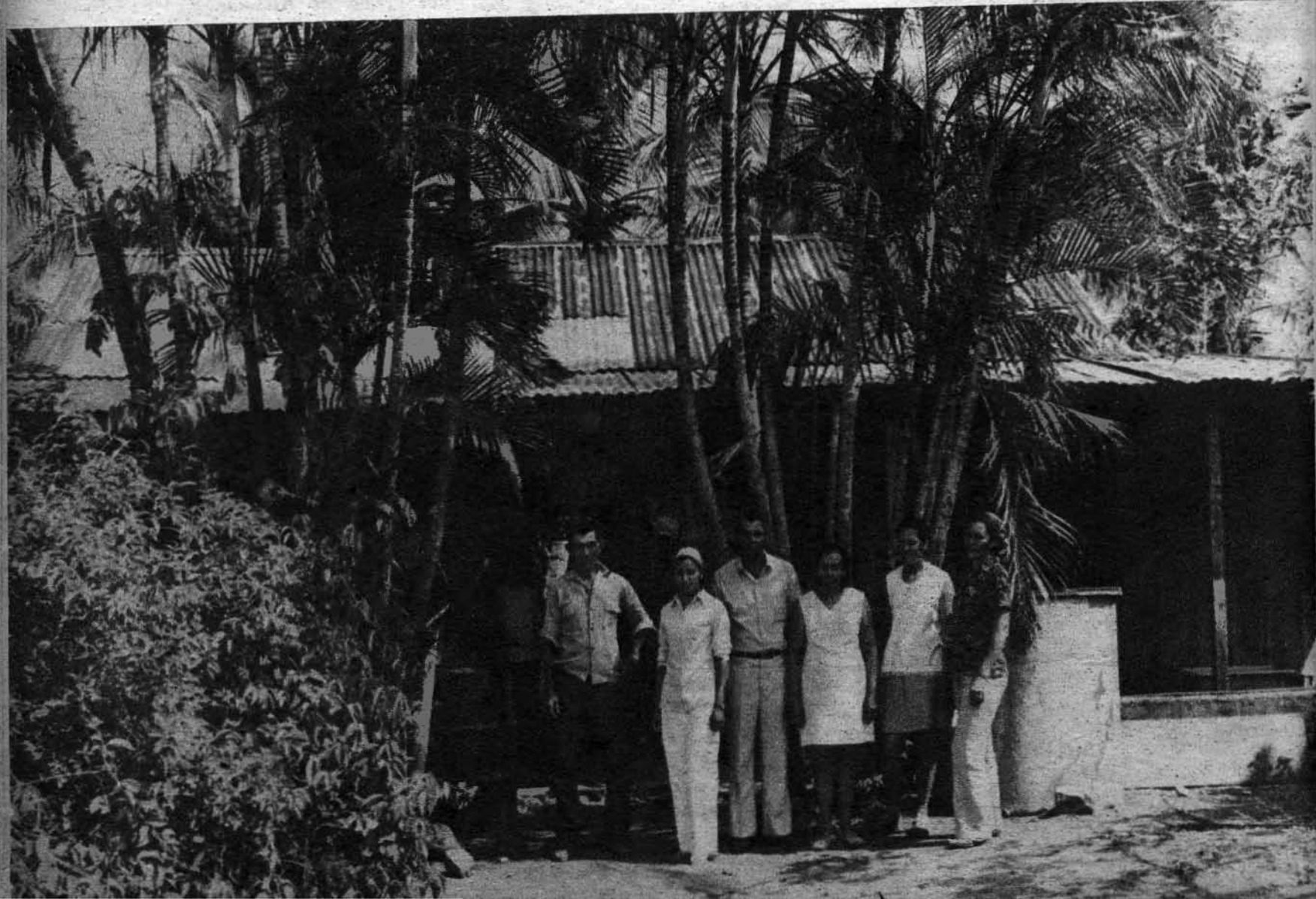
Altura sobre el río Toro.





La casa de Chuchú Iznaga, en Palmarito. Por aquí pasaron varios expedicionarios en su camino hacia la Sierra.

La familia de Florencio Orasma en la actualidad.



RELATO DE CHE

El grupo nuestro estaba integrado, si mal no recuerdo, por Pancho González, Ramiro Valdés, Almeida y yo; el otro por Camilo, Benítez y Chao; Pablo Hurtado quedaba enfermo en la casa.

Apenas nos fuimos, el dueño de la casa no pudo resistir la tentación de comunicar la noticia a un amigo para discutir dónde escondían las armas; éste le convenció de que podían venderse, entrando en tratos con un tercero, el que hizo la denuncia al ejército y, pocas horas después de haber dejado la primera hospitalaria mansión de Cuba, el enemigo irrumpió, tomaba preso a Pablo Hurtado y capturaba todas las armas.

Nosotros estábamos en casa de un adventista llamado Argello, a quien todos conocían como El Pastor. Este compañero, al enterarse de la infausta noticia hizo contacto rápidamente con otro campesino de la zona, muy conocedor de ella y que decía simpatizaba con los rebeldes. Esa noche nos sacaban de allí y nos llevaban a otro refugio más seguro. El campesino que conociéramos aquel día se llamaba Guillermo García, hoy jefe del Ejército de Occidente y miembro de la Dirección Nacional de nuestro Partido.

Después estuvimos en algunas otras casas campesinas; Carlos Mas, incorporado al ejército más tarde; Perucho, otros compañeros cuyos nombres no recuerdo. Una madrugada, después de cruzar la carretera de Pión, y caminar sin guía alguno, llegábamos hasta la finca de Mongo Pérez, hermano de Crescencio, donde estaban todos los expedicionarios sobrevivientes y en libertad —hasta el momento— de nuestras tropas desembarcadas, a saber, Fidel Castro, Universo Sánchez, Faustino Pérez, Raúl Castro, Ciro Redondo, Efigenio Ameijeiras, René Rodríguez y Armando Rodríguez. Pocos días después se nos incorporarían Morán, Crespo, Julito Díaz, Calixto García, Calixto Morales y Bermúdez.

Nuestra pequeña tropa se presentaba sin uniformes y sin armamento, pues las dos pistolas era todo lo que habíamos logrado salvar del desastre y la reconvencción de Fidel fue muy violenta.

Durante toda la campaña, y aún hoy, recordamos su admonición: "No han pagado la falta que cometieron; porque el dejar los fusiles en estas circunstancias se paga con la vida; la única esperanza de sobrevivir que tenían en caso de que el ejército topara con ustedes eran sus armas. Dejarlas fue un crimen y una estupidez".

Argelio Rosabal Fonseca.



Carlos Mas.



EN LINEA RECTA HACIA LA SIERRA

LOS combatientes Ciro Redondo, René Rodríguez, Efigenio Ameijeiras, César Gómez y Armando Rodríguez, siguen a Raúl Castro en la retirada de Alegria de Pio. Todos han conservado sus armas. Rápidamente atraviesan dos cañaverales en dirección al sur, hasta que llegan al monte. Toman rumbo al este y avanzan hasta la caída de la noche.

Al día siguiente, la aviación ametralla y bombardea constantemente la zona. Aunque están dentro del monte, los combatientes se han mantenido cerca de los campos de caña, con la intención de proveerse del único alimento seguro por todos los alrededores. Han decidido resistir el hambre y la sed dentro del monte, en espera de que la aviación cese su hostigamiento y el Ejército levante el estrecho cerco que seguramente ha tendido después del combate. Sienten el constante movimiento de las tropas y los disparos y descargas en la zona, pero mantienen un pequeño campamento con todas las precauciones posibles.

El día 8 creen encontrarse cerca de una casa. Han escuchado ladridos de perros y cantos de gallos. Deciden acercarse a observar y, de ser posible, obtener información. Se sienten débiles por el prolongado ayuno, el cansancio de la marcha por terreno tan difícil, y la falta de sueño. Pero no llevan a cabo el plan porque sienten algunos disparos en esa dirección, acompañados por ruido de camiones. Esa misma noche escuchan a

lo lejos un nutrido tiroteo. Puede haber sido la emboscada donde caen René Bedía y Eduardo Reyes Canto.

Finalmente, el día 10 deciden abandonar la monotonía sedentaria del bosque y comienzan a avanzar hacia el este, siempre por dentro del monte, eludiendo los caminos y tomando todas las medidas para evitar ser vistos.

El día 11 han alcanzado las altas terrazas cercanas al río Toro. Pueden divisar el mar en la lejanía, entre las ramas de los árboles, y en una ocasión ven pasar un guardacostas. Ya en esta zona las estancias son más numerosas dentro del monte. Cruzan sembrados de plátanos, yuca y maíz, pero aún no han tropezado con vivienda alguna. A media mañana llegan a un bohío. Raúl y Ciro se aproximan con cautela. Escuchan muchas voces. Es, al parecer, un campamento de soldados, por lo que se retiran nuevamente.

César Gómez no quiere seguir adelante. Los demás le advierten que si se queda allí pueden matarlo, pero insiste. En vista de ello, siguen la marcha después de recoger el fusil del que se queda. Gómez es capturado esa misma noche o al día siguiente.

Al mediodía del propio 11 de diciembre, sin haber salido del monte en estos seis días de hambre, sed y fatiga, los expedicionarios alcanzan el borde de las alturas sobre el Toro. Divisan al fin, a lo lejos, la airosa majestad de la Sierra Maestra, la ansiada meta del grupo. Siguen avanzando hasta que llegan a la loma del Blanquizal. Comienzan a

bajar el farallón. Raúl se adelanta. Cuando va llegando abajo ve que René Rodríguez le hace señas que regrese. Han encontrado al expedicionario Ernesto Fernández oculto en una herida de la roca. Ha sido una suerte, pues Ernesto les informa que poco más abajo está tendida una emboscada de los guardias.

Se quedan esa noche junto a Ernesto. Alrededor de las 10:00 de la mañana del día siguiente, llega al lugar Baldomero Cedeño con otro campesino, quizás Crescencio Amaya. Traen desayuno para el combatiente que tienen escondido. Al conocer la presencia de cinco nuevos expedicionarios, regresan por la tarde con almuerzo y agua suficientes para todos.

El día 13 se trasladan a un ojo de agua que está algo más arriba en la falda del acantilado. Los campesinos siguen atendiéndolos. Ese día limpian sus armas con luz brillante y aceite de higuera. Por la noche llueve fuerte y protegen los fusiles con los pocos sacos de que disponen.

Los aviones pasan regando volantes acerca de las garantías que se ofrecen a los combatientes que se entreguen. El grupo ha decidido continuar la marcha hacia la Sierra y pide que se les consiga un práctico. El estado de salud de Ernesto Fernández no permite que los acompañe. Ya los campesinos han traído la noticia de que Fidel está vivo y en camino hacia la Sierra.

En vista de que el guía no aparece, deciden salir solos en la noche del 14. Atraviesan el río Toro y suben la loma del Muerto. Evi-

El Blanquizal, al fondo, visto de costado desde las alturas que bordean el río Toro. Por dentro del monte de esta zona se acercó al farallón el grupo de combatientes encabezado por Raúl.



Julián Morales.

Luis Cedeño.



tan pasar cerca de Las Guásimas, pues los campesinos han informado la presencia de una tropa en el lugar.

Avanzan sólo de noche y con todas las precauciones necesarias. El día 15 llegan a la casa de Julián Morales, después de pasar El Chorro. Caminan otro trecho hacia adelante hasta la bodega de Luis Cedeno, donde compran unos viveres. Regresan luego a casa de Morales. La espantosa miseria de los campesinos de la zona es evidente. Raúl deja a ambos cartas de agradecimiento por la atención que han ofrecido al grupo.

Al amanecer del día 16 acampan en la zona de La Manteca, después de haber pasado por la casa de Ramón Coello. Escuchan un tiroteo. Armando Rodríguez sale a tratar de precisar la procedencia de los disparos, y es visto por un niño. Deciden reemprender la marcha. El día anterior un campesino los ha tomado por guardias rurales, y aprovechan el equívoco para poder avanzar con más seguridad en esta necesaria caminata diurna. Prosiguen todo el día sin detenerse, eludiendo en lo posible el contacto con los campesinos.

Durante esta jornada ocultan el fusil sobrante y preparan un croquis del lugar, que posteriormente permite localizarlo.

Por fin, en la tarde del propio día 16, después de una agotadora y difícil marcha a través de las montañas, llegan a la carretera de Pílon. Esa noche la atraviesan dos veces, por lo que creen que han vuelto a cruzar en sentido contrario. Lo que ocurre es que en ese lugar la carretera describe una S entre las montañas.

El día 17 atraviesan la vía por última vez y llegan por la noche a la casa de Joel Hidalgo. Este campesino es yerno de Mongo Pérez, y les da orientaciones precisas acerca de la forma de subir a Purial de Vicana. Prosiguen la marcha. En La Aguadita son atendidos por Santiago Guerra. Raúl conversa con el campesino sobre la reforma agraria y las posibles medidas para poner fin a la explotación del campesinado, y le deja un documento en testimonio de su cooperación, firmado con el seudónimo de Luar Trosca. Er la madrugada del 18 llegan a una vaquería situada en la finca de los Cardero. Juan Rodríguez está ordeñando y les brinda leche.

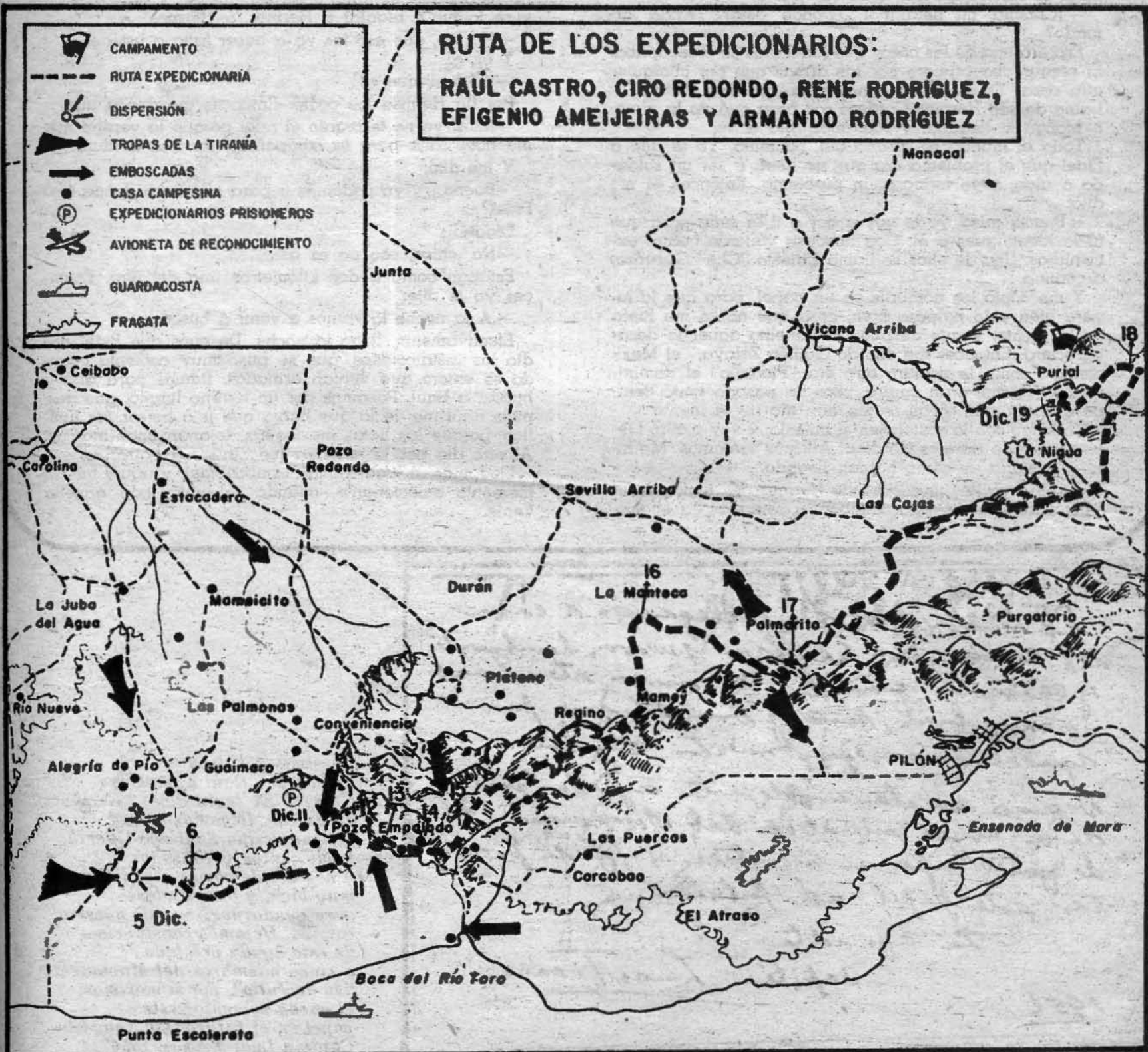
Un poco más adelante está la casa de Hermes Cardero.

Raúl se presenta al campesino y le entrega como identificación su licencia de conducción mexicana. Cardero esconde a los expedicionarios en un cafetal cercano a la casa y envía un recado a Mongo Pérez, en cuya finca está Fidel desde el día 16.

Por la tarde Primitivo y Omar Pérez, dos enlaces, vienen a confirmar la identidad del recién llegado. Interrogan a Raúl con los datos que les ha suministrado Fidel, y comprueban efectivamente que se trata de él. Le informan entonces que esa noche vendrán de nuevo a buscarlo para llevarlo adonde está Fidel.

Los campesinos regresan alrededor de las 9:00 de la noche. Raúl y los demás combatientes emprenden la corta caminata hasta la finca de Mongo Pérez.

En el lugar conocido como Cinco Palmas, en Purial de Vicana, se produce el emocionado encuentro, cuya significación para el desarrollo ulterior de la lucha que se inicia no escapa a ninguno de los presentes.



TESTIMONIO DE PRIMITIVO PEREZ

CUANDO vengo a la casa me encuentro que la señora de Mongo me da una cartera. Me acuerdo que era muy fina, de cuero, con una cartera dactilar dentro. Y me dijo:

—Mira, aquí vino Hermes Cardero buscando a Mongo para que viera la cartera ésta. Ha llegado una gente allá y se identifica como Raúl Castro. No vaya a ser cosa que hayan muerto a Raúl y hayan cogido la cartera y uno que se parezca a Raúl quiera hacerse pasar, y él estaba desconfiado...

Teresa me la enseña, yo la veo y digo:

—Este es Raúl.

La revisé bien, vi que era de México. Entonces me la eché al bolsillo, creo que fue como a las 10:00 de la mañana, y fui para el campamento donde estaba Fidel. Le di la cartera a Fidel, él la vio y dijo:

—¡Concho, mi hermano! ¿Dónde está? ¿Anda armado?

Esa era una de las cosas que Fidel más se preocupaba. El preguntaba primero por las armas que por cualquier otra cosa. Yo le dije que no sabía, que esa cartera la había dejado Hermes Cardero allí para que yo la viera, o Mongo si llegaba, y fuéramos allá a ver.

Todo el mundo se arrió allí, contento. Yo le dije a Fidel que el problema era que no fuera a ser un soldado o algo, y se formara un problema. Entonces él me dijo:

—Bueno, mira, yo te voy a dar a ti la seña para que tú lo identifiques a él. Con nosotros vinieron cuatro extranjeros. Uno de ellos se llama Ernesto "Che" Guevara, argentino...

Y me copió los nombres en un papel, para que lo leyera bien y lo palpara bien, cosa que no se me fuera de la mente, y que después el papelito aquel lo desapareciera. Entonces me dijo de Guillén Zelaya, "el Mexicano", como le decían; otro era "Pichirilo" el dominicano... Bueno, eran cuatro, pero ha pasado tanto tiempo que algunas cosas se me han ido de la mente.

Yo salgo con la cartera en el bolsillo, y voy p'allá. Llego a casa de Hermes Cardero. Allí nos sentamos. Me hizo la historia de cómo habían llegado.

—Cuando yo llegué a casa de Hermes, los tenía en un cafetal frente a la casa. Estábamos sentados en el por-

tal y la señora nos trajo café y ellos desde allá con la mirilla nos estaban mirando. Entonces salimos para donde estaban ellos, a caballo, él alante y yo atrás. Apenas Raúl nos vio vino p'acá. Empezamos a conversar allí. Yo recuerdo que cuando Raúl estaba preso en Isla de Pinos salió en BOHEMIA, y era la misma cara. Yo decía:

—Aquí no hay dudas de que es Raúl.

Entonces le pregunté como quien no quiere las cosas, que si con ellos habían venido algunos extranjeros. ¡Oiga, me dijo el nombre completo de todos, pero enseguida, y el chiqueo de cómo los chiqueaban! Entonces yo le dije:

—Bueno, pues Fidel está aquí cerca de ustedes.

¡Muchachos! Se abrazaron todos allí, se volvieron locos. Recuerdo que él traía unos espejuelos, y se los quitó y se lo fue a regalar a Hermes, y Hermes:

—No, no, que eso les va a hacer falta a ustedes. Y él:

—¡Que sí, que sí!

Por fin Hermes los cogió. Entonces me dijo a mí:

—Mira, yo no te regalo el reloj porque la verdad que me hace falta para la campaña ésta, que es dura.

Y me dijo:

—Bueno, ¿y ya podemos ir para allá para donde está Fidel?

Dígame:

—No, chico, eso no es así.

Estaban como a dos kilómetros uno del otro. Entonces yo le dije:

—A la noche lo vamos a venir a buscar.

Efectivamente, llegó la noche. Después que Fidel nos dio las instrucciones, que se puso muy contento cuando se enteró que venían armados, fuimos para allá a buscar a Raúl. Pasamos por un terreno limpio, que después Raúl me decía que había que ir a borrar las huellas, porque las botas mexicanas dejaban unas marcas. Al otro día por la mañana fue Severo a borrarlas.

Llegamos al lugar donde estaba Fidel, y aquel fue un momento emocionante, cuando se juntó toda aquella gente.

El lunes 17 de Dic. llegamos a casa del campesino Santiago Guerra, hambriento y cansado y nos dio de comer atendiéndonos muy bien, y brindándose para ayudarnos a seguir nuestro camino. Dejamos constancia de esta ayuda prestada a cinco miembros del Movimiento "26 de Julio" por si morimos, el pueda presentar este papel en el futuro.

La Aguadita
Capitán Luar Trozca

1956

Facsimil del documento dejado por Raúl a Santiago Guerra. El texto dice: "El lunes 17 de Dic. llegamos a casa del campesino Santiago Guerra, hambriento y cansado y nos dio de comer atendiéndonos muy bien, y brindándose para ayudarnos a seguir nuestro camino. Dejamos constancia de esta ayuda prestada a cinco miembros del Movimiento "26 de Julio", por si morimos, él pueda presentar este papel en el futuro. La Aguadita. Capitán Luar Trozca. 1956".

FIDEL ESTA VIVO

DESDE el cañaveral hacia el cual se ha replegado, Fidel imparte órdenes a los combatientes que se retiran del combate en Alegria de Pio. A su lado está Universo Sánchez. Los dos siguen disparando contra los soldados.

Llega junto a ellos Juan Manuel Márquez. —Fidel —le dice a gritos entre el ruido ensordecedor de los disparos—, ya se fue todo el mundo. Hay que retirarse porque te van a coger vivo.

Pablo Díaz se les incorpora y casi inmediatamente se separa para continuar disparando desde una mejor posición.

Las balas silban alrededor de los tres hombres. El cañaveral no ofrece protección alguna. Juan Manuel insiste. Comienzan a retirarse entre los surcos, en dirección general hacia el este. Avanzan a saltos, de tramo en tramo, más o menos veinticinco metros cada vez.

En una de estas etapas, Juan Manuel no llega. La caña es baja y rala. Resulta peligroso permanecer en ella. No obstante, Fidel ordena a Universo que vuelva atrás a buscar a Juan Manuel. Dos veces retrocede el combatiente sus pasos, pero Juan Manuel no aparece. En vista de ello, siguen adelante y pronto llegan a la guardarraya que separa el campo de caña de un pequeño pedazo de monte.

Deciden esperar la noche para cruzar, ya que suponen, con razón, que la zona está repleta de soldados. Los dos han conservado sus fusiles, Fidel con 100 balas y Universo con 40. Cuando ya está empezando a oscurecer ven venir por la guardarraya alguien que de lejos parece un soldado.

—Tírale cuando esté bien cerca —dice Fidel a Universo.

Este apunta su fusil de mira telescópica, pero cuando la figura se aproxima se da cuenta de que se trata de Faustino Pérez.

—¡Médico! ¡Médico! —lo llaman en voz baja.

Después de auxiliar a Raúl Suárez, Faustino se había retirado hacia el cañaveral. El fuego graneado y la candela que han encendido los guardias le impiden recoger su mochila y su fusil. Cruza varios campos de caña sin encontrar un solo compañero. Finalmente, al atardecer sale a la guardarraya donde es descubierto por Fidel y Universo.

Cruzan en la oscuridad y se internan en el montecito. Allí pasan la noche, durante la cual sienten el constante tránsito de guardias por la zona.

Al día siguiente, 6 de diciembre, discuten la mejor ruta a seguir y deciden volver a salir a los cañaverales. Cruzan algunos campos de caña nueva. Alrededor del mediodía son descubiertos por la aviación. Tratan de ocultarse en la manigua de un lote de caña en demolición. El avión ametralla a menos de cincuenta metros y se dan cuenta que no pueden permanecer allí. Después que ha pasado, corren unos cuantos metros hasta el cayo de caña más cercano y se cubren con la paja. El avión vuelve a pasar y ametralla exactamente el lugar que acaban de dejar. Un pase, otro y otro. Después de cada uno, se llaman a gritos para comprobar si todos siguen vivos.

Aprovechan un momento de calma para cambiar de escondite, como medida de mayor seguridad. Ahora se entierran en la paja a unos cincuenta metros de distancia. Fidel lucha contra el sueño. No quiere que los guardias lo sorprendan dormido e indefenso. Al fin lo vence el agotamiento, pero antes toma

precauciones para que no puedan capturarlo vivo.

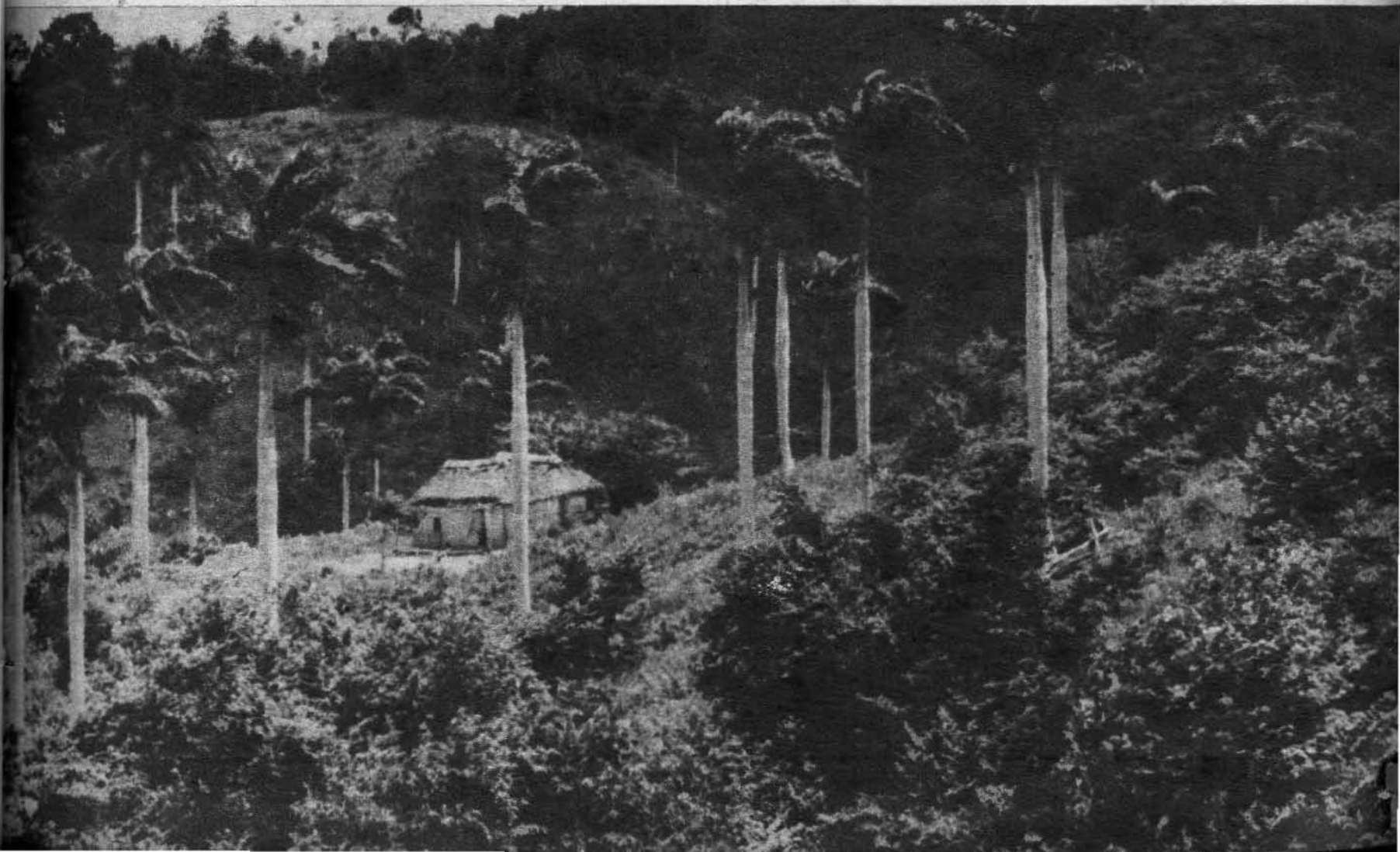
Al caer la noche, avanzan hacia el este hasta un cañaveral más crecido y de nuevo se esconden en la paja. Los soldados siguen rondando por la zona. Cuando se desplazan, siempre de noche, los expedicionarios lo hacen en fila y Universo ocupa generalmente la vanguardia. El cruce de las guardarrayas se realiza con extremas precauciones. Durante cinco días van moviéndose lentamente dentro del cañaveral, siempre en dirección general al este, hacia la Sierra.

Se alimentan de la caña y caiman a medias la sed con el rocío de las hojas. Durante el día, la paja los abrasa bajo el sol implacable del cañaveral. De noche, por el contrario, el frío y la humedad les calan el cuerpo.

A menudo sienten disparos y ráfagas de ametralladoras. Es posible que alguna de estas ráfagas hayan sido las que asesinaron a los expedicionarios René Bedía y Eduardo Reyes Canto en Pozo Empalado, el día 8 por la noche. Muy cerca de donde se encuentran es detenido el día 6 el expedicionario Mario Fuentes, y muy cerca también, en el monte, están escondidos Raúl y su grupo, que siguen una ruta paralela a pocos cientos de metros.

El 11 de diciembre salen momentáneamente de la caña y pasan entre dos casas ocupadas por soldados. Han rebasado la zona de mayor peligro, y marchan ya cubriendo más distancia en cada jornada. La silueta de la Sierra les sirve como punto de referencia y acicate. Esa misma noche llegan al Alto de la Conveniencia y bajan cerca de la casa de Daniel Hidalgo y Cota Coello. Como me-

La casa de los Hidalgo Coello en Alto de la Conveniencia.



cida de precaución, pasan la noche y parte del día siguiente observando la casa con las mirillas de los dos fueles con que cuentan, bajo un fuerte aguacero.

A las 4:00 de la tarde del día 12, Fidel ordena a Faustino que baje hasta la casa a buscar información, y le dice que pida comida para veinte o veinticinco hombres a fin de desorientar con relación al tamaño del grupo expedicionario. Al poco rato ya están reunidos de nuevo en la vivienda. Por la noche salen con un guía que los lleva, atravesando el arroyo Maicito, el río Toro y el camino de Las Guásimas, y subiendo por la loma del Copal, hasta la loma de la Yerba.

Han hecho contacto con la red del Movimiento. De este punto bajan hasta la casa de los hermanos Rubén y Walterio Tejada. Allí comen y permanecen unas horas. Rubén Tejada y Eustiquio Cafete los conducen luego hasta la casa de Enrique Verdecia, en el Plátano, y ese mismo día siguen adelante hasta la finca de Marcial Areviches, a orillas del arroyo Limoncito.

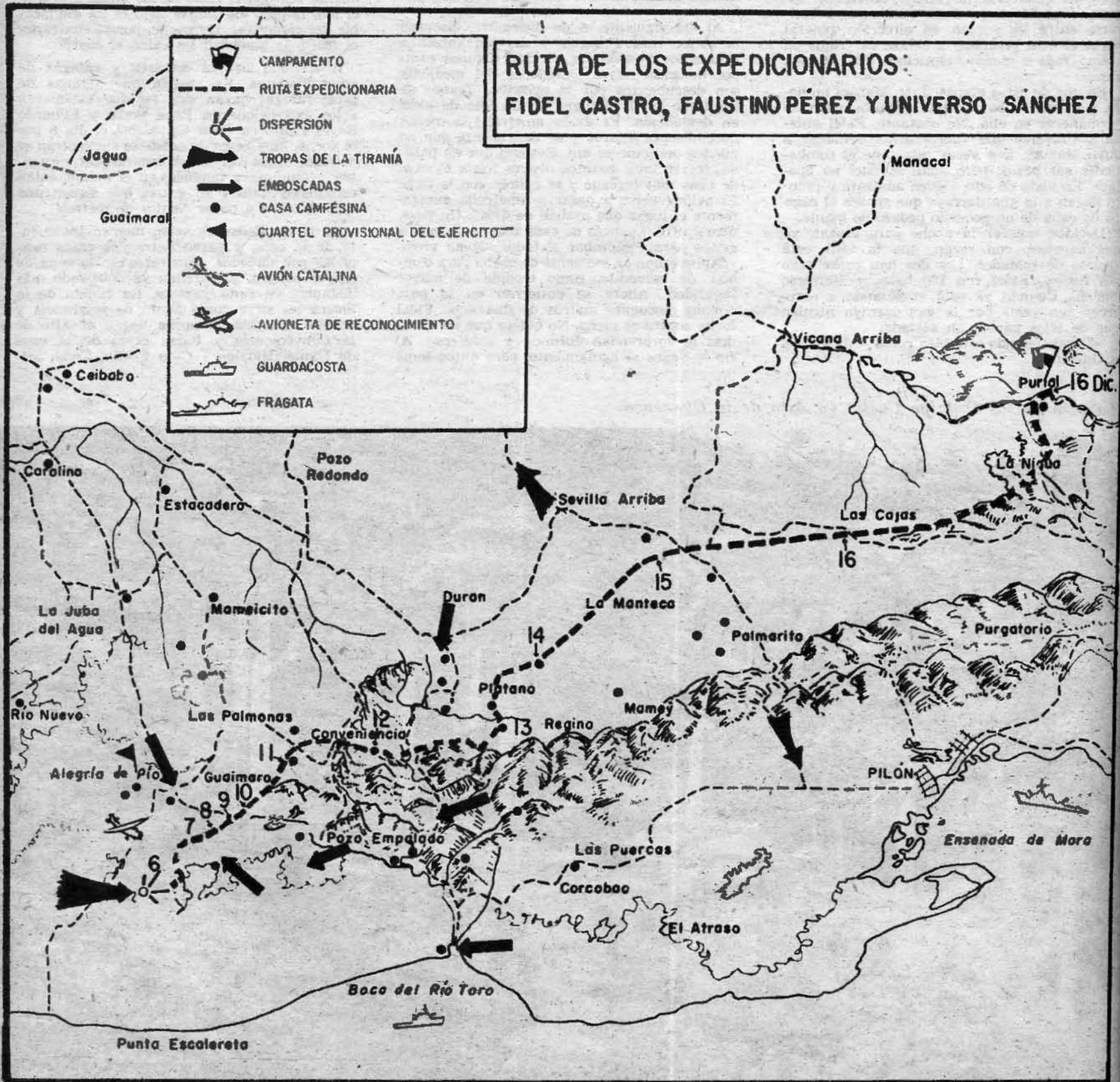
Alrededor del mediodía del día 13, Universo detecta a un campesino que se acerca al lugar donde están acampados los expedicionarios. Va a su encuentro, le da el alto y registra el cubo que trae. Es Adrián García, el padre de Guillermo, que se ha enterado que hay expedicionarios en la zona y les trae arroz con guanajo, pan, leche y café.

Aunque Fidel se ha presentado con otro nombre, a las pocas horas se ha corrido la voz de que Fidel Castro está vivo y en la zona. Esa misma tarde aparecen unos veinte jóvenes del lugar que vienen dispuestos a unirse a él. Fidel les promete aceptarlos cuando la tropa esté reagrupada y organizada.

Guillermo García los encuentra en la finca de Areviches a la 1:00 de la madrugada del día 14. Fidel quiere cruzar de inmediato la carretera de Pilon a Niquero, donde el Ejército ha tendido su cerco principal. Guillermo aconseja esperar, ya que él tiene informaciones de que los guardias levantarán el cerco al día siguiente.

Guillermo García e Ignacio y Baurel Pérez—hijo y sobrino de Crescencio respectivamente—acompañan a los tres expedicionarios. Pasan por la finca "La Emilia", de Pablo Pérez, en La Manteca, y llegan a Sevilla Arriba, donde se esconden en el cuartón Ojo de Agua, de Eduviges Pérez, en espera de la oportunidad para cruzar la carretera de Pilon.

A las 8:00 de la noche del día 15 reinician la marcha. De nuevo los acompañan sus mismos tres guías del día anterior. Cruzan la carretera de Pilon por una alcantarilla, entre las casas de René Sánchez y Genaro Montano y cerca de la casa de un hermano de Crescencio. Caminan sin descanso toda la noche: cuarenta kilómetros cuesta arriba y cuesta abajo, atravesando riachuelos, montes, potreros y sembrados. Pasan por Las Cajas y suben a la cima de la loma de la Nigua. Once horas después de haber partido de Ojo de Agua, a las 7:00 de la mañana del 16 de diciembre, llegan a la finca de Mongo Pérez, hermano de Crescencio, en Purial de Vicana.





Otra vista, más de cerca, de la casa de los Hidalgo Coello en Alto de la Conveniencia.



Punto exacto por donde cruzaron Fidel y sus compañeros la carretera de Pílon. A la izquierda, el expedicionario Faustino Pérez.



La cañada del arroyo Limoncito, en la ruta seguida por Fidel y sus compañeros.

AHORA SI GANAMOS LA GUERRA

El 19 de diciembre transcurre jubiloso en la finca de Mongo Pérez en Purial de Vicana. El día anterior se han reunido los grupos de Fidel y Raúl.

—¡Ahora sí ganamos la guerra! —exclama Fidel cuando ve llegar a los combatientes del grupo de Raúl con sus fusiles. Hacen planes, comentan sobre las vicisitudes pasadas, se cuestionan sobre el destino de los demás expedicionarios.

Al día siguiente, pasan a un cañaveral cercano a la casa. Llegan informes sobre el Movimiento en Manzanillo. Se han perfeccionado los enlaces y la red de información en la zona. Conocen de cualquier incidente que pudiera ocurrir en los alrededores.

Esa noche se trasladan a un cafetal. Por la madrugada reciben la noticia de que ha llegado un grupo que hace unos días esperan: Almeida, Camilo, Che, Ramiro Valdés, Benítez, Pancho González y Rafael Chao. Vienen extenuados después de una larga jornada desde la finca de Carlos Mas. El Che sufre un ataque de asma.

Al día siguiente llegan de Manzanillo Rafael Sierra y Enrique Escalona con dos mu-

chachas. Una de ellas es hija de Mongo Pérez. Traen 300 balas de ametralladora, 4 cartuchos de dinamita y otras municiones que envía el Movimiento. Por la tarde los combatientes están en la loma de la Nigua cuando de pronto Fidel da una orden:

—¡Estamos rodeados de guardias! ¡Ocupen posiciones para combatir!

Los hombres se despliegan hacia distintos puntos. Pasa un rato, pero no ven venir persona alguna. Nada se mueve. Más tarde descubren que Fidel ha dado una falsa alarma como entrenamiento.

En la noche parte Faustino con los compañeros que han venido de Manzanillo. Lleva la misión de organizar el trabajo del Movimiento en la isla. Sale vestido de carbonero por la carretera de Campechuela. El día 24 está en Santiago de Cuba. Allí sostiene una reunión con Frank País, Armando Hart, Haydée Santamaría, Vilma Espín y María Antonia Figueroa. Les comunica instrucciones expresas de Fidel de apoyo a la lucha en la Sierra.

Mientras tanto, los combatientes se preparan para salir de la zona. Han preparado mochilas de saco para poder llevar en las manos solamente el fusil. Se han provisto de hamacas, ropa, botas y otros artículos necesarios para la vida en la montaña.

El día 25, después de firmar un documento que expresa la voluntad de lucha del grupo, parten a las 11:00 de la noche, desechando los caminos para evitar emboscadas. Se dirigen hacia las zonas más altas de la Sierra. En días posteriores se les unirán otros combatientes, Guillermo García, Crescencio Pérez y sus hijos y un grupo que envía el Movimiento de Manzanillo, que aportan el refuerzo más numeroso en armas y hombres.

La columna guerrillera, con Fidel al frente, avanza por el firme de la Maestra.

En todos los combatientes queda como experiencia la derrota de Alegría de Pío. De ahora en adelante todo será victoria.

Ha concluido la epopeya del "Granma". Comienza ahora la mayor, más ardua y prolongada: la epopeya final de la Sierra.

Un ángulo de la finca de Mongo Pérez, en Purial.





*En este lugar,
conocido por Cinco
Palmas,
en la finca
de Mongo Pérez,
ocurrió
el encuentro entre
Fidel y Raúl.*



Cañaveral de la finca de Mongo Pérez donde permanecieron acampados Fidel y otros expedicionarios durante varios días.



En este lugar acamparon temporalmente Fidel y otros expedicionarios en la finca de Mongo Pérez, en Purial de Vicana.

Desde estos mangos en la finca de Mongo Pérez partieron los expedicionarios, con Fidel al frente, hacia la Sierra. En la foto, los combatientes Universo Sánchez y Faustino Pérez con el campesino Severo Pérez, durante el recorrido que hicieron por estos lugares en 1970.



Al iniciar de nuevo la marcha hacia la Sierra Maestra, donde seguiremos luchando hasta vencer o morir, queremos dejar constancia de nuestro reconocimiento al compañero Ramón Pérez Montano y a su familia, que nos ayudó a reagrupar el primer contingente de nuestro destacamento, lo abasteció durante ocho días y lo puso en contacto con el Movimiento en el resto de la Isla. La ayuda que hemos recibido de él y de muchos como él en los días más críticos de la Revolución es lo que nos alienta a seguir la lucha con más fe que nunca, convencidos de que un pueblo como el nuestro merece todos los sacrificios. No sabemos cuántos de nosotros caeremos en la lucha, pero aquí quedan las firmas de todos como constancia de infinito agradecimiento.

Diciembre 25 de 1956

Fidel Castro R.
 Universo Sánchez
 J. Almeida
 Ciro Redondo
 Ramiro Valdés
 Armando Rodríguez
 René Rodríguez
 Francisco González
 Rafael Chao Santana
 Efigenio Ameijeiras
 Calixto Morales
 Camilo Cienfuegos
 Reynaldo Benítez
 Ernesto Guevara
 Raúl Castro

Al iniciar de nuevo la marcha hacia la Sierra Maestra, donde seguiremos luchando hasta vencer o morir, queremos dejar constancia de nuestro reconocimiento al compañero Ramón Pérez Montano y a su familia, que nos ayudó a reagrupar el primer contingente de nuestro destacamento, lo abasteció durante ocho días y lo puso en contacto con el Movimiento en el resto de la Isla. La ayuda que hemos recibido de él y de muchos como él en los días más críticos de la Revolución es lo que nos alienta a seguir la lucha con más fe que nunca, convencidos de que un pueblo como el nuestro merece todos los sacrificios. No sabemos cuántos de nosotros caeremos en la lucha pero aquí quedan las firmas de todos, como constancia de infinito agradecimiento.

Diciembre 25 de 1956

Fidel Castro
 Universo Sánchez
 Juan Almeida
 Ciro Redondo
 Ramiro Valdés
 Armando Rodríguez
 René Rodríguez
 Francisco González

Rafael Chao Santana
 Efigenio Ameijeiras
 Calixto Morales
 Camilo Cienfuegos
 Reynaldo Benítez
 Ernesto Guevara
 Raúl Castro



BRIGADA NACIONAL JOSÉ MARTÍ
MARANA
GUDA

**EN 1956
SEREMOS LIBRES
O SEREMOS MARTIRES**

